Se hacía aún más simpático por esa resignación con que aceptaba el rescate de su felicidad, y aunque pocos recursos podían esgrimirse para intentar restituirle una tregua de bienestar, no se perdía ocasión ni momento para prodigarle los mejores cuidados.

Pasaron así los días, en medio de alternativas crueles, siempre con su estribillo de:—¿Ya me voy, doctor?—hasta que una mañana, respirando apenas, y apoyado sobre una pila de almohadas, con el corazón que hacía su última carrera batiendo á su antojo, me tendió por última vez su mano hinchada, fría, blanca, deformada, para que le tomara el pulso, en tanto que su mirada casi sin brillo, parecía significarme que su programa estaba llenado.

Ya no me repitió el estribillo en la forma acostumbrada; parecía tener conciencia de su estado, pues al retirarme pude oir que articulaba estas palabras:

—Ahora sí... mañana ya no me encuentra.

. . . .

En donde estuvo su cama había al día siguiente un pulverizador desinfectante. El viejecito había muerto tranquilamente, y el sacerdote que había oído su confesión abandonó la sala cabizbajo y pensativo.

Tal vez estuviera en un conflicto para resolver si esa alma merecería el reino de los cielos.

M. T. Podestá.

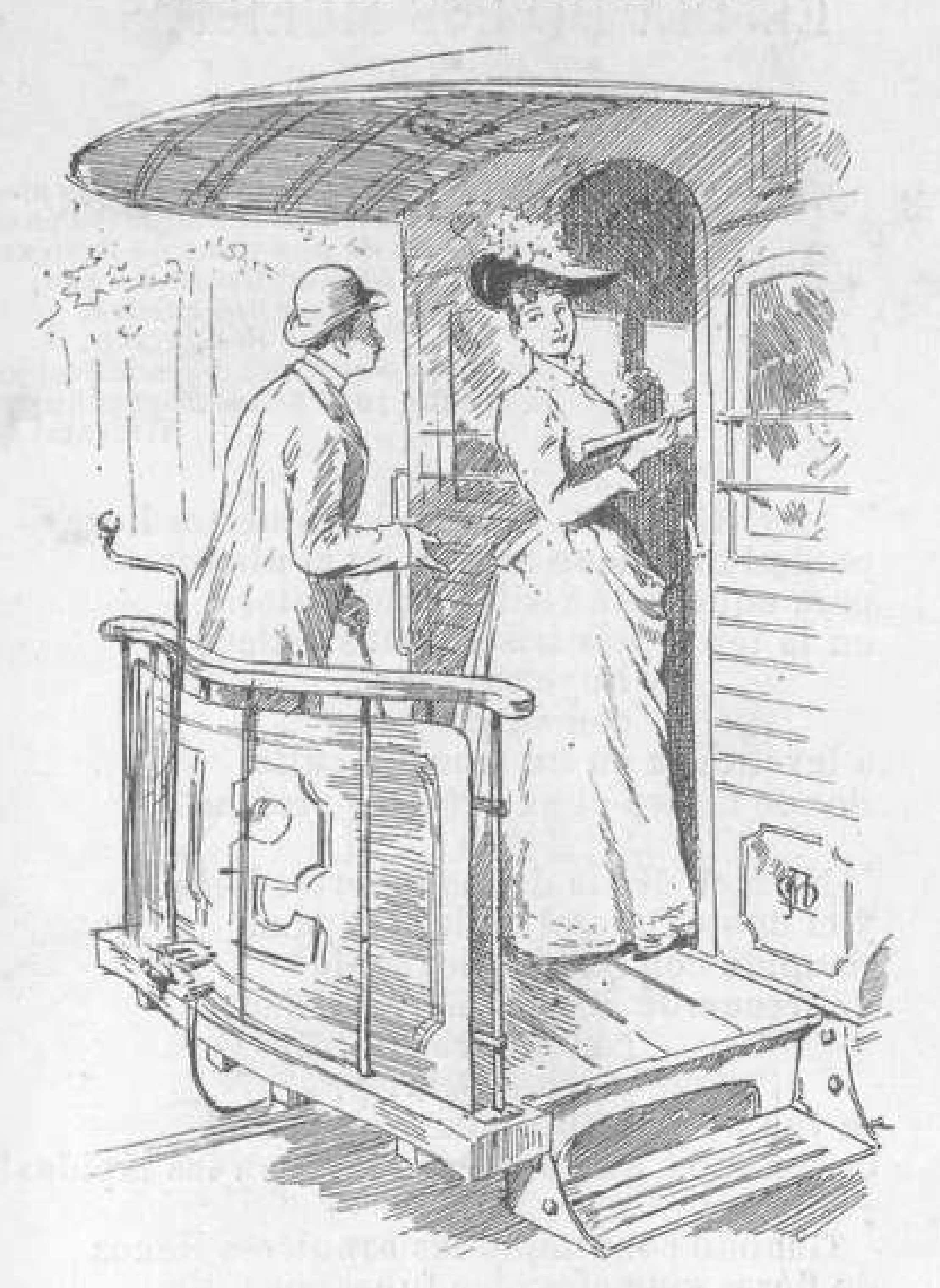
Buenos Aires, Marzo 22 de 1890

A LA LIBERTAD

Mil veces con despecho furibundo
de inicuos alanceada y escupida,
rota caiste, pero no rendida,
¡oh santa Libertad, gloria del mundo!
Mil veces el tumulto inverecundo
de soez ramera te paseó vestida,
mas radiaste la lumbre en tí escondida
y de tu faz huyó el borrón inmundo.
¡Hay Dios! y hacer no puede Dios que sea
vencida por el hierro sanguinario
ni deshonrada por brutal ralea,
quien como tú de excelso honor sagrario,
ostenta los laureles de Platea,
y los clavos divinos del Calvario.

Pedro Huguet y Campañá.

CALINEZ EN TRANVÍA



—¿No entras, primito?
—No, Luisa;
voy bien aquí.
—¿A qué negarte?
¡anda, hombre! vén á sentarte...
—Gracias: llevo mucha prisa.

EPIGRAMA

—¿Cómo es eso? dije á Andrés
¿en vez de estarte, maldito,
en tu casa quietecito,
te hallo aquí dando traspiés?
Y Andrés, con gesto visible,
contestó sin vacilar:
—No lo debe usted extrañar;
¡cómo hoy es *fiesta movible!*

EL DÍA DE LOS MUERTOS

¡Ay! cuando el surco de mis pies errantes
sobre la tierra de los muertos pasa,
y á través de una nube de tristeza
fijo sobre las tumbas la mirada,
como una piedra,
como una lápida,
me oprime el corazón desfallecido
la verdad ¡ay! de la miseria humana!

RICARDO GUTIÉRREZ.

¡Ay! Cuando el día de los muertos llega
para el que tiene luto ya en el alma;
para aquel que visita el cementerio
en la tarde más triste y más callada,
huye ese día
con su plegaria,
á levantarla en un rincón oculto
donde nunca el extraño las profana!

—

No bien el día de los muertos llega
y el doble funeral de la campana
reanima con su lúgubre tañido
del recuerdo la luz amortiguada,
con blancas flores
y con plegarias,
se van á aparentar memorias vivas
de nombres que hoy están sólo en las lápidas!

—

Cuando contemplo los sepulcros llenos
de flores y de ofrendas funerarias,
y rezar veo á una mujer amante
sobre una oscura tumba solitaria,
siento que tiemblan
en mis pestañas,
lágrimas por los seres que perdidos
quedaron en el campo de batalla!

—

Cuando piso la tierra de los muertos
y contemplo en los vivos reflejada
del astro la eterna indiferencia
que al corazón creyente siempre amarga,
y veo mezclarse
risas con lágrimas,
—Es la verdad, me digo, el cementerio
que sintetiza la miseria humana!

—

Cuando contemplo el lujo de un sepulcro
junto á una pobre tumba solitaria,

pienso que el victimario con la víctima
acaso duermen en cercana almohada,
y verosímiles
como insensatas,
muchas cosas se ocurren á mi mente
de la verdad de la miseria humana!

—

Y cuando reflexiono que tan poco
en esta vida somos, y que es tanta
la torpe vanidad que ciega al mundo,
origen del dolor y la desgracia,
como una piedra,
como una lápida,
me oprime el corazón desfallecido
la verdad ¡ay! de la miseria humana!

ADELA CASTELL.

Montevideo.

EL COCHERO

Con implacable furor
cierto auriga castigaba
á un rocín, que, en su interior,
más que tirar, deseaba
pasar á *vida mejor*.
—¿Por qué, exento de piedad,
permite usté escenas tales?
dije á don Francisco Abad,
miembro de la Sociedad
Protectora de Animales.
¿Ve usted, continué exaltado,
el inicuo proceder
de ese cochero malvado,
y no se muestra indignado
ni le manda usted prender?
—¡No en mi vida! contestó
el bueno de don Francisco,
con calma que me asombró;
juzgué su pecho de risco,
mas él, sonriendo, añadió:
—No al caballo en trance tal
debo protección cabal,
sino al cochero grosero...
—¿Por qué así?
—Porque el cochero
es mucho más *animal*.

CASIMIRO PRIETO.

EL ESTUDIANTE Y SU PADRE

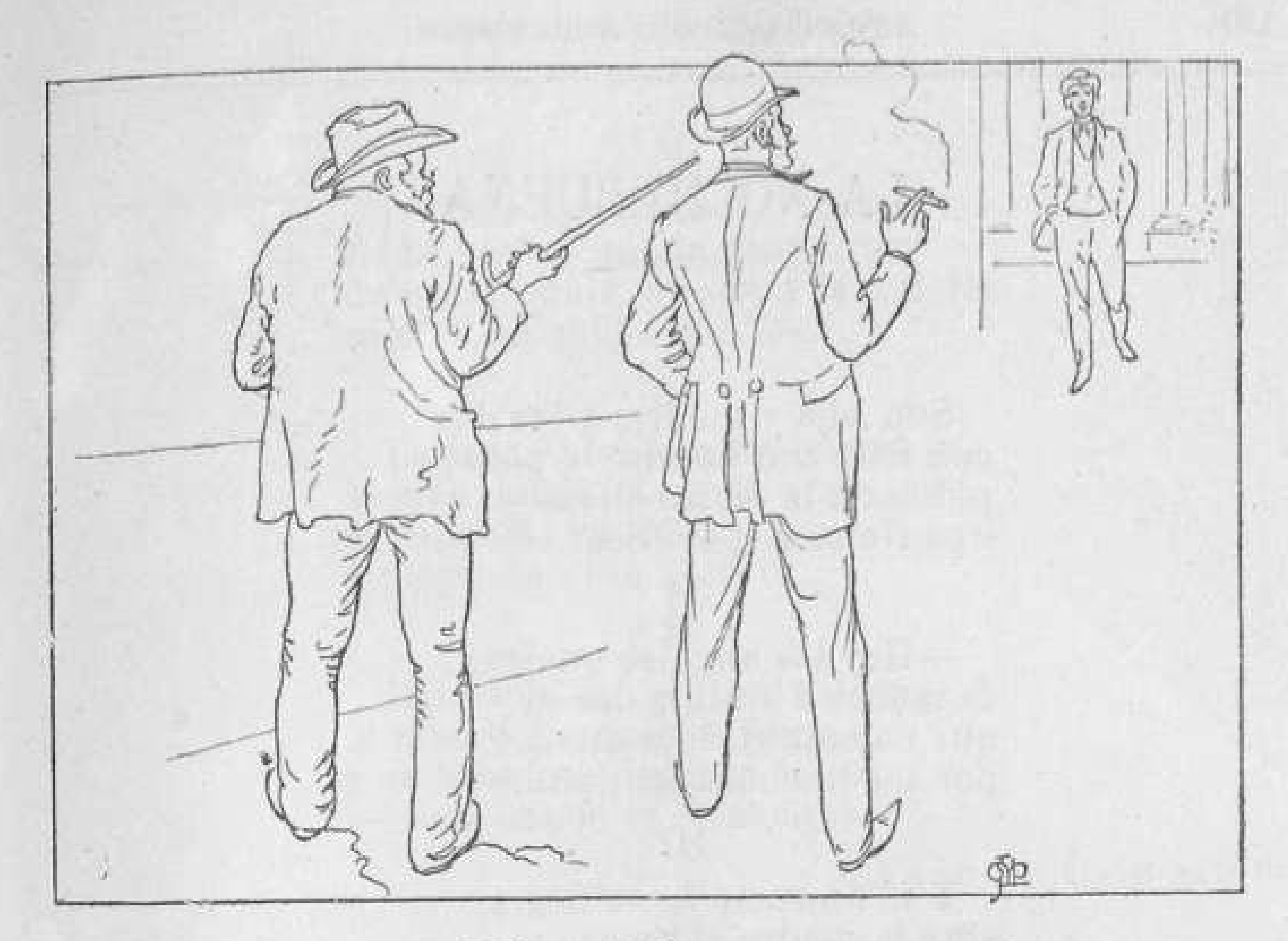
CUENTO VIVO



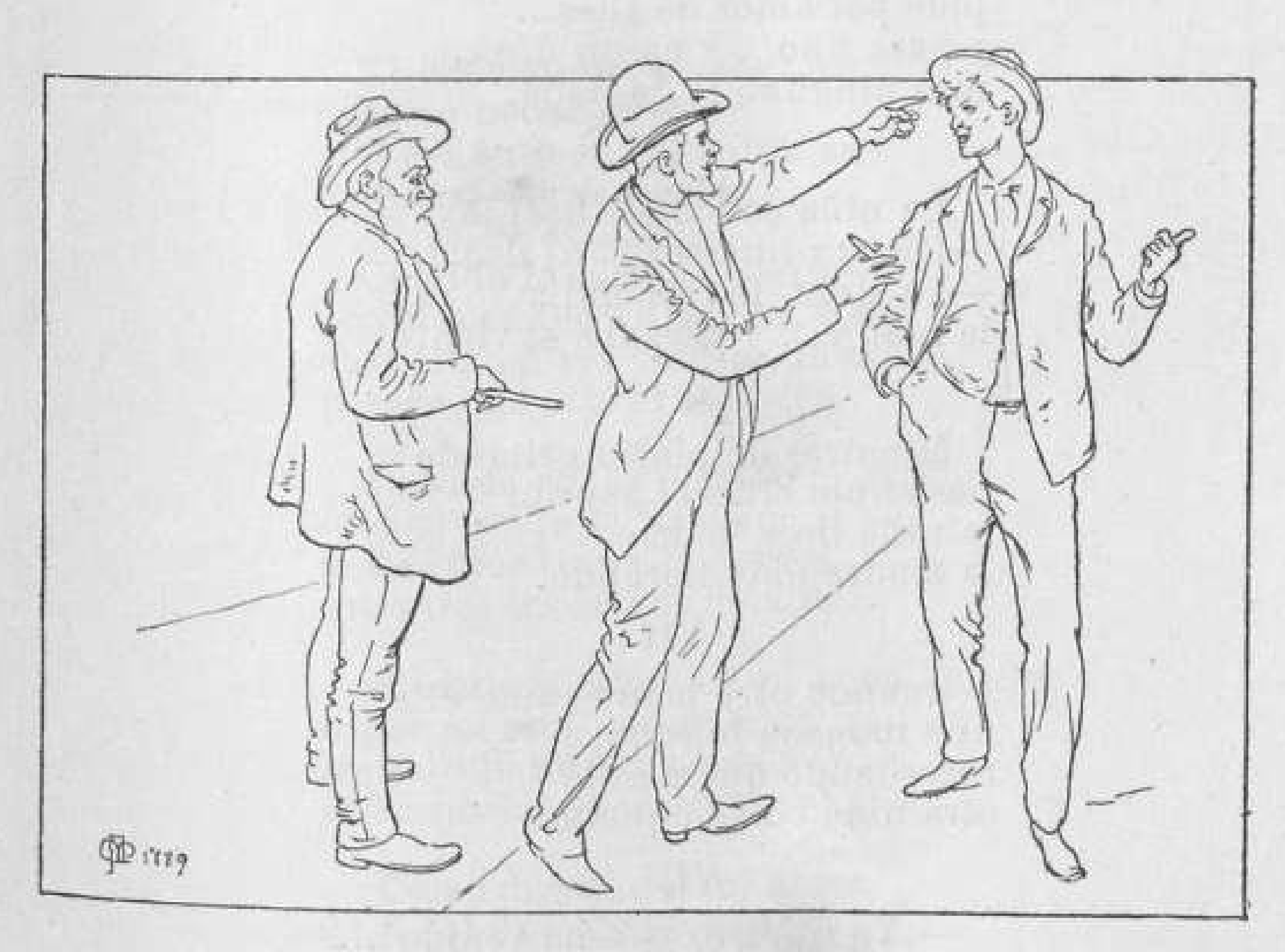
—¿Tanto estudias?
—Sí, en verdad,
y me aplico de tal modo,
que siempre el primero en todo
soy en la Universidad.



—Celebro tu aplicación;
y pues ya almorzamos, quiero,
como todo forastero,
conocer la población.



—¿Eh? ¿qué tal?
—Justo es, á fe,
que mi admiración confiese;
mas dí, ¿qué edificio es ese
que hay ahí enfrente?
—No sé.



Pero tu curiosidad
á satisfacer me obligo...
¿Qué edificio es ese, amigo?
—¿Ese? la Universidad.

LA NOCHEBUENA

I

Son hija y madre; y las dos
con frío, con hambre y pena,
piden en la Nochebuena
una limosna por Dios.

II

—Hoy los ángeles querrán,
la madre á su hija decía,
que comamos, hija mía,
por ser Nochebuena, pan.

III

Y al anuncio de la fiesta,
abre la madre el regazo,
y sobre él aquel pedazo
de sus entrañas acuesta.

IV

Al pie de un farol sentada,
pide por amor de Dios...
y pasa uno... y pasan dos...
mas ninguno le da nada.

V

La niña con triste acento
—Pero ¿y nuestro pan? decía.
—Ya llega, le respondía
la madre... y ¡llegaba el viento!

VI

Mientras de placer gritando
pasa ante ellas el gentío,
la niña llora de frío,
la madre pide llorando.

VII

Cuando otra pobre como ella
una moneda le echó,
recordando que perdió
otra niña como aquella.

VIII

—¡Ya nuestro pan ha venido!...
gritó la madre extasiada;
mas la niña quedó echada,
como un pájaro en su nido.

IX

¡Llama... y llama!... ¡Desvarío!
Nada hay ya que la despierte:
duerme; está helando, y la muerte
sólo es un sueño con frío!

X

La toca. Al verla tan yerta,
se alza; hacia la luz la atrae,
se espanta, vacila... y cae
á plomo la niña muerta.

XI

Del suelo, de angustia llena,
la madre á su hija levanta...
y en tanto un dichoso canta:
—¡Esta noche es Nochebuena!...

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

CANTARES

El cielo en tus claros ojos
puso su hermoso color
y el infierno en tus miradas
ha puesto su tentación.

—

Cuando te asomas, sonriente,
por la mañana al balcón,
envuelta en tus trenzas de oro,
parece que sale el sol.

—

Tu alma es ¡ay! como el espejo:
sólo conserva la imagen
de cuantos tu pecho adora,
mientras les tienes delante.

—

¡Cuánta sombra en mi alma habría,
si por mi mal no lucieran
las estrellas de tus ojos
en la noche de mis penas!

—

¡Cómo descendió mi amor
desde el desengaño aquel!
antes te besé en la boca;
mas hoy... *beso á usted los pies.*

CASIMIRO PRIETO.

LA SEÑORA Y EL MENDIGO.



—¿Por qué no has ido hasta ahora
por el traje prometido
á mi casa? ¿es que has perdido
mi tarjeta?
—No, señora.
—¿O á reclamar no te atreves
la promesa que te hice?
—¡Como la tarjeta dice
que *recibe* usted los jueves!

EPIGRAMA

Insensible á las delicias
del amor, dijo un avaro
á su mujer:—Basta, Amparo,
de ternezas y caricias.
Y ella exclamó con pesar:
—¿Te incomodo?
—Me molestas.
—¿No te gustan ya las fiestas?
—Sólo unas: *las de guardar*.



LA PRIMAVERA

ÓPERA DEL MAESTRO RUISEÑOR

I

Chou, chou, chou, chou, chuí...

—Totoií...

—Chouí. Buenos días, vecina. A usted no se la pegan nunca las hojas; es usted madrugadora si las hay. ¡Pamplinitis!

—Totoií. Fuera usted como Dios manda y metiérase entre ramas como todos los pájaros decentes, y abriría usted los ojos al amanecer. Pero claro, no puede acontecer otra cosa. En vez de dormir se está usted dando á la solfa, y jala que jala toda la noche.

—Pero, hija, si es que estoy ensayando la romanza á la luna con que empieza el tercer acto de mi ópera.

—Pues eche usted romanza; cualquiera pensaría que había usted sentado plaza de sereno.

—Aún no me he dedicado á la música popular; eso se queda para el zarzuelero del mirlo, que la da á usted tantas serenatas matutinas... Alondra, estoy muy quejoso de usted. ¡chouí!...

—¿De mí? ¿Por qué lo gorjea usted, ruiseñor?

—¡Chouí! Porque la conducta de usted no es la de una alondra formal, y teniendo como tiene usted conmigo relaciones, no debía dar oídos á ese mal partiquino de mirlo, que sólo acierta á pitorrear la marcha real.

—Totoií. Amiguito, donde las dan las toman. ¿Cree usted que me saben bien las estrechas amistades que usted mantiene con la oropéndola?

—Pero, alondra, ¡por el alpiste más fino! Si de sobra le consta á usted que mis relaciones con la oropéndola son puramente artísticas! Ya le he dicho á usted que la oropén-

dola hace en mi obra el papel de reina de la selva, y es fuerza que yo la repase su parte.

—Pues mientras no la mande usted á paseo, Totoií, tendrá usted mirlo para rato.

—Eso será lo que tase un gurriato.

—¿Pues?

—Pues porque en cuanto yo atisbe al mirlo me voy á beber con él un par de copitas de sangre, para que no vuelva á cortejar á mi chiquilla la del pardo cuerpo y el negro collar.

—¡Ay, qué lástima de chico!...

—¿Qué dice usted?

—¡Qué es la que se dice!

—Vaya, alondra, capitulemos. Prométame usted no volver á mirar al mirlo, y yo mandaré enhoramala á la oropéndola.

—¿Me da usted palabra de ruiseñor?

—Palabra.

—Pues trato hecho; Totoií, y ahora óigalo usted, tanto caso hago yo del mirlo como del trigo; abuso, pero quería darle á usted celos.

—Chouí. ¡Ah, bribona! ¡Y qué monísima está usted hoy! Es usted la más *barbiana* de las aves del bosque con ese conirrostro y ese piquito y esas patitas.

—¡Pues no se va usted volviendo poco flamenco!

—Chouí. Desde que me reuno con los oficiales del regimiento de vencejos de guarnición en esta selva, soy otro. Y diga usted, alondra, ¿cuándo nos casamos?

—Totoií. ¡Qué gracia! cuando usted guste...

—Chouí. ¿Por qué no pitorrea usted con formalidad?

—¡Ay, hijo, pero si no puedo pitorrearlo más formalmente!

—Vamos á ver, alondra de mis pecados, ¿no siente usted allá adentro unas cosquillas que la piden un picotazo de amor?

—Totoií. No, señor, no siento nada.

—Chouí. ¿Y nada le sube á usted á la cabeza?

—No, señor; nada me sube.

—Chouí. ¡Voto á la pamplina!.., es usted una pajarita de las nieves.

—¡Puede!

—¿Quiere usted, alondra de mis entretelas, que me pase en un vuelo á la copa del árbol de usted? Verá usted como la digo al oído lo que siento. Chouí...

—Totoií. Cabalito. ¡Estaría bien que una alondra soltera recibiera á su novio y á solas en su casa!

—Todo sea por Dios... ¿pero me quiere usted mucho?

—¡Ay, qué sosada de ruiseñor! pero si lo sabe usted bien.

—¿Se casará usted con otro?

—No. ¿Y usted con otra?

—No.

—Totoiií...

—Chouí...

—Totoií. ¡Voy, mamá! ¡Estoy limpiando el sobradillo.

—¿Se va usted ya de la copa?

—No hay otro remedio... ¡Adiós, ruiseñor!... Voy, mamá... totoiií...

—Chouí. ¡Vaya usted con Dios, prenda de mi vida! ¡Voy ahora mismo á componer una sonata elegíaca á mi ausencia. Chou, chou, chuí.

II

—Buen pan hay... buen pan hay...

—Totoiií.

—Buen pan hay. Pero, alondra, eres el mismísimo demonio...

—Totoií. ¿Por qué, codorniz?

—Buen pan hay. ¡Ahí es nada lo del ojo! Sostener relaciones á la vez con dos pájaros.

—Totoií. ¿Y qué tiene eso de particular?

—Nada, que es una informalidad muy grande, indigna de una alondra bien nacida.

—Vamos, que soy una coqueta, ¿no es eso?

—Buen pan hay. Pues eso es; te lo diré sin rebozo, puesto que tengo confianza contigo, totoiií.

—¡Bah! Tú te pasas de bonachona y cándida... los pájaros son unos truhanes y hay que tratarlos á baquetazos... totoiií...

—Pero tú no tienes corazón.

—Vaya si le tengo.

—Entonces, ¿quieres á los dos?

—Te diré; el ruiseñor es muy guapo, posee talento, canta á maravilla, compone como Meyerbeer, es un artista en toda la extensión del trino; ¡pero eso de la música ofrece un porvenir tan triste! rocío y aromas; mucha poesía;

una pobreza, y yo no he nacido para pobre. Yo quiero jaulas de oro en la ciudad, baños de porcelana, árboles de jardín, lujo, brillo, y eso sólo puede aportarlo al matrimonio el mirlo, que es un soso, lo sé, pero que ocupa un cargo importante en la corte de S. M. el rey de las selvas, es el maestro de marcha real del colibrí; goza de la privanza del soberano y va á ser nombrado ministro plenipotenciario de no sé qué arboleda.

—Buen pan hay. Pues entonces despide al otro.

—Totoií. No, porque se va á estrenar una ópera del ruiseñor, y si gusta tendrá dinero y honores y me podrá dar lo mismo que el mirlo.

—¡Eres una interesada!

—Totoií. ¡Ay, hija! ¡qué romántica te has vuelto! En la adolescencia se quiere sólo con el corazón, pero cuando se está como yo, en plena juventud, hay que mirar por la vida y se debe amar también con la cabeza.

—Buen pan hay. Pues eso no es decoroso, y acusa falta de nobleza; y Dios te libre de un tuerto, que esas dobles relaciones te ponen en un continuo peligro.

—Ca, tonta; si son unos bobalicones; en cuanto una gimotea cuatro pitidos ya no saben qué hacer de nosotras.

—Buen pan hay, en fin, allá tú.

—Totoií. Te aseguro que medraré más que tú que nunca saldrás con tu abnegación de ser una codorniz rústica, siempre escondida entre matas.

—Y muy contenta. Vaya, bastante hemos hablado, doña alondra de mirlo y ruiseñor... ¡Adiós!

—Véte con Dios, tontona. ¡Qué quisieran los pájaros, sino que todas fuéramos como tú! Totoií... Totoií...

III

—Chouií. Pues sí, señora, venía á pedirle á usted la pata de su hija, para si obtengo contestación favorable dirigirme en toda regla á su señor esposo.

—¿Y usted lo ha pensado bien? No extrañe mi pregunta ante la trascendencia del paso que usted da.

—¿Que si lo he pensado? Chouií, ¡ya lo creo!

—Totoií. Bien, bueno; doy de barato que usted la ama, pero en el mundo no se alimenta uno de amor. ¿Usted qué es? ¿Con qué cuenta? Totoií.

—Al presente, señora, gano seis mil cañamones como cantante temporero del ministerio de Arboricultura. ¡Pero en cuanto se estrene mi ópera!...

—¡Ah! ¿Usted ha hecho una ópera?

—Una ópera, señora, chuí, de la que espero la inmortalidad. Figúrese usted que tiene por escenario la Naturaleza y por decoración campos que reverdecen, bastidores de selvas que se visten sus frondas y bambalinas de rayos de sol y de cerúleo cielo. Chouí... la escena representa el renacimiento de la sierra, y se ven en primer término flores que reviven y por todo el foro plantas que despiertan, arroyos que recobran sus linfas, vegas que vuelven á tapizarse, semillas que brotan de entre los surcos, troncos que destilan savia, ramas que se pueblan de botones, y entre zumbar de abejas, revolar de mariposas y cabecear de espigas, mientras flota en la atmósfera algo sutil y ardiente que imita al amor, comienza una sinfonía de golpeteo, de chubascos, de crugidos de árboles, de gemir de brisas y de murmurar de pétalos. Mi obra es una página de música universal y hay en ella coros de susurros de hojas y dúos de grillo y chicharra jóvenes y romanzas de tórtolas y recitados de rosas tempranas; la orquesta es de jilgueros y la ópera toda será dirigida por el afamado maestro ave fénix, y cuento con la perdiz y codorniz como *primas donnas*, y con el canario, que cantará la parte de barítono, y el cuco la de bajo, y un servidor de usted á la vez compositor, empresario y cantante, la de tenor.

—¿Y cómo se titula esta obra? Totoiií.

—*¡La Primavera!*

—Totoií. Pues, hijo mío, agradeciendo á usted mucho su visita, usted mismo me da la respuesta á su pretensión. Deje usted que esa ópera se estrene y entonces gorjearemos... Bien puede usted esperar; usted es todavía muy joven; aún no tiene su posición hecha; con seis mil cañamones no hay para empezar; luego vienen las crías, y... créame, eso de contigo pan y rocío es una pura ilusión...

—¡Ah, señora! Chouí, ¡me da usted la vida al concederme una esperanza! En fin, tiene usted razón, y siento haberla molestado.

—¡Usted no molesta nunca!... Totoií.

—Chouí. Pues con su permiso... á las patas de usted.

—Ha tomado usted posesión de su árbol. Totoií... tototoií...

IV

—Chou, chou, chuií. ¡Ay de mí! Todo se ha perdido, ¡hasta el honor! El sol mirando, la humanidad alegre con el estreno de la ópera, la sangre brincando en todas las venas, y el polen en todos los cálices, ardorosa la atmósfera, encendido el aire, la juventud despertando, la vida cobrando fuerzas, mi alondra esperándome para darme los laureles de la gloria y los picotazos del amor, todo mío... y pirripití... todo se ha perdido.

¡Vaya una silba horrorosa! ¡Vaya un estreno de la primavera! Todo se lo ha llevado la trampa: polen, savia, brotes, botones, pétalos, pistilos, flores, árboles... ¡Qué helada tan atroz! ¡Mi ópera ha muerto de frío!

¡Voto al alpiste! ¿Qué hoja me trae este gorrión? Y viene escrita con el pico! ¡De mi alondra!... «¡Se ha lucido usted! ¡Valiente partitura la de la Primavera! Titulara usted la ópera, y fuera más propio: «Los últimos hielos...» Siento tener que decirle á usted que hemos concluído, y se lo digo por escrito para que si sigue usted con su manía musical é intenta componer «El Otoño,» le sirva mi hoja de motivo á alguna romanza que se titule: «Calabazas.»

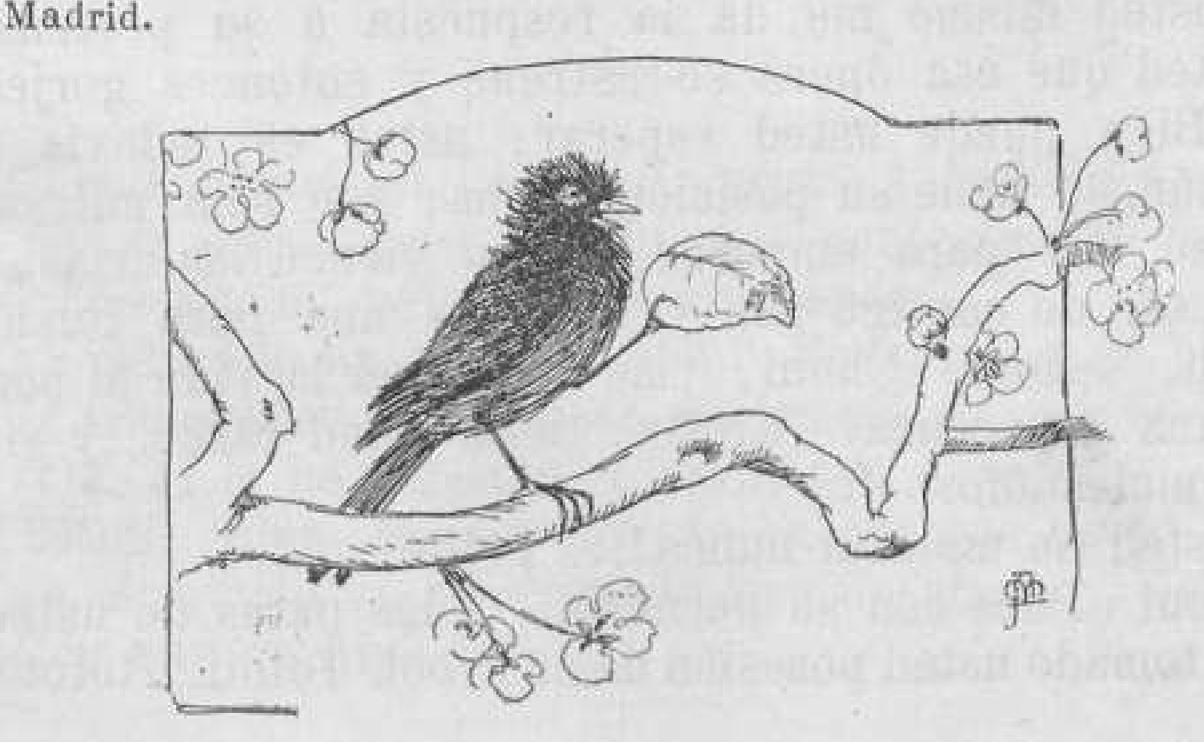
V

. . . .

—¡Mal perejil! ¡Mala alondra! Chou, chou, chou, chou, chuí... ¡Se ha casado con el zarzuelero del mirlo!

Alfonso Pérez G. Nieva.

Madrid.



LA ARISTOCRACIA DEL VICIO



—¿Ves esa niña tan mona
que anda hecha una señorona
con ese joven dandy?
Pues es mi hija Melitona...
—¿Y están casados?
—Él sí.

EPIGRAMA

A la mujer de Suetonio
le decía ayer Eugenio:
—Su esposo de usté es un genio...
Y ella exclamó:—¡Del demonio!

LUGAREÑA

Modesta y recogida, yo tengo una vivienda,
y en ella, sobre el campo se asoma un mirador.
Pomposa allí una parra me ofrece verde tienda,
del sol amortiguando las luces y el ardor.

Debajo de la parra, mi mesa y mi banquillo,
y allí todos los días, á la primera luz,
yo tomo el chocolate, que humea en un pocillo
con ínfulas de taza y honores de arcaduz.

Mi pan muy tostadito, mis higos muy maduros,
mi vaso de agua fresca que empaña su cristal,
y el pecho y alma abiertos á los requiebros puros
y á todos los amores del aura matinal.

Mas cuando el vaso empino y á fuer de catalejo
me muestra reducidos al ruedo de su hondón
el campo y el paisaje, gozoso el vaso dejo,
y exclamo:—¡Es Cataluña celestial región!—

El sol inunda en tanto los valles y colinas,
y el prado con sus galas me quiere deslumbrar
tendiendo un dibujillo de pintas blanquecinas
que el alforfón esparce, sus brotes al quebrar.

Más ropas y más galas el campo fértil muestra;
ya rasos y brocados, tendidos en tapiz,
ya el verde terciopelo de la campiña nuestra,
con toques de amapolas de enérgico matiz.

Se van abriendo puertas de chozos y masías
y empieza sus labores el rústico payés;
acá sachan algunos, labor de pocos días,
allá dos bueyes aran, sin levantar los pies.

Según sazón y tiempo, dan fuego á las hormigas,
ó siegan ó vendimian ó danse á escamondar...
Lo cierto es que no paran, ni hay huelga á sus fatigas,
ni á tanta diligencia momento de vagar.

Resuena ahora el tiro de un cazador que pasa,
ó bien cruje entre peñas la honda del pastor;
la esquila se oye lejos, que sigue un hato en masa,
y el grito del zagal, despierto guardador.

Se escucha la campana, y abriéndose más chozos
se ven capillos blancos que brillan por doquier;

son nuestras doncellitas que en paz con nuestros mozos,
á misa se encaminan, que es su primer quehacer.

—

Así las madrugadas dió á Cataluña el cielo,
así despierta el día juntito al Llobregat,
y yo, bajo mi parra, feliz cual reyezuelo,
no pido más regalo, ni más felicidad.

José Feliu y Codina.

Junio, 1890.

NOBLEZA HEREDADA

Un labriego de la Rusia,
según refiere Krilof,
aplaudido fabulista,
Esopo de esa nación,
va arreando una manada
de gansos hacia Moscou,
donde venderlos espera
al triple de su valor.

—

Mientras andan, los palmípedos
llevan paso gansarón,
y gruñendo refunfuños
se quejan de que el pastor
los trate mal, sin respeto
á la antigua tradición
que atribuye, á su progenie
y á su graznido aullador,
homenajes, lauros, títulos,
pues por ellos se salvó
el Capitolio, y por ellos
Roma atajó á la invasión.

—

—Y vosotros, ¿qué habéis hecho?
pregúntales el pastor
entre airado y malicioso,
vuestros lauros, ¿cuáles son?
¿y qué os importa que en Roma
se salvara aquel Señor?
—¿Nosotros? Nada hemos hecho.
Por herencia nos tocó...
—¿Nada? ¡Pues andad aprisa
que os aguarda el asador!

Guillermo Matta.

Buenos Aires, 1890.

LOS NIÑOS TERRIBLES



—Vamos, da un beso, León,
á esa niña...
—¡No, mamá!
ayer se lo dió papá
¡y le pegó un bofetón!

EL RUISEÑOR

Cuando en las horas estivales plácidas
brilla la luna en el azul inmenso,
y las magnas estrellas escintilan
como flores de luz del firmamento,—
que en el misterio de la noche inflaman
sus corolas al ósculo del céfiro,—
el ruiseñor, el lírico poeta
de selva agreste ó de vergel ameno,
en dulce canto, solitario entona
el himno blando del amor primero.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

AÑO DOS

(TRADICIÓN)

I

Corría el año 1723.

Todavía no habían surgido en el Virreynato las rencillejas aquellas entre el visitador Areche y el marqués de Montesclaros, con motivo de los recargos sobre la sisa de tabacos y el aumento al rendimiento de tributos, chilindrinas que hicieron suspirar á más de un prójimo; pero, sí se experimentaban ya los beneficios que produjo el impuesto del 12 y $\frac{1}{2}$ por 100 que el virrey Guirior fijó al aguardiente peruano en provecho del Erario, gravamen del cual dice el virrey citado que, recaído sobre un renglón de vicio, se estableció pacíficamente y que sólo los hacendados de los valles de Arequipa é Ica se mostraron descontentos, calculándose en 150,000 quintales los que representaban los viñedos de aquéllos. Así lo puntualiza Guirior en la *Memoria* presentada á su sucesor Jáuregui.

Se acababa de recibir la Cédula Real dada en Lerma, á 18 de Diciembre, en que S. M. participaba á la ciudad del Cuzco la feliz noticia de las capitulaciones matrimoniales del serenísimo Príncipe con la Princesa de Orleáns, y de la infanta doña María Ana Victoria con el cristianísimo Rey de Francia.

Hacía á la vez su entrada en la imperial metrópoli, de tránsito para su arzobispado, el ilustrísimo doctor don fray Joseph Palos, de la orden franciscana, obispo del Paraguay.

II

Semejantes noticias apuntadas con religioso cuidado por los cronistas, provocaron el inocente regocijo de los habitantes del Corregimiento, en aquellos benditos tiempos en los que la palabra del caballero tenía más fuerza de ley que, en el día, los testimonios de la fe pública estampados sobre grueso y costoso papel.

Se echaron á vuelo las campanas, que ellas prontas se encuentran para tañir alegre ó triste desde la fecha en que

fueron inventadas por Paulino de Nola. Las monjas catalinas pusieron en vasija las almendras, los limones y las cidras que, en olorosas pastas, irían á regalar la mesa del palacio episcopal, donde Su Señoría el doctor don fray Gabriel de Arregui, XV obispo del Cuzco, había invitado al Corregidor y Cabildo de Justicia *á hacer penitencia* de colación en compañía del ilustrísimo Palos, debiendo Sus Señorías, al siguiente día, desayunarse en el Cabildo. Aquéllas diz que fueron dos meriendas con pavo emperifollado, sorbetes de naranja y cazoleta bajo la mesa.

III

Los festejos que la ciudad dió en señal de regocijo por el ajuste conyugal, fueron de nombradía: los pergaminos que los relatan dicen entre tanto cascabel: *hubo muy lucidos y costosos fuegos, máscaras y corridas de toros por la ciudad, parrochias gremios y oficios mecánicos.*

A éstas siguieron otras fiestas pomposas y de provecho público con motivo de la consagración del templo de Santa Clara y del monasterio del Carmen, que hizo el obispo del Paraguay, el primero, en 5 de Julio de 1823, y el segundo, el 8 del mismo mes, habiendo ordenado 12 diáconos, 18 subdiáconos y algunos presbíteros en presencia del señor Arregui.

Después de disfrutar los agasajos del monasterio de Santa Catalina, el más antiguo del Cuzco, se encaminaron los obispos á presenciar las comedias preparadas por el Colegio de San Antonio.

IV

Autores viejos que he consultado en la avidez de averiguar el comienzo de la literatura dramática en nuestro país, señalan como notabilidades, una pieza llamada *Qquespillo chico*, que alguna vez he mencionado, y dos juguetes cómicos destinados á loar á la Virgen de Belén y al Señor de Burgos. Comparando fechas, y adicionando relatos concienzudos, vengo á calcular que estas dos últimas fueron las presentadas por el Colegio de Antonianos en festejo del obispo Palos, pues también hay cronistas que las señalan como dedicadas á dos obispos frailes; y como Palos y

Arregui vestían jerga y asistieron con sus Cabildos á las representaciones, encuentro fundada mi creencia.

V

No anduvo, pues, descaminado el cronista Serrada, cuando señaló con AÑO DOS la época de que venimos hablando.

Hubo dos obispos; dos esponsales reales; dos templos consagrados; dos comedias y dos comilonas reverendas.

CLORINDA MATTO DE TÚRNER.

Lima, Junio de 1890.



EN EL ÁLBUM

DE

MARÍA TERESA

Hanme dicho que dices que te holgarías
teniendo en tu álbum cuatro palabras mías,
y al anhelar tan poco, María Teresa,
que has tenido perverso gusto confiesa.
A lamentar me obligas mi mala suerte
que me priva del gusto de complacerte;
porque, viejo y poeta, como es notorio,
heme vuelto un sujeto contradictorio;
pues ¡pesie á mis arrugas! ¡pesie á mis canas!
siempre veo en las niñas rosas galanas,
y rebelde la pluma ni á tres tirones
que exprese bien permite mis impresiones.
Si en tí se han reunido belleza rara
y de la inteligencia la luz preclara;
si suma de virtudes en tí se anida
y todo te promete dicha en la vida;
si eres, María Teresa, flor primorosa
de esta bendita tierra de santa Rosa;
si de tu pluma brotan, paloma mía,
raudales infinitos de poesía,
¿cómo podrá cantarte, con desenfado
poeta á quien las musas ya han jubilado?

RICARDO PALMA.

Lima, 1890.



CANTOS DEL HOGAR

MI HIJA MARGOT

Tiene Margot un niño á quien adora,
que no nació entre lágrimas y males,
pues se lo dió de cuelga una señora
que lo compró de lance en veinte reales.
No hay un cariño igual á ese cariño,
reflejo fiel de admiración sincera,
que ni lo entiende, ni lo paga el niño
que le dice *mamá*, y es de madera.
Sin temor de que enferme ó que se pierda,
la madre sabe, de contento loca,
que el niño, si le tiran de una cuerda,
llora, abriendo los ojos y la boca.
¡Si la vierais en horas sosegadas
con qué ternura maternal lo viste,
y con qué melancólicas miradas
se fija en él cuando lo juzga triste!
—¿Qué tienes, le pregunta, niño mío?
¡Más bonito que tú no habrá ninguno!
No llores.. ¿tienes hambre? ¿tienes frío?
Duerme mientras te traigo el desayuno.—
Y lo acuesta en su lecho, allí lo abriga,
bajo sus mismas sábanas lo arropa,
y corre por la leche y por la miga
para darle en los labios sopa á sopa.
Que no las toma el niño es cosa clara,
pero aquí la intención salva un abismo;

Margot en tal desaire no repara,
pues ella se las come, y es lo mismo.
Margot junto á mi padre, dulce y quieta,
era siempre su encanto y su consuelo,
y yo ví alguna vez, frente á la nieta,
lágrimas en los ojos del abuelo.
—Estos juegos, me dijo, causan frío;
no sé ni qué revelan, ni qué indican.
¡Hacen cosas los niños, hijo mío,
que ni los grandes sabios las explican!
¡Cuánto Margot á la virtud promete!
Mira... en su niño están sus ojos fijos...
¡Avergüenza esta madre de juguete
á los monstruos que olvidan á sus hijos!—
Mientras yo silencioso meditaba,
Margot, que cuenta cuatro primaveras,
para dormir al niño, lo arrullaba
como arrullan las madres verdaderas.

JUAN DE DIOS PEZA.

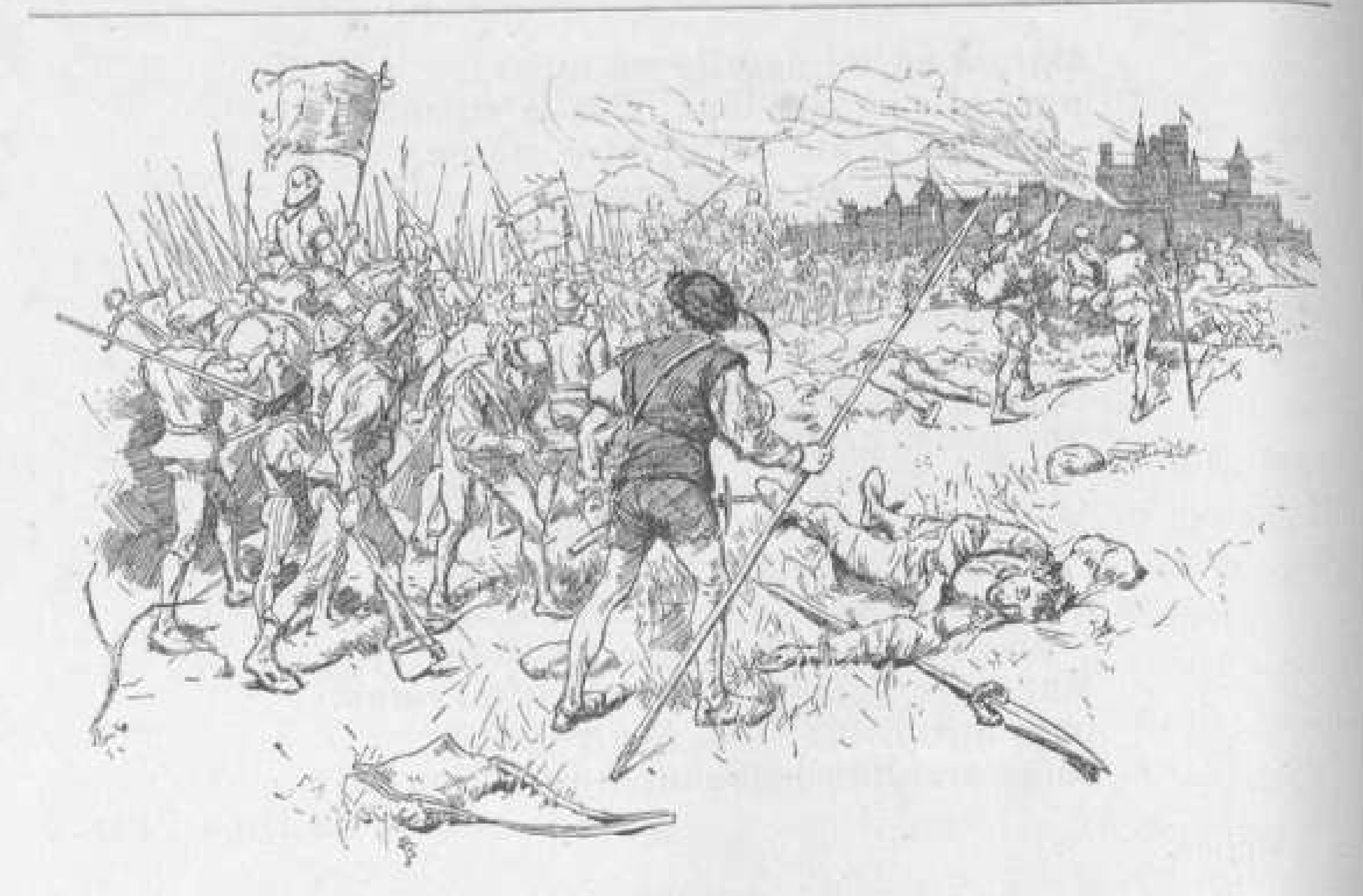
Méjico.

IN RURE

¡Qué hermoso estaba el campo! La colina,
en cuya agreste falda,
mirándose en el agua cristalina
se cimbraban los juncos de esmeralda,
en su augusto retiro solitario
nos pareció á los dos aquella tarde
un recién bendecido santuario.
Entre incendiadas nubes de colores
lanzaba el sol cobarde
sus últimos sangrientos resplandores,
y al breve tiempo purpurear le vimos
la onduladora cresta de las palmas;
mas ni un adiós al astro dirigimos,
¿para qué mejor sol que nuestras almas?...
En la campiña toda
cada nido era un cántico de boda,
cada juncal armónico salterio,
cada rama la cuerda de una lira
en que el viento suspira
los goces del amor en el misterio.
De pronto, ardiente, fascinada, loca,
dejó un beso en mi boca,
y arrepentida de su ardor salvaje,
mas—¡sígueme!—diciendo con los ojos,
se perdió ruborosa entre el follaje
de tiernas lianas y de seibos rojos.

CARLOS ROXLO.

Montevideo.



VENGANZA GERMÁNICA

(EPISODIO HISTÓRICO)

Desarrollábase al quinto lustro del siglo XVI la guerra de los labriegos, llena de incidentes. En estos graves incidentes dibújanse y resaltan naturalezas bien extrañas, engrandecidas por la ocasión que les ofrecen las circunstancias de cumplir todas sus aptitudes. Entre tales naturalezas, ninguna tan violenta como la del posadero Santiaguillo, fiera salvaje en medio de la civilización. Apuesto de figura, hermoso de rostro, forzudo de cuerpo, violento de natural, vivaz de ingenio, tan presto entraba en una guerra como en una orgía, donde quiera que le procurase la suerte grandes emociones. Ya de antiguo se tomaba la justicia por su mano, y en edad bien joven había asesinado por esta razón á su burgomaestre, creyéndose, en virtud de su derecho natural, juez de sus jueces y verdugo de los que mandaban al verdugo. Su padre le desconoció por deudas en la mocedad; su prometida cayó en brazos de un caballero feudal, que castigó en la infeliz, con una deshonra eterna, el enorme crimen de haber cogido algunas fresas en los bosques; y tantas desgracias contribuyeron á exacerbar la complexión arrebatada de Santiaguillo y á lanzarlo en bra-

zos de las revoluciones. Así, recoge trescientos campesinos y toma los dos pueblos más cercanos á su vivienda. Tras cada batalla ofrece un botín; tras cada botín, una fiesta; tras cada fiesta, una arenga de los predicadores evangélicos, y unas brujerías de las brujas que lleva en su ejército.

Y no sólo hay plebeyos como el posadero en la revolución, hay gentiles-hombres como Florián que, llenos de fe y persuadidos por su corazón y por su conciencia, deponen con su manto de terciopelo sus títulos de nobleza, y mandan cohortes campesinas resueltas al combate. No es aqueste el último noble entrado en la confederación evangélica; el célebre Goetz, á quien cantara el primer poeta de Alemania, pertenece también á las altas clases.

Veamos cómo se desarrollan los incidentes de esta guerra.

Mandaba en Weinsberg el conde Luis, casado con una bellísima princesa. Y ora llevado por las necesidades de la guerra, ora por la satisfacción de su venganza, mató á varios campesinos que había hecho prisioneros, y á quienes resguardaban las leyes consuetudinarias de la guerra. Cuando Santiaguillo supo tal crueldad, invocó la muerte y el infierno, enviando al señor un verdadero ultimátum, que le conminaba acremente á la entrega discrecional de la ciudad. El conde envió una respuesta altiva; pero Santiago, que sabía cuántos partidarios suyos guardaba la población amenazada, decidióse al asedio. Envió, pues, varios heraldos y se burlaron de ellos los sitiados, insultándolos á todos é hiriendo á alguno de muerte. Corazones de liebre llamaban los de dentro á los de afuera, y los corazones de liebre se volvían á estos insultos corazones de tigre.

La bruja que el plebeyo Santiago llevaba á su lado le bendijo las armas con grandes sortilegios, y la horda negra que el noble Florián mandaba de un empuje ganó un castillo y puso la bandera revolucionaria en la torre del homenaje. La batalla tuvo todos los caracteres de una tragedia. Las gentes indefensas gritaban por una suspensión de armas; pero los nobles que conocían la suerte encerrada en una derrota, se decidieron á pelear hasta morir. Santiaguillo entró, y su entrada equivalió á una terrible carnicería. Los principales ciudadanos, con los más valerosos lansquenetes, fueron sacrificados hasta dentro de los sepulcros donde se habían acogido en el seno de las iglesias. Desde lo alto de una torre, el canciller de Weinsberg ofreció treinta mil flo-

rines de oro por su rescate, y le contestaron venganza y le dieron un tiro en el cuello, que lo precipitó en el patio del cementerio y en el fondo de una sepultura. La matanza se encarnizó tanto, que hubo necesidad de dar orden de suspenderla. Pero el conde, cogido en lo alto de la torre, recibió de manos de un soldado un lanzazo.

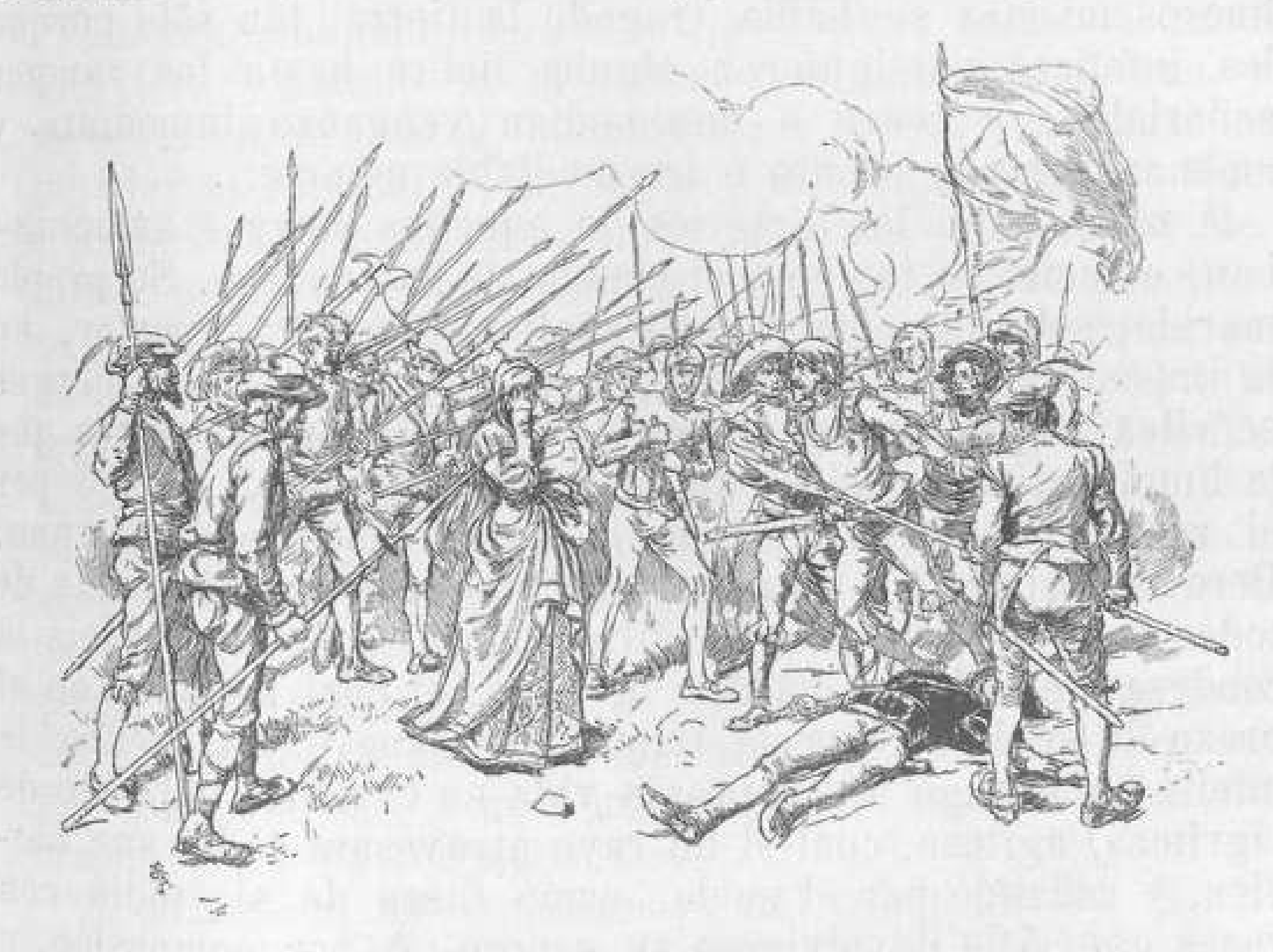
Nada más horrible que aquella noche de saqueo; el incendio chisporroteando; los soldados bebiendo al siniestro resplandor de las llamas; los cadáveres tendidos por todas partes; los moribundos en los estertores de la agonía; la violación de las vencidas y de las monjas, mezclando el resuello de bárbaros placeres á los ayes de increíbles dolores; la muerte inflingida terriblemente á los prisioneros por medio de un castigo semiasiático, que consistía en atormentar á las víctimas y azotarlas para que fueran á clavarse ellas mismas en las puntas de las lanzas; todos los horrores de estas guerras civiles, que resultan la mayor de las plagas enviadas por la cólera de Dios sobre los pueblos infelices.

Pocas escenas tan trágicas en la historia como la muerte del conde, defensor de la ciudad, sacrificado con todos los nobles principales que en su defensa le acompañaran. Formóse alrededor de ellos el círculo de lanzas que antes hemos descrito, y Santiaguillo invitó al conde á clavarse el primero en una de ellas diciéndole grotescamente que comenzara el baile. Pero como todo ser tiene en este mundo alguien que le ame, la mujer del conde, adherida profundamente á su esposo, rompió el oleaje de la muchedumbre, atravesó los muros de lanzas, y entrando en el fúnebre círculo de hierro, arrojóse á los pies del posadero vencedor á pedirle, con gestos y palabras de una suprema desesperación, la vida de quien era la mitad de su vida. Para mover más aquellos corazones endurecidos por la victoria, llevaba la pobre mujer en sus brazos un escudo celestial, un inocente ángel, un niño de sus entrañas, engendrado por el amor del hombre á quien amenazaba en aquel trágico instante la muerte.

Pocas escenas tan luctuosas nos ofrecen ¡ay! en sus sangrientas páginas los trágicos anales del mundo.

La noche terrible y oscura; la ciudad ardiendo; los vecinos forcejeando en la desesperación; el círculo de aquellos revolucionarios con sus lanzas apercibidas al hombro; los prisioneros nobles próximos al último suplicio, y semejantes

al ganado reunido en una carnicería; las antorchas fúnebres, que iluminan los rostros, trasmudados por el deseo de la venganza ó por el temor á la muerte, y una pobre mujer nacida en ilustre cuna y acompañada de un hijuelo inocente á los pies del terrible demagogo á quien la victoria prestaba toda la crueldad de los tiranos, é incapaz, por lo mismo, de tener un sentimiento de compasión siquiera en aquel odio universal, cuyos furores hacían de tan terrible instante un verdadero infierno. Solamente la voz de la condesa gritaba: «¡Perdón, perdón!» entre tantos horrores. Y Santiaguillo, rechinando los dientes con furor, poniendo los ojos en blan-



co, cual si la hora de su último trance estuviera cerca, agarrando las manos de la condesa convulsivamente, le recordaba el día en que su novia, la preferida de su corazón, la depositaria de su dicha, iris de todas sus esperanzas, la que había escogido para perpetuar su nombre y su sangre en el mundo, por haber arrancado algunas miserables fresas en apartada selva, era violada por los caballeros feudales y por sus cortesanos, y luego recluída en calabozo señorial, donde la devoraron viva los ratones.

La condesa continuaba fuera de sí, arrastrándose á los pies de aquel hombre; y aquel hombre, verdadera encarnación de la terrible venganza de una raza oprimida, se reía

á carcajadas de su víctima, y la hollaba como si fuera una alfombra suya; la hollaba furioso con sus plantas. Y exacerbados todos sus compañeros por la terrible ira de Santiaguillo, cada cual profería su palabra de agravio y expresaba su sentimiento de venganza. Unos decían que los caballeros del conde habían pasado á caballo por sus siembras, y como sus hijos quisieran oponerse, les azotaron como si fuesen perros; otros recordaban que sus hermanos consumieron largos años en los calabozos tan sólo por haber olvidado saludar al conde; éstos hablaban de sus correas, aquéllos de la desaparición eterna de sus padres, cuyos huesos mismos se había tragado la tierra, tan sólo porque los infelices persiguieron alguna liebre hasta los campos señoriales; y todos á una pedían venganza inmediata y amenazaban con pronta é irremediable muerte.

A medida que los dicterios de aquellos siervos aumentaban, aumentaba también el clamor de la condesa. Su propio marido, soberbio como buen caballero feudal; superior, en la impasibilidad de su ánimo, á los agravios y á las ofensas serviles; capaz, y muy capaz de sufrir la muerte antes que la humillación, apiadóse de su propia esposa y ofreció por el rescate de su vida toda la inmensidad de su fortuna. Pero la respuesta á esta proposición demostró la suerte de todos los vencidos, porque dirigiéndose un siervo hacia la condesa, lanzóle un cuchillo de caza, el cual se clavó en el brazo de su hijo, que la inundó de sangre. Al sentir la infeliz aquel jugo de su propia vida en el rostro cubierto de lágrimas, agitóse, cual si un rayo atravesara todos sus nervios, y rodando por el suelo, como fuera de sí, pidió con voces que, ó le devolvieran su esposo, ó por compasión y por caridad la mataran.

El triste olvido de todos los sentimientos humanos se extremó de tal modo, que á la vista de aquella mujer desesperada, de aquel inocente herido, de aquel esposo lacerado, de aquellos prisioneros próximos á la última hora, objetos todos dignos de la mayor misericordia, el músico mayor del conde, saliéndose del grupo de los siervos y encarándose con su señor, díjole que pensaba tocar su aire favorito, el que tantas veces le acompañó en las fiestas y en los placeres, para que le acompañase ahora en los estertores y en los estremecimientos de su postrer agonía. El conde, al ver la implacable crueldad de sus enemigos, se lanzó á los pies

del confesor para decirle sus culpas mayores y demandarle su absolución postrera; la condesa, tendida en el suelo por la postración de sus fuerzas, abrazaba y besaba á su hijo, como si quisiera estancarle con sus besos y con sus abrazos la sangre; y volvía los ojos, exhaustos ya de lágrimas, á contemplar á su marido; los nobles amenazados, bajaban la cabeza, como para recoger sus ideas antes del próximo suplicio; y entre tantos horrores, el músico templaba su instrumento y preludiaba el aire grato al conde, diciéndole, entre las carcajadas de sus compañeros, que iba á recrearle mucho en su postrera danza.

La inhumanidad llegó tan lejos, que, como la condesa estuviera exánime en el suelo, alzáronla dos siervos, y la sostuvieron en brazos, obligándola y constriñéndola á contemplar el suplicio de su marido. Al rodar éste por tierra, y rodar atravesado de veinte lanzazos, el corazón de la infeliz mujer se rompió con tal estrépito, y los gemidos de su pecho se exhalaron con tanto dolor, que lágrimas cuasi de súbito arrepentimiento asomaron á los ojos del mismo cruel Santiaguillo, cuya alma estaba tan empedernida y acallada por su sentimiento de venganza. Y sin embargo, la terrible bruja que acompañaba la horda del posadero, semejante á las brujas compañeras de Atila, salió del círculo de los siervos, corrió adonde estaba el cadáver del conde aún caliente, sacó el cuchillo que le servía para su cocina mágica, y abriendo las entrañas del caballero, extrájole las mantecas, y untó con ellas sus zapatos y los zapatos de todos los verdugos.

Y entretanto los compañeros del conde morían sacrificados á lanzazos, entre los clamores de los siervos, que les recordaban á una, en siniestro coro de furias, los agravios inferidos á su condición tristísima por los crímenes del feudalismo. La barbarie servil se recrudeció tanto con la satisfacción de su venganza, que lanzaba los yertos cadáveres al aire, y cuando caían y se estrellaban en el suelo, volvía de nuevo á lanzarlos con un placer carnicero, que no hubieran sentido los tigres de las selvas, los leones de los desiertos, las hienas de los sepulcros. Después de esto, arrancaron á la condesa sus alhajas y sus vestimentas de noble; la vistieron con los harapos del mendigo, y escupiéndole al rostro todos los dicterios imaginables, sin respeto alguno á su dolor, llamaron á un carretero y, entre-

gándosela, dijéronle: —«Ya que vino aquí en carroza de oro, llévatela en carro de basura.»

La condesa consagró su herido hijuelo á la vida eclesiástica, y se encerró ella misma en las paredes de un claustro.

EMILIO CASTELAR.



ASPIRACIÓN INSENSATA

En urna de cristal, aprisionado,
encontrábase un pez,
y exclamaba con tono acongojado:
—¡No hay un ser más que yo desventurado
del mundo en la infinita redondez!—

Y un niño que escuchara su lamento,
movido de piedad,
la urna rompió, y el pez, sin su elemento,
la muerte halló al momento
en la misma anhelada libertad.

Como el pez es el pueblo. Blando yugo
lo he visto quebrantando con ardor.
Lo he visto cambiar padre por verdugo,
menor mal por mayor.

RICARDO PALMA.



MANUELA

Una tarde la encontré
de paseo por las quintas:
á mirarla me paré,
tan erguida en su corsé,
llena de flores y cintas.

¡Qué melindres, y qué oronda
con su leve traje azul
guarnecidc en fina blonda,
y su cintura redonda
envuelta en nubes de tul!

Breve pie, mano pequeña,
airosa, formas sin par;
rósea tez, boca risueña;
su libre garbo, su andar,
iban gritando: ¡porteña!

Luego en el *Parque* * la ví
y después en el *Retiro:* *
cauteloso la seguí;
caza que se acecha así,
dá por fruto no errar tiro.

Al cruzárseme delante
le eché un piropo: sospecho
que aquel dardo de diamante
en el seno palpitante
fué á clavársele derecho.

Altanera me miró
¡con unos ojos!... ¡qué ojos!
como á estopa me abrasó,
ni comprendo cómo no
me le planté allí de hinojos.

¡Oh, qué mujer... tan mujer!
Trueno y luz, aire triunfal;
va sahumándola el placer;
de ella por un alfiler
os ahorcarais con su chal.

Otra ocasión mi fortuna
me llevó á la misa de una
en Montserrat, allí estaba
de gran mantilla; ninguna
con más devoción rezaba.

Premio, no obstante, á mi anhelo,
le sorprendí una sonrisa,
una sonrisa de cielo:
desde aquella santa misa
me sentí con alas, ¡vuelo!

En el atrio al retirarse
la saludé: pasó altiva,
mas la ví ruborizarse:
mi aurora empieza á incendiarse
y mi esperanza se aviva.

Vaya un secreto que integra
la aventura de un amor
que hasta en el sufrir se alegra:
le mandé con una negra
un billete y una flor.

* **Paseos frecuentados de ese tiempo.**

¡Oh dicha! aceptó el mensaje:
pero contestarme ¡qué!...
Esperé y más esperé.
Nada: con ansia salvaje
desde entonces la rondé.

Volvíme un oso ¡y qué oso
de condición tan tremenda!
no hubo iglesia, ni hubo tienda
que no corriese afanoso,
siempre atisbando á mi prenda.

Por fin, causándome asombro,
una noche, y casi escándalo
á un mi compinche, otro vándalo,
al pasar me golpeó el hombro
con su abanico de sándalo.

No me lo hiciera dos veces:
en papel rosa—es mi oficio—
le escribí cuatro sandeces,
y ella ablandada á mis preces,
fué de Lelmi * al beneficio.

La acompañaba una amiga,
sabedora ya sin duda
de nuestra amorosa intriga,
y á quien el cielo bendiga
por ser ciega, sorda y muda.

Al salir de la cazuela
en Colón, me atreví á hablarla
entre el tumulto: Manuela
se llama: flor de canela
han debido bautizarla.

Suplicante hasta el *tranway*
fuí tras ella: en este mundo
placeres tan vivos hay,
que eternizan un segundo:
uno de ellos fué aquél ¡ay!

Me apuntó al pecho: me dijo
que su pensamiento fijo
tiene en mí: que fuese á verla
á casa de un tal Urquijo,
tío y tutor de esa perla.

Y no falté, por supuesto:
me llevó Patricio Acuña,
un ex capitán del sesto,
que hoy el asador, modesto,
en vez de la espada empuña.

* Lelmi, afamado tenor de la época.

Vive mi dama gentil
en la calle Cochabamba
cerca del número mil,
con su tío, del Tandil,
un chinito y una zamba.

¡Buena y llana gente criolla!
dulce agasajo, es de ley,
con franqueza y sin bambolla;
muy riquísima la polla,
y el dueño de casa un buey.

A veces jugando al *truco*,
ser soltero me reprocha,
y añade:—*Pa usté* la educo;
en mi estancia en Chacabuco,
sea feliz con la *morocha*.—

Mientras tanto la sobrina
(treinta años de oro ¡qué edad!)
canta, encanta, desafina,
y á poco me determina
á una gran barbaridad.

¡Es tan hermosa! No hay vuelta.
¡Qué voluntad no subyuga!
Fresca *achira*, palma esbelta,
alegre, viva, resuelta,
ó amarla ó ponerse en fuga.

Si se sienta á la ventana,
se detiene en la vereda
la gente por verla, ufana,
cual favorita sultana
entre cojines de seda.

Desde el pelo á los botines,
irradia en dulces promesas
de voluptuosos festines:
el cuello, ámbar y jazmines;
la boca almíbar y fresas.

¡Manuela!... ¡Ah criolla! La tengo
metida en el corazón.
¡Pero casarme!... Prevengo
que á eso sí que no me avengo...
por no ser mi vocación.

Pero en cambio con delicia
le daría en mi embeleso,
si en sus misterios me inicia,
mi amor por una caricia,
y hasta el alma por un beso.

1876

CARLOS GUIDO Y SPANO.

LOS BAÑOS DE MAR



—Aunque ardo como una fragua,
temo bañarme...
—¡Qué idea!
—¿Cuándo sube la marea?
—Así que entre usted en el agua.

A COLÓN

En el tranquilo y misterioso encanto
de las noches del trópico divinas,
cuando entre gasas verdes y opalinas,
recoge el sol las orlas de su manto,

mil veces recordé con mudo espanto
las asechanzas viles ó mezquinas
que hicieron para tí senda de espinas
el hondo mar donde cayó tu llanto.

Abarcando una zona y otra zona,
tu imagen ví de majestad serena,
que el mundo con su aplauso galardona,

y del genio sufriendo la condena,
en tu pálida frente una corona
y en tus llagados pies una cadena.

1890. MANUEL DEL PALACIO.

CORTANDO CAMPO

RECUERDOS DE ENTRE RÍOS

Bajo los rayos calcinantes de un sol canicular, cruzábamos el campo á todo lo que daban nuestros caballos, que sudorosos y fatigados respiraban con dificultad aquel aire caliente que nos azotaba el rostro, congestionándolo, y nos abrasaba el cuerpo—filtrándose bajo el poncho de vicuña que se plegaba y desplegaba al compás de la marcha—imitando hasta el chisporroteo de una hoguera al engolfarse caprichoso entre los vericuetos del *pañuelo volador,* atado al cuello.

Las cabalgaduras, dejando sus coqueterías para horas menos crudas, acompañaban con sus resoplidos ruidosos, el galope largo y tendido, interrumpido solamente para esquivar la boca de una cueva escondida entre la maleza, el *pozo de toro,* felón y traidor, originario de rodadas imprevistas, ó para saltar sobre la mata erizada de espinas desgarrantes disimulada por el matorral tupido, que oculta un desnivel, pero que no escapa al ojo penetrante de la bestia, maestra en achaques de punzadas.

Las cuchillas sucedían á las cuchillas y los bajos á los bajos, sin encontrar la vista ni siquiera un árbol que rompiera aquella monotonía del pasto maduro enseñoreado de la llanura, y que doraba, ya la cumbre recortada de las lomas, donde el sol reverberante mostraba legiones de fantásticos jinetes cruzando á la carrera, ya los repechos y las cuestas, donde proyectaba su sombra movediza la nube fugitiva corriendo sobre el sol, ó ya el bajo abrupto donde el arroyo esconde, retorciéndose, su mísero cauce que brilla aquí y allá como un hilo de plata extendido sobre el pasto amarillento.

Las haciendas, corridas por el sol, han abandonado los pastos y las aguadas: replegadas quizás á una isleta tutelar—oculta á nuestra vista por las cuchillas enhiestas—ocuparán los ocios de la siesta anticipada, rumiando, echadas á la sombra, la cosecha de la mañana, comiendo la

corteza y los retoños de los árboles que las protegen, ó lamiendo con fruición la tierra salitrosa que blanquea relumbrando bajo la copa deshojada de los chañares, en las vecindades de alguna laguna sin agua, cuya superficie está bordada de huellas dejadas por las pezuñas andariegas.

De repente, al flanquear una ladera, vimos allá, sobre la falda de una cuchilla que cerraba el horizonte, dibujarse la silueta de un rancho que á nuestros ojos ansiosos se presentó con los contornos de un palacio, impulsándonos instintivamente á tocar con la punta del rebenque, colgado á la muñeca, el anca de la cabalgadura, como para acelerar el paso.

A medida que nos acercábamos, la realidad iba acentuándose y borrando los mirajes del deseo.

En medio de un manchón negro, formado por el cardo seco—cuyos tallos comenzaban á caer tronchados por el viento ó por el pasaje frecuente de los animales—se erguía el rancho, orientado de Sur á Norte, con sus paredes medio vencidas á fuerza de luchar con ventarrones y tormentas, ó tal vez nacidas á la vida con tal vicio de conformación, luciendo su techo, remendado aquí y allá, á estar á las indicaciones de la paja más nueva que con sus reflejos dorados se destacaba acusadora.

Era una pieza sola—ateniéndose á las dimensiones—aditamentada por otra enana, hecha como de favor, y que ostentaba, á guisa de batientes de puerta, un cuero de potro que sujeto por solo un lado, estaba fuera de quicio.

Allá, á la derecha, veíamos el palenque sombreado por un tala apenas perceptible, y el guardia-patio á medio formar y luciendo tantos portillos como postes, y más atrás, el verde vivo y alegre de un tablón de alfalfa, señal infalible de la existencia de un parejero, que en boca de su dueño sería caballo de larga fama y de hazañas estupendas y colosales.

En el rancho reinaba una soledad absoluta y que hubiera sido de mal augurio, dada la puerta del mojinete cerrada, la ausencia de perros y la falta de humo en la cocina, si á la izquierda y casi en la punta del cardal, no hubiésemos notado la agrupación de todos los estantes y habitantes, entregados á una faena que, recién al aproximarnos, pudimos apercibir.

A la entrada de un viejo rastrojo, cuya superficie erizada por los troncos del trigo cortado á mano, comenzaba ya á verdear con el pasto naciente y mostraba todavía aquí y allí los manchones dejados por las gavillas, se destacaba una era formada por gruesos postes de ñandubay, ligados entre sí por una doble hilera de varillas reatadas por lonjas de cuero que ostentaban aún el pelo del animal que las suministrara: por su solidez y seguridad, más parecía aquello corral para faena ganadera que local destinado á trabajos de agricultura.

A la puerta de la era estaba el carro de la casa con sus varas al aire, haciendo reparo, y atado á una de sus ruedas el petizo, conservando todavía á la cincha el cuero en que el muchacho—que veíamos trepado sobre los postes—había acarreado desde el rastrojo, el trigo, que formando una parva en medio de las yeguas que corrían en círculo, iba siendo echado poco á poco por un hombre armado de una horquilla, que lo tomaba á montones, bajo las patas diligentes que trituraban las espigas, levantando una columna de tierra, donde brillaban con reflejos de oro las briznas que volaban.

Pronto los perros que dormían ojo avizor dieron el alerta con sus ladridos, y atrajeron sobre nosotros la vista de los trabajadores, en circunstancias que ya llegábamos al carro, cuya sombra fresca y deliciosa se extendía sobre el pasto, invitando al reposo y la quietud.

José S. Álvarez.

LA OPINIÓN PÚBLICA

¡La Opinión! Mudable viento,
norte incierto, pregón falso,
que hoy alza á un hombre un cadalso
y mañana un monumento!
La engendra y le presta aliento
del vulgo la estolidez,
y por modo tan soez
dicta fallos de contino,
que hace oficios de asesino
vistiendo toga de juez.

Pedro Huguet y Campañá.

LOS MARIDOS CALAVERAS



—Mientras aquí, del placer
apuras la copa de oro,
contesta, bello Isidoro,
¿qué hará tu pobre mujer?
—Me disgusta tu ironía.
—¿Estás, díme la verdad,
seguro de su lealtad?
—¡Oh sí!... ¡como de la mía!

UN POCO DE HISTORIA

—Merced á infame emboscada,
Sexto á Lucrecia ofendió...
—¿Y que sucedió?
—¡Pues nada!
que Lucrecia se mató
por no vivir mancillada.
—Proceder fué el suyo honesto
que merece elogios justos.
—Verdad, esposa.
—¡Ay Ernesto!
nunca han faltado disgustos,
á causa siempre de un Sexto.

Casimiro Prieto.

LA LLAVE DEL CIELO

Es el cielo una mansión
nido de amor é inocencia
en el que, en toda cuestión,
la justicia y la razón
no ceden á la influencia.
Disfrutando santa calma,
allí todo el mundo obtiene
de sus virtudes la palma,
y no entra al cielo ni un alma
sin que san Pedro lo ordene.
Por eso este santo grave,
de la moral siempre en pos,
tiene del cielo la llave,
y allí no pasa ni Dios
si san Pedro no lo sabe.
Estando este santo un día
durmiendo como un bendito,
se oyó una atroz gritería,
y como el santo dormía,
un candoroso angelito
de la mansión celestial
salió al instante, formal,
á calmar el alboroto,
y al fin logró poner coto
al griterío infernal.
Eran las que alborotaban
unas chicas hechiceras,
que entrar al cielo intentaban,
¡y hasta algunas se arañaban
por querer ser las primeras!
El escándalo cesó,
y el tierno angelito vió
que era la más habladora
una chica encantadora,
que al ángel entusiasmó.
Era graciosa y tenía
tal manera de mirar,
que á cualquiera enloquecía,
en fin, basta consignar
que nació en Andalucía.
En seguida que la vió
el ángel su ingenio aguza,
y á san Pedro le cogió
la llave del cielo; abrió
y entróse en él la andaluza.
Las otras se incomodaron;
sus méritos alegaron,

y sin escucharlas más
los ángeles las echaron
con Luzbel y Satanás.
Desde injusticia tan grave,
para que el orden impere,
siempre que san Pedro sabe
que alguna andaluza muere,
¡ni Dios encuentra la llave!

J. RODAO.

Madrid.

LA MARIPOSA NEGRA

FANTASÍA

I

Declina el sol con frente enrojecida
saludando otros pueblos que despiertan;
y el crepúsculo borra con sus nimbos
el prado y la ribera.

—

Al beso de la luz, estremecido
surge el verjel de la lejana tierra;
y del seno irisado de sus flores
cual lluvia de oro los insectos vuelan.

—

Acá los montes su talar de brumas
visten de prisa con la faz siniestra,
y del seno del caos va saliendo
la mariposa negra!

II

Muerte y vida, tinieblas y colores,
brota, del mundo, la voluble rueda;
y la implacable sucesión de cosas
sólo el alma respeta!

—

Con rumbo al éter las azules alas,
entusiasta, mi espíritu despliega:
y, del polvo, en el vuelo misterioso,
sacúdense impalpables y ligeras.

—

¡Y allá... del seno del sepulcro opaco,
anunciando mi noche, asoma inquieta
con alas del crespón de mi memoria
la mariposa negra!

ARTURO VILLALVA.

Chosica.

ARDIDES DE LA VANIDAD



—Tiene ya más de un bemol
tu extraño empeño; ¿por qué
pretendes, Rosa, que esté
todo el santo día al sol?...
¿O es que me quieres tostar?
—Sí, y por eso no te suelto. .
así creerán que hemos vuelto
de tomar baños de mar.

EPIGRAMA

No hay tertulia, no hay *soirée*
de la *high life* en la que
no digan todos á Rita:
—Por caridad, señorita,
cante, encántenos usté...
Canta al fin, y canta mal;
pero obtiene, con caudal,
dos triunfos Rita Albornoz:
por el metal de su voz
y la voz de su metal.

Carlos G. Amézaga

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Mariano de Vedia

(JUAN CANCIO)

DISTINGUIDO ESCRITOR ARGENTINO

ESBOZO

Perrichon y Tartarín llenan el mundo; están en todas las estaciones de ferrocarril y en todos los embarcaderos; entran ruidosamente en los comedores de los restaurants; recorren la Rioja en mula y el boulevard de París en ómnibus; visitan el panorama de Roma en la plaza de San Martín y el Vaticano en Roma; resuelven seguir el itinerario de la Patti; con ella van á Londres y á Méjico, y con ella vienen á Buenos Aires, etc., hasta que en lo mejor de una estadia, aquí ó allá, les sorprende la idea de obtener concesiones municipales para el establecimiento de mercados, la circulación de avisos ó la celebración de bailes públicos.

Perrichon y Tartarín están siempre de viaje, aunque jamás se hayan movido muchos de ellos del lugar en que vieron la luz. Las maletas listas, el pasaje tomado, los giros hechos, hecho el cambio de la moneda... y Perrichon y Tartarín en sus respectivos domicilios... con guías y planos por delante... eternamente! Pero están de viaje, sin duda; nos lo afirman convencidos; — y nos conocen, sin gran esfuerzo. Baedeker se ha convertido en substancia.

Perrichon y Tartarín suelen errar de incógnito—¡á veces son políticos decepcionados que se ocultan del mundo entero, como conspiradores universales;—pero nunca falta en las travesías un amigo indiscreto que se arroja en sus brazos y proclama con alborozo el nombre oculto hasta entonces. Curiosidad alguna ha sido herida ó satisfecha, según el caso, por la revelación del encuentro; mas ello no impide que el atolondrado no sea detenido con esta observación: —«Felizmente, no os han oído.» Y la marcha no se interrumpe.

Cosas de la época, y la época es de neurosis.

*
* *

Brichanteau es el otro extremo, pero Brichanteau es un producto exclusivo del boulevard de los Italianos. De todos modos, su noción de la vida es la exacta, con las diferencias que el temperamento de cada pueblo y de cada indi-

viduo establece al cultivarla. ¡Estarse quieto! La quietud es la vida. Desde el balcón, en cualquiera de nuestras calles, aún en las más tranquilas, observamos como marcha el mundo y como se desenvuelvan y se pliegan los acontecimientos humanos en sucesión incesante...

La literatura del viaje y la descripción nos ahorraba ayer el estudio de la geografía y nos ahorra hoy las molestias sin compensación de los viajes. La vida moderna refleja todas sus manifestaciones en la hoja diaria de la prensa, y ella trae al ignorado retiro del hombre en sosiego la impresión del pensamiento y del hecho universales. ¡El microcosmo! El microcosmo es el mapa-mundi, que gira sobre nuestra mesa de trabajo, y la mejor existencia errante se lleva entre los libros amigos, que nos ayudan á penetrar hasta donde no se fijó jamás la planta del hombre civilizado.

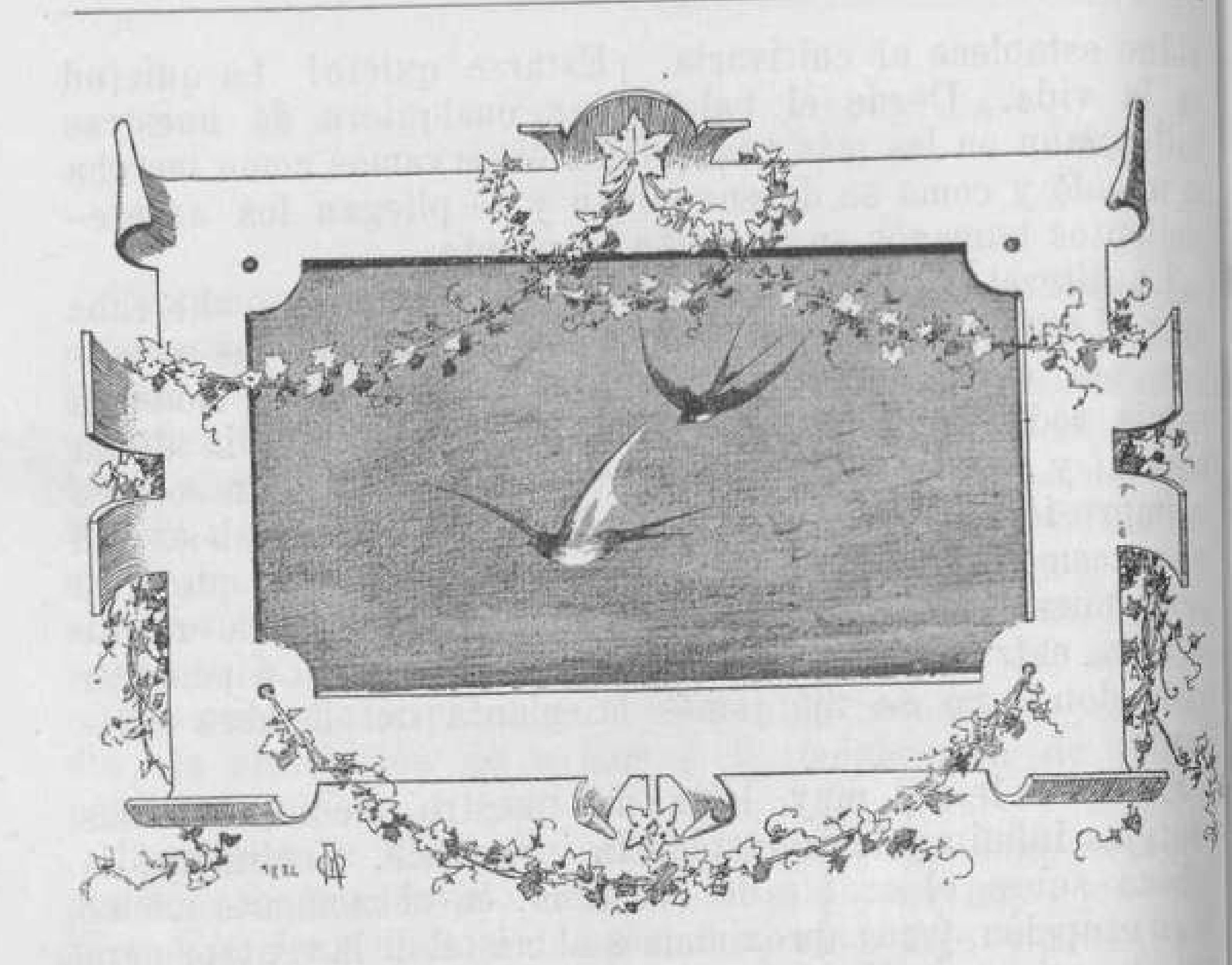
Estamos lejos, muy lejos de nuestro medio, con las ventajas infinitas de la residencia invariable. Inclinamos la cabeza sobre el cráter del Vesubio, en el momento mismo de su erupción, y nos aproximamos al cristal de la ventana para ver al vecino que llega á su casa á las cinco de la tarde, todos los días, y que es esperado en la puerta por sus niños, sus amas y sus perros.

Ni mareos, ni vértigos, ni confusiones, ni compromisos ineludibles. La misma casa sobre la misma calle, el mismo cielo sobre el mismo suelo y las mismas caras en el trayecto que, como el filósofo Rant, según Paul Bourget, recorrimos en brazos de nuestra niñera, de la mano de nuestros padres y de la mano de nuestros hijos. Las agitaciones se renuevan en el mundo del espíritu, pero el cuerpo no desconoce jamás su posición ni su papel en el mundo físico.

La vida de Brichanteau es la gran vida, en Buenos Aires como en Varsovia. Los Tartarín y los Perrichon acabarán siempre por fijar su residencia en el punto en que sea negocio establecer mercados, circular avisos ó celebrar bailes públicos, mientras los que viajan por convicción, empujados por una curiosidad, un deseo ó una conveniencia, volverán tarde ó temprano, como el hijo pródigo, al lugar que les reclama. Pero habrán perdido el tiempo...

JUAN CANCIO.

Buenos Aires, Julio de 1890.



EL NIDO SOLO

Ya emigraron, ligeras, en bandadas
las pardas golondrinas,
para buscar mejores alboradas
en azules regiones peregrinas.
Allí alienta feliz la primavera
y al ósculo de luz de un sol templado,
trinan las aves, reverdece el prado
y transcurre la vida placentera.

—

Solo ha quedado el nido, como el alma
del que perdiera en los primeros años
su inapreciable paz, el lago en calma
que alzó el turbión de horribles desengaños.
Solo quedó en el hueco del alero
como ataúd vacío,
recibiendo los besos del pampero
y las heladas lágrimas del frío.

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.



DE VERBENA

INVOCACIÓN

¡Oh española maceta de albahaca, graciosa compañera del búcaro, acompañante perpetuo de la reja, gala de la florida azotea que ve abrirse como esferas de llamas los claveles, centinela de los rosales que trepan por los muros dejando

una malla de rosas en ellos, adorno del primoroso arriate, orgullo del vistoso corral donde tiende sus retorcidos troncos la parra, incensario de la airosa cabeza que ostenta rodete de menudísimos ramales; tú que presides las alegres parrandas, que coronas como laurel egregio las verbenas, que recibes en tus hojas las lágrimas de la mujer que llora desdenes de amores en la reja, da tintas é inspiración á mi cuadro, y ojalá sus tipos sean exactos, sus pinceladas vivas y brillantes, y el color que lo embellezca recuerde las fiestas del pueblo amenizadas de música y danza, y el encanto con que la juventud va deshojando en ellas sus rosas.

CUADRO

No adornada de éstas, porque en el mes de los racimos, en el mes presidido por Baco, ya las rosas han dejado caer su cáliz, hoja tras hoja, en la superficie de los estanques y en los linderos de los jardines, y sólo elevan su tallo la dalia y la vara de nardos, que muestra su ramo de olorosas estrellas, sino antes bien ataviada con el traje de la moderna manola, va cruzando la chula el *real* de la verbena dando quehacer á ojos y lenguas; y con tal de que se vea con qué clase de prójimo camina, cambio de metro, y hago su retrato en dos pinceladas, ateniéndome al español donaire del romance:

El chulo que la acompaña
y es de su cuerpo custodia,
con fino esmero vestido
luce su egregia persona.
Lleva en torno de las sienes,
donde dos tufos asoman,
hacia adelante arrollada
negra y artistica gorra.
Una ajustada chaqueta
su esbelto cuerpo aprisiona,
desprovista de alamares,
y de cintas, y de borlas.
Usa pantalón estrecho,
petaca de piel lustrosa,
pañuelo en que van unidas
sus iniciales con otras,
y en los pies que le sostienen
luce riquísimas botas
con ojales, y cordones,
y costuras primorosas.

Y aquí entra ella, como dice la improvisación de Quevedo:

Ella, sobre el pie divino
sostén de tan bella diosa,
que por pecar de pequeño
va penando en cárcel roja,
lleva un planchado vestido
de percal, que cuando flota,
bajo el volante descubre
randas, trencillas y blondas.
Ajusta el talle ondulante,
que como sierpe se dobla,
vistoso cuerpo adornado
de florecillas y hojas.
Rojos corales suspenden
sus orejas tentadoras;
lleva enroscadas las trenzas,
leve sonrisa en la boca,
y como velo radiante
que va á envolver su persona,
un pañolón la cobija,
en cuyos pliegues se nota
el iris desmenuzado
en aves, tallos y rosas.

Con cuyo porte y con cuya traza se interna la pareja entre las oleadas de gente; cruza delante de los puestos donde la garrafa da vueltas en su estuche de corcho conteniendo el modesto helado callejero; desfila ante las tiendas que enseñan sus esplendentes lámparas de papel y sus cadenetas de colores formando bóvedas y arcos; se paran frente al puesto de camuesas, porque es lo que ella dice:—Más vale echarlas de éstas, que sentarán bien antes de los churros;—contempla embelesada la torre de Eiffel construída por el entusiasmo del barrio; deja á un lado y otro, á medida que anda, puestos de *torraos* y avellanas donde las luces retuercen el pábilo, diluyendo su columna de humo en el aire; casetas encerrando en sus muros de lienzo largas retahilas de muñecos; baratos donde se pregona desaforadamente la conocida fórmula de «á real y medio la pieza;» organillos que entonan el último pasacalle de Chueca, el músico del españolismo y de la gracia, y que es bailado sobre la acera por maritornes y cocineras; arcos de ramaje cuajados de faroles flotantes por cuyos calados asoma la luz hecha destellos; rifas bajo el pórtico de las iglesias; gallardetes, bombas, banderas; calles como esplendorosos túneles de fuego, y toda esa confusión grandiosa, todo ese hacinamiento brillante que da carácter y fisonomía especial á las verbenas.

Los mantones de Manila dan variedad al cuadro por donde quiera que desfilan los ojos.

Uno ostenta un soberbio bordado celeste, en cuya combinación parecen haber tomado parte los lirios; otro enseña, sobre deslumbrador fondo naranja, un elegantísimo bordado negro; otro muestra dibujo de torzales de rosa, resaltando en tela violada; el de aquí suelta el vistoso fleco dorado, como si fuera un aguacero de oro; el de allá presenta grupos de claveles rojos abriéndose sobre tela morada; otro ostenta sobre blancura inmaculada de cisne ideales rosas de azur.

Todos van liados á figuras airosas, á cuerpos que rebosan vida y donaire, y recuerdan los tiempos en que la aristocrática dama alternaba en las fiestas del pueblo y en que Goya dejaba con su pincel de luz fija en el lienzo la vida española del pasado siglo.

De pronto brilla en el fondo de la noche la primera rueda de los brillantes fuegos de artificio.

La estronciana que al arder hierve como furiosa llama de fragua; la goma laca que da rojo color á las bengalas; el azufre, componente de la luz bella y pálida que da interesante color á las facciones; el nitrato de potasa deshaciéndose en esplendorosa lluvia de oro; cuantas sustancias guardan encantadores colores, tonos y notas, enseñan sus prodigios y dejan absortas las retinas.

Luego, cuando la muchedumbre acude á presenciar el espectáculo en el espacio anchuroso,

en el espacio que forma
lleno de puestos alegres
la calle que desemboca,
llena de acordes el viento
una murga atronadora
donde suenan concertados
flautas, clarines y trompas.
En los labrados atriles
están las escritas hojas
y un vivo tamborilero
en una caja redobla.
Tambor y enormes platillos
á compás truenan y chocan,
los sonoros clarinetes
suenan con voces gangosas,
y mil bombas de colores
movidas del viento flotan
al aire dando vislumbres
y ráfagas luminosas.

En medio del bullicio, ya avanzan las parejas y retroceden dentro de un corto espacio, ciñéndose en el lúbrico

baile canallesco; ya van marcando las vueltas apoyando las frentes sudorosas; ya se remecen en un punto fijo y apenas si dan noción del movimiento los cuerpos; unas veces giran, otras se paran, siempre ajustando á ritmo las figuras, y tan pronto fingen adormecerse, como reviven y dan vueltas vertiginosas por el baile, y ya vienen, ya giran, ya tornan.

La danza termina con ese lento dispersarse de las verbenas. Todavía hacen extraño parpadeo las luces lamiendo con súbitos reflejos los muros; el último organillo lanza su postrera canción cuyas ráfagas trae y lleva meciéndolas el aire; á lo lejos suenan gritos de júbilo de personas que se van perdiendo en la distancia; las aceras muestran el batido polvo que deja después del bullicio una muchedumbre, brilla la última llama del fogón donde vomitó sobre el aceite hirviendo la repellada jeringa el chorro de masa, y el sueño deja sentir su pesadumbre.

Por entre los arcos de mustio ramaje pasa el viento levantando gárrulo ruido de hojas secas, y un ascua que es rozada por sus alas, desencaja y aviva para mirar el lóbrego sitio de la fiesta, su pupila de oro en las tinieblas...

SALVADOR RUEDA.

Madrid.

EL ARCO IRIS

Sopla helado azotando la llanura
ya sin aves, sin flores, sin aromas,
el cierzo que amedrenta á las palomas,
que se refugian en la torre oscura.

Ya del monte vistió la nieve pura
crestón abrupto y pintorescas lomas;
ya del otoño las doradas pomas
no esmaltan de los huertos la espesura.

Flota en celestes ondas azuladas
ancha faja de vivos resplandores,
que el ánimo suspende y las miradas;

brilla, fundiendo todos los colores,
como brillan las almas elevadas
en que se funden todos los dolores.

JUAN DE DIOS PEZA.

Méjico.



LA MOSCA DE ORO

I

LA GRACIA DE DIOS

Se extiende el reino Mosquino
por uno y otro hemisferio,
que á él comparado, el imperio
más gigante fué mezquino.
Y aún cuando el reino Mosquil
abarca todo el espacio,
el Rey tiene su palacio
en una flor de un pensil.
A cierta mosca dorada
por Soberano eligieron
las moscas que en esto vieron
la gracia de Dios probada;
porque este pueblo, jamás
por soberano eligiera
á una mosquita que fuera
como todas las demás.
. . . .
Dió las primeras lecciones
al Rey niño, un preceptor
muy sabio, comendador
de la orden de los Moscones.
Tomando Su Majestad
experiencias tan sensatas,
aprendió á frotar sus patas
con la mayor dignidad.
Zumbaba tan gravemente
al dirigirse á su grey
que ésta decía:—Es el Rey
el bicho más elocuente.—
Y sus nobles servidores
la trompa le perfumaban
con la esencia que libaban
en el seno de las flores.

II

LA ETIQUETA DE PALACIO

El comendador le entrega
cierto libro colosal,
nominado: «Ritual
de etiqueta palaciega.»
A su precepto ajustado,
el Rey vive con olor
de rey, pero con sabor
y trazas de confinado;
que es esta ley insensata
de tal rigurosidad,
que no le da libertad
para mover ni una pata.
Así, con dolor profundo,
vive el Rey triste existencia,
sabiendo por referencia
las novedades del mundo.
También pedía la ley,
porque el reino prosperara,
que el Soberano casara
con una mosca de buey;
y el gran monarca Mosquino
vivía desesperado
porque estaba enamorado
de una mosca de pollino.

III

EL FAVORITO EN PALACIO

Un moscardón lisonjero
que halla pingües beneficios
avivando al Rey sus vicios,
y acortándole el dinero,
mueve y fuerza al Soberano
á que su clausura rompa:
y en ello pusieron trompa,
que es igual que poner mano.
El lirio donde vivía
Su Majestad, horadó
un mosquito, el cual huyó
en la regia compañía.
. . . .
Cuando la escolta real
supo el hecho, lloró tanto,
que humedeció con su llanto
una higuera y un peral.

IV

LA PRIMERA ESCAPATORIA

Rota la cárcel ingrata,
surca feliz y contento
el vastísimo elemento
que á sus ojos se dilata.
—¡A Madrid! el moscardón
exclama con ronco grito.
—Vamos, responde el mosquito
con su lenguaje zumbón.
Y veloces cual las balas,
cruzan silbando los vientos,
que sólo sus pensamientos
excedían á sus alas.

V

LA LLEGADA

Su divina claridad
vierte el sol desde su esfera
y de plano reverbera
sobre la inmensa ciudad.
La mosca hiende el espacio,
se remonta, vuelve al suelo
dirigiendo el vario vuelo
ya de prisa, ya despacio;
contra un cristal cabecea,
choca, salta, se revuelve,
al sitio que deja vuelve
y con la trompa lo husmea;
y en tan varios laberintos
libre el Rey, sabiendo va
que la etiqueta no está
de acuerdo con sus instintos.

VI

EL ABISMO NEGRO

Con las alas medio rotas
de tanto y tanto volar
los tres vinieron á dar
en casa de un limpiabotas.
Entró el Rey y exclamó:—¡Cielos!—
al ver mil moscas doradas
que brillaban reflejadas

por cristales paralelos.
Aturdido y sin ningún
movimiento el Rey quedó,
de tal modo, que cayó
en el bote del betún.
Al hallarle de tal suerte,
sus compañeros volaron
y en la *Gaceta* anunciaron
la noticia de su muerte.

. . . .

Por un cepillo arrastrado
salió el Rey triste y convulso,
y después, por un impulso
excéntrico, fue lanzado.
Su Majestad, con horror
y con angustia cruel,
vió que tenía la piel
tan negra como el humor.
Y en estado tan inmundo
comenzó á filosofar
en lo que vienen á dar
las vanidades del mundo.
Si va de su pueblo en pos
no será reconocido,
que el betún le ha destruído
toda la gracia de Dios.

VII

LO SUBLIME EN LO VULGAR

Rompiendo las ligaduras
del trono, Su Majestad
descubre en su libertad
desconocidas venturas.
Ahora ve, libre y contento,
que la escolta, al fin y al cabo,
es una especie de rabo
que embaraza el movimiento.
Ahora es pobre su ración,
mas la come reposado,
y si el manjar es menguado
es rica la digestión.
Duerme en paz y vive en calma,
y al sentir nuevos amores,
no echa de menos las flores
porque las lleva en el alma.

VIII

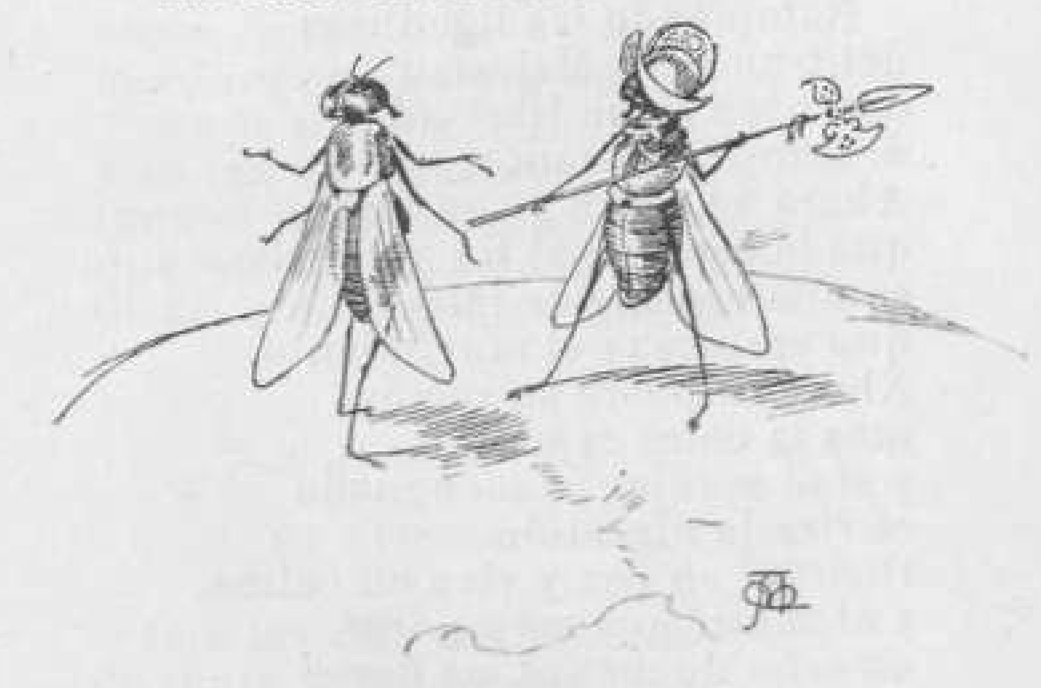
LA NOSTALGIA DEL PODER

Los objetos, á medida
que se alejan disminuyen,
mas los placeres que huyen
se acrecientan con la huída.
Porque cambiar es vivir,
que es el humano contento
relámpago, que une el momento
de nacer al de morir.
Y ahora anhela nuestro Rey
la ya perdida inquietud,
la angustia, la esclavitud
que le ofrecía la ley;
y le mueven sus pasiones
á solicitar aquello
que perdió, y hoy juzga bello
un Consejo de moscones.

IX

LA VUELTA

Vuelve Mosquino primero
á su trono y á su hogar,
pero, viéndole llegar,
un feroz alabardero



le dice:—Negra mosquilla,
véte muy enhoramala,
que si te doy con el ala
te rompo la trompetilla.
—Soy el Rey.
—¡Tú, mentecato!

te aconsejo que te quites
de enmedio.
—Yo...
—Si repites
esa blasfemia te mato.
—Yo soy el Rey.
—Alimaña,
vén acá,—dijo un moscón,
y al Rey metió en la prisión,
que era una enorme castaña.

X

LA SENTENCIA

Los moscardones legistas
y el Supremo Moscardón,
solicitan la opinión
de las moscas alienistas,
y ellas, tras largo debate,
dicen, que estando demente
todo el reino, el delincuente
es un loco de remate.
Replica un moscón Fiscal,
primo del sepulturero:
—Yo lo dudo, y así espero
que ahorquemos al criminal.
Y en lo que afecta á la ciencia,
aunque la hemos despreciado,
con haberla consultado
acallamos la conciencia.—
El debate comenzó
con tan ciego frenesí,
que se olvidaron de sí
á fuerza de hablar del *yo*.
—Esa mosca desdichada,
decían los hipocráticos,
tiene síntomas somáticos
de mosca degenerada.—
. . . .
Los sabios á la cuestión
sacan y apuran el jugo,
y finalmente... el verdugo
resume la discusión.

XI

ÚLTIMO DÍA DE UN REY

Al fin el verdugo hizo
una especie de horca extraña,

merced á un hilo de araña
con un nudo corredizo.
Desalan al sentenciado
para que no emprenda el vuelo,
y, con ayuda del cielo,
queda el hecho consumado.
Asimismo sucedió,
y aquella mosquina grey,
al ver cumplida la ley
á pata suelta durmió.
Y entretanto que dormido
el pueblo mosquil roncaba,
el cadáver oscilaba
en la cuerda suspendido.



XII

UN SOL QUE NACE Y OTRO QUE MUERE

El cielo estaba nublado,
la lluvia que descendía
lentamente desteñía
el cuerpo del Rey ahorcado.
Al herirle el arrebol
de la aurora resplandece,
y el cuerpo del Rey parece
una lágrima del sol.
Al verlo el pueblo, suspira

y llora con amargura,
más que la propia locura
la catástrofe que mira.

. . . .

Por este ejemplo avisados
resolvieron los fiscales
lavar á los criminales
antes de ser condenados.

XIII

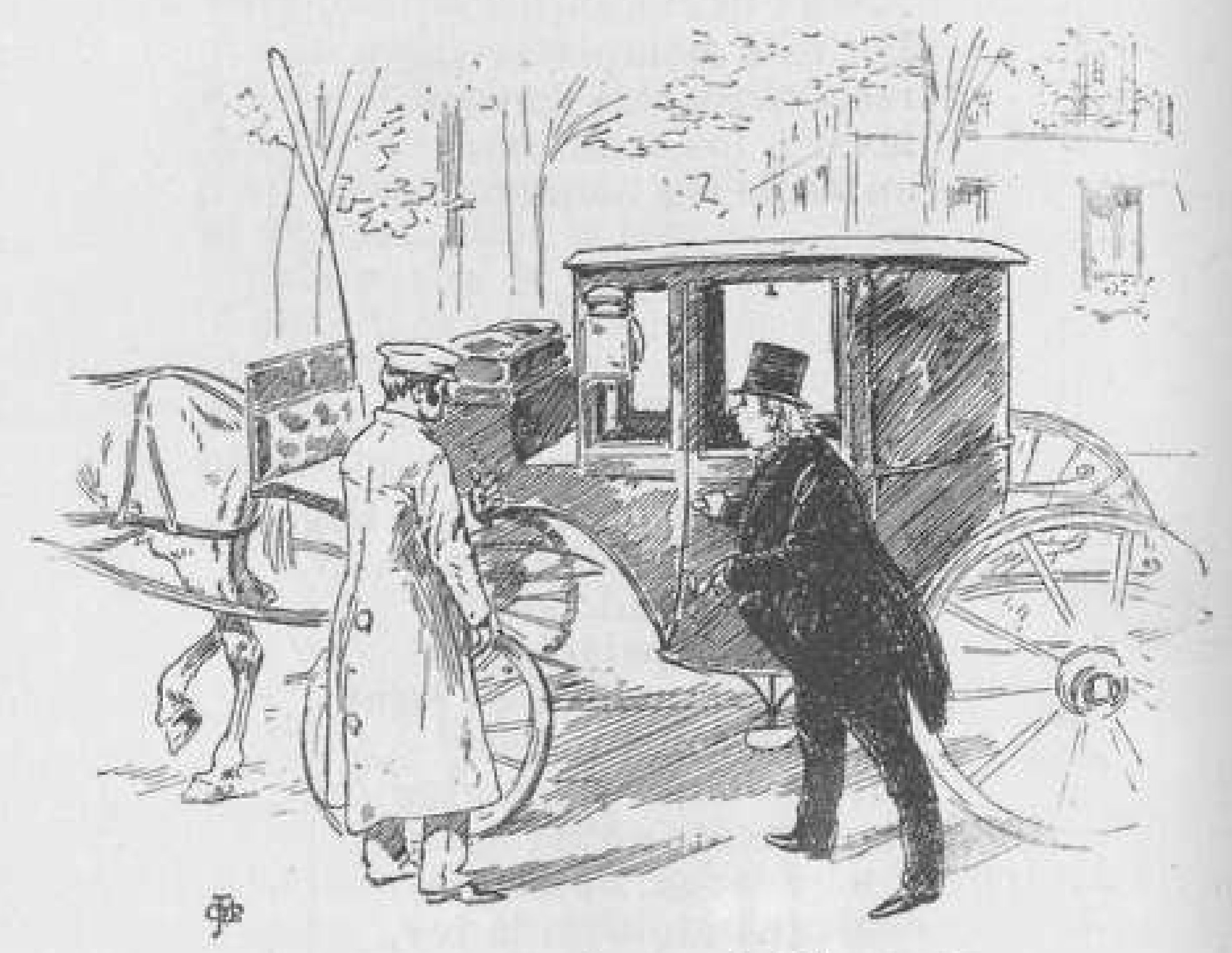
LEY DEL REINO

Cuando á descubrirse llega
que el Rey vino á sucumbir
porque no pudo sufrir
la etiqueta palaciega;
las moscas sabias, al punto,
comenzaron á pensar
que era forzoso arreglar
dignamente aquel asunto.
Y acordaron, en efecto,
consignándolo en la ley,
que el Rey, aunque sea Rey,
no deja de ser insecto.
Y que aún siendo inviolable
bien pudo ser violado,
ofendido, embetunado
liviano, débil y ahorcable.
Y al moscón sabio y sutil
que descubrió tal verdad,
le dieron la dignidad
de académico mosquil.
Y hoy las moscas soberanas
tienen costumbres sencillas,
como las otras mosquillas
de Mosconia ciudadanas.
Oyen de Naturaleza
la voz, y ya subrepticio,
no late y se oculta el vicio
bajo la real grandeza.
Y ahora, siendo más perfecto
el sentido de la ley,
el Soberano, al ser Rey
no deja de ser insecto.

RAFAEL TORROMÉ.

Madrid.

A ESCAPE



—¡A escape!... probablemente
la sesión debió empezar.
—Es que voy á reventar
el caballo...
—¡Que reviente!
—Ha trotado todo el día
y el pobre se halla cansado.
—¡Pues no estás poco pesado
con tanta sensiblería!
Mas, en circunstancias tales,
es nula tu terquedad...
¡Aprisa! ¡á la *Sociedad
Protectora de Animales!*

EPIGRAMA

—¿Has visto á Luz?
—¡Guapa chica!
—¿Te gusta? ¡pues nada! ¡á ella!
¿quién desaira á una doncella
tan hermosa como rica?
—Por ser tan hermosa Luz,
no me gusta por esposa,
pues siempre una *cara* hermosa
tiene, ¡ay, amigo! su *cruz*.

DON LICURGO GARCÍA

A este señor le pasaba lo mismo que á Víctor Hugo, cuya aspereza teutónica de apellido quiso su padrino endulzar en la pila bautismal haciéndolo preceder del suave y bien latino nombre de Víctor: también el padrino de don Licurgo quiso sacar á su ahijado no sólo de pila, sino de la llaneza é insignificancia que el vulgarísimo «García,» según él traía consigo, por lo cual le endosó el nombre de Licurgo, que á él se le antojaba ser de algún rey de la antigua Roma ó cuando menos de obispo, guerrero ó cosa por el estilo, algo de tiempos pasados que rompía con la monotonía de los José, los Juan, los Francisco y los Antonio, que salpicados de algún Anselmo ó de tal cual Fabricio venían siendo de tiempo inmemorial los nombres usados por los García de Vitigudino de la Mancha, de los cuales descendía el original de este retrato.

Que yo quisiera fuese fotográfico para que no achacase el lector á malicia de mi parte el que yo diga, describiendo su físico, que cuando conocí á don Licurgo contaba no menos de cincuenta años, tenazmente negados á fuerza de tintes y afeites, con los cuales embadurnaba á diario el abundante bigote que, abandonado á sus propios recursos, hubiera sido áspero cepillo de cerdas grises de mal ver, pero auténticas y fehacientes, no encubridoras de lo que no siempre es un delito: me refiero á la persistencia en el vivir, cuando nada se tiene que hacer en la vida.

Decía, pues, que el bigote, en que tanto me fijo ahora, fué también lo más saliente en que hube de parar la atención la vez primera que me presentaron á don Licurgo, cuya naturaleza hinchada, cuyo carácter por demás presuntuoso y cuya insignificancia mal encubierta, pronto se advertía con sólo mirar aquel apéndice insolente, enhiesto, torturado con el hierro y con el aceite, retorcido con soberbia en sus guías, mal tapando una boca llena de sensual animalidad, y constituyendo por su anchura la facción más interesante de aquella cara partida por él en dos. La cual, en su mitad superior, debajo de una frente baja y estrecha y encima de unos mofletudos carrillos, dejaba adivinar dos puntos brillantes

y maliciosos: los ojos, que con una nariz carnuda y voluminosa, constituían la parte principal de su fisonomía, afirmada con una mandíbula no muy saliente afeitada hasta lo azul, como que la navaja no era la aliada del jabón en la limpieza de la cara, como suele, sino Torquemada de los herejes pelos, cuyas raíces blancas asomaban descaradamente en cuanto se descuidaba el bueno de don Licurgo en rasurarlas.

La figura de éste acabará de conocerse, cuando diga que era más bien alto que bajo, de continente majestuoso y seguro de sí mismo, de pulcritud extremada en el vestir y de extremidades lo más bien cuidadas, primorosamente calzadas de charol las inferiores, y blancas, eclesiásticas, de uñas prolijamente tratadas las superiores.

—

Conocíle en *lo* de Bossi adonde me llevaban antojos de un mi amigo deseoso de que yo hablase de un cuadro suyo, y á don Licurgo unos marcos dorados, muy dorados, que había encargado para unos cuadros recibidos por él hacía poco, de Europa, según me dijo. Alguien hizo que nos diéramos la mano, con cierta benévola longanimidad él, y yo con escasa convicción.

—¿Usted entenderá de cuadros? me dijo.

—Nada absolutamente, contestéle.

La respuesta, que era sincera, le disgustó; sin embargo, repuso:

—Quisiera mostrarle unos que he recibido de Europa.

Obsérvese que todo lo recibía don Licurgo de Europa.

Comprendí que allí había un artículo y le seguí.

Me llevó al fondo de la tienda y dijo algo á un dependiente, que á poco volvió con tres cuadros. Eran tres inepcias: había una buena firma, puesta al pie de no sé qué marina, como hubiera podido estar al pie de una factura. Se veía que el ilustre artista, creyendo que aquí estamos todavía, en cuanto á arte, en los tiempos primitivos, había enviado su tela antes por desembarazarse de ella que por extender su fama en estos países. Los dos restantes cuadros eran de los de encargo; manolas, casacas, frailes, pollinos, la historia de siempre.

Don Licurgo espiaba mis miradas.

—¿Qué le parece, amigo?

—Sorprendente.

Y no mentía. Mi primera impresión fué de sorpresa al

ver á mi hombre tan entusiasmado con aquello. La segunda impresión fué de lástima: me dijo que le habían costado, los tres, 2,000 pesos oro.

Saboreando mi asombro, me invitó don Licurgo á ver su *galería* y allí fuí pasados pocos días. Presté atención distraída á sus cuadros, que estaban á la altura de aquellos que en casa Bossi me mostrara y los cuales ya entonces ocupaban un lugar preferente en su salón. A éste y á las demás piezas de su casa observé con ahinco mientras en ella estuve, viendo en todos aquellos detalles la más acabada demostración del refrán de mi tierra *l' home fa la casa y la casa fa l' home*, que la ciencia moderna estudia en la ley biológica del medio ambiente.

—

Don Licurgo era hijo de un pobre hombre, que llegado á este país dedicóse á la cría de ovejas, en la cual, ayudado de un sórdido espíritu de avaricia, llegó á hacer un pequeño capital. De cómo éste se transformó en la rica estancia que él desarrolló y nuestro don Licurgo heredó, es cosa que sería larga y enojosa de contar. Baste saber que no tenía García, hijo, treinta años, pasados en el campo, cuando García, padre, fué á reunirse en el cielo con sus ascendientes, si es que los tenía, dejando á aquél una fortuna que no bajaría de doscientos mil pesos moneda corriente, los cuales, con el crecimiento del valor de las tierras y con alguna especulación afortunada, eran otros tantos pesos moneda nacional cuando yo conocí á don Licurgo.

¿Qué fué de éste durante los últimos veinte años? ¿Dónde se limó aquella rusticidad natural suya? ¿Dónde tomó aquellas apariencias de sociabilidad? ¡Quién sabe! Un largo viaje que por Europa había hecho dióle los últimos toques de civilización aparente; pero el misterio que encerraba su primera educación nunca lo pude descifrar, aunque bien pudiera explicarlo cierta vieja institutriz irlandesa con la cual él había tenido largos amores que caldearon un poco sus largos años de soltería.

El caso es que cuando yo le conocí era una persona; sabía hablar sin decir más necedades que las puramente precisas; sabía sobre todo darse aire. Se ponía el frac cuando hacía falta, si bien la levita rigorosamente abrochada era más de su gusto, aunque sólo fuera por sujetar el vientre que ya con los años le sobresalía. Llevaba los

guantes con regular soltura, y mejor el guante, pues el de la mano izquierda gustaba de sujetarlo con la derecha para que brillara el tremebundo solitario del meñique izquierdo. Por último, soportaba, sin gran somnolencia, tres actos de una ópera cualquiera. Era, en resumen, un hombre presentable, pero á medio pulir.

—

La mitad rústica era lo que quería ocultar mi don Licurgo y para esto no reparaba en medios, ahogando la presunción á la avaricia siempre que era preciso, y siguiendo la moda ciegamente. Entonces el tener cuadros era cosa de gran tono y don Licurgo tuvo cuadros, pero ¡qué cuadros! Advirtieron los corredores y vendedores de marcos con quién se las habían y empezaron á *clavarle*. Los *clavos* eran de toda especie: escuelas antiguas, de primeras letras, Morellis traducidos del italiano, Domingos pasados por agua, toda la lira... Y don Licurgo gastaba y *atesoraba*.

Porque es lo que él me decía, no sin cierta malicia:

—Gastar en pintura es colocar capitales que con el tiempo han de aumentar de valor, sobre todo cuando se muera el artista.

Y era de ver la alegría que mal podía contener el día que llegaba la noticia de la muerte de alguno de *sus* autores. El hombre echaba cuentas y calculaba lo que podía valerle la tela del difunto.

Don Licurgo pudo averiguar la verdad sobre su galería á poco de conocerle yo. Llegó á Buenos Aires un pintor, amigo mío, español, que cansado de regalar tanto por ciento y de saber que se le habían mojado cuadros en la Aduana vino á pintar aquí, dispuesto á entenderse directamente con los compradores. Presentéle un día al bueno de don Licurgo que muy ufano le llevó á ver *su galería*, diciendo que le reservaba una sorpresa.

Fué el pintor y más que sorpresa, susto recibió de ver en el salón de don Licurgo una infernal copia de su célebre *Guzmán el Bueno*.

—¿Quién le ha vendido á usted este mamarracho?

—¿Cómo, mamarracho? ¡Si es un gran cuadro de usted, premiado en la Exposición Universal de Viena!

—¡Pero, hombre! ¿qué ha de ser, si mi cuadro estaba no hace más de un mes en el comedor de la duquesa de Z..... por encargo de la cual lo pinté?...

—Le digo á usted...

—Yo le digo á usted que yo no pinto así, y que este azul del cielo no es el cielo andaluz que yo pinté, ni yo dibujo guerreros de resorte como éstos, y que soy incapaz de pintar una mano con polvos de arroz como ésta, y que á usted le han engañado como á un chino.

—Pues el *signor* Fiorasti, que aquí estuvo el año pasado, me cobró por él muy buenos pesos.

—El signor Fiorasti es un bribón, y usted, que ha tomado esto por un cuadro mío, debería gastar su plata en cualquier cosa menos en cuadros... le contestó mi amigo, ya amostazado.

Don Licurgo le quiso mostrar los demás que adornaban su casa, pero el pintor, ó para vengarse de él ó porque así fuera en realidad, apenas estuvo en su casa diez minutos, y luego le dijo al despedirse que su galería, incluyendo los marcos, valía no mucho más de 2,000 pesos.

—

No por esto se le quitó la afición artística á don Licurgo, al cual me encontré hace pocos días en la misma tienda de Bossi donde le conocí.

—¿Y su *Guzmán el Bueno?* le pregunté. ¿Sigue siendo tan malo?

—Ahora lo he pasado al comedor, me dijo. Y mire usted: dirá lo que quiera su amigo de usted, pero el cuadro es el original. Me lo ha asegurado Fiorasti.

—¿Entonces es mi amigo el falso autor?

—Es posible, me dijo con sequedad.

Y me volvió majestuosamente la espalda.

Don Licurgo, sin saberlo, había repetido el chiste famoso de Roberto Robert, el cual, en uno de aquellos días de miseria alegre que pasó, entró, según costumbre, en el café Suizo, de Madrid: pidió café, y entregó al mozo, contra su costumbre, una peseta limpia y reluciente, demasiado reluciente.

El camarero, ó por la novedad de ver al gran bohemio con tanto capital reunido ó por la desconfianza del excesivo lustre de la moneda, la hizo sonar en el mármol de la mesa.

La peseta dió un sonido opaco, sordo.

—¡Es falsa, señor! le dijo á Robert. Esta peseta es falsa.

—¿Y por qué no ha de ser falsa la mesa? le dijo con dignidad Roberto Robert... metiéndose la peseta en el bolsillo.

Buenos Aires, Julio de 1890. CARLOS MALAGARRIGA.

EL PASEO

Van y vienen, por sitios alfombrados
con hojas de los árboles caídas,
la grey de engañadores engañados,
unas cuantas esposas aburridas
y otros tantos maridos fastidiados.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Madrid, 1890.

EL POSADERO Y SU HIJA



—Sin comprender, quizá, que me desdora,
un viajero me ha dicho que me adora,
y que hará, si no cedo, una locura;
pero como me debo á mi marido,
según me dijo ayer el señor cura,
le rechacé altanera,
diciendo al atrevido:
¿Ignora usted que *ya no soy soltera*?

EN UN ABANICO

El fuego del amor, Carmen divina,
más vale, y dura más, cuanto más lento;
prefiere el que conforta al que ilumina,
á las llamas fugaces del sarmiento
las brasas duraderas de la encina.

J. VELARDE.

LOS CUERVOS

Dos cuervos están posados
en la copa de un ciprés:
el uno pregunta al otro:
—¿Dónde comeremos, pues?

—Detrás de ese matorral,
le responde el compañero,
he divisado el cadáver
de un hermoso caballero.

Está fresco todavía;
yo no sé cómo se llama;
sólo saben que está aquí
su halcón, su perro y su dama.

Su halcón persigue á los pájaros,
su perro se fué á cazar;
su dama... busca otro esposo
que la acompañe al altar.

Muchos tal vez en el mundo
fingirán sentir su muerte,
pero nadie tratará
de inquietarse por su suerte.

Por cuidados del amigo
nadie deja sus cuidados.
El viento soplará siempre
sobre esos huesos blanqueados.

Alégrate, compañero,
el hambre ya no te inquiete:
está la mesa tendida;
y es opíparo el banquete.

Yo le arrancaré los ojos,
tú apodérate del cuello,
y llevemos para el nido
un mechón de su cabello.—

Callan los cuervos, y bajan
de la rama mecedora...
Una mujer, junto al muerto,
está arrodillada, y llora!

—¡Su dama! ¿Pues no decías
que ya buscaba otro amor?
—No: no es su dama... ¡es la madre!
¡respetemos su dolor!

Carlos M. de Egozcue.

Santa Ana de Misiones Argentinas, Agosto de 1889.

EL POETA Y LA ORTIGA

CUENTO VIVO POR

APELES MESTRES



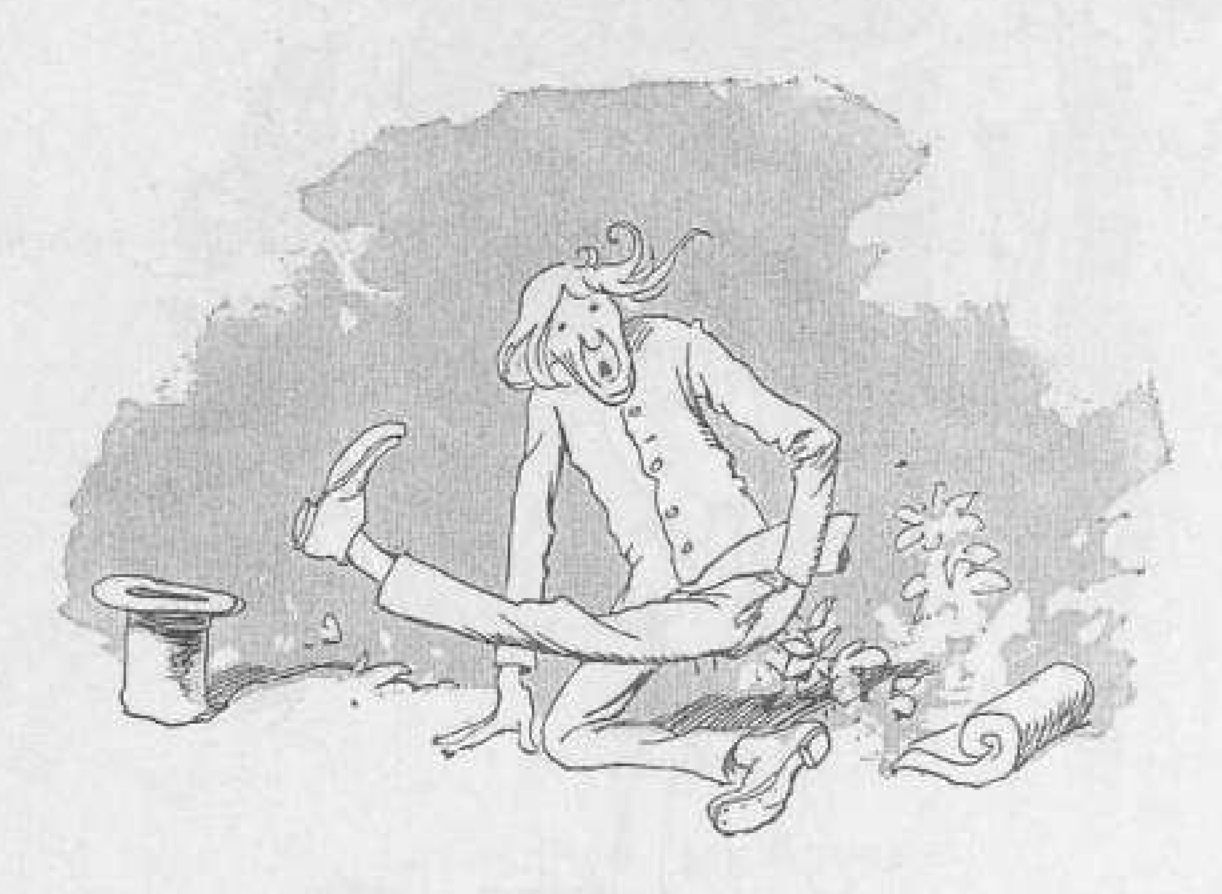
«Que la Musa encamine mis pasos á un lugar propicio para que dé comienzo á mi poema El pacientísimo Job.»



«¡Salud, bosque solitario! ¡Salud, ninfas y dríadas que debéis de habitarlo! Dignaos apadrinar la grande obra que va á nacer bajo vuestros auspicios.»



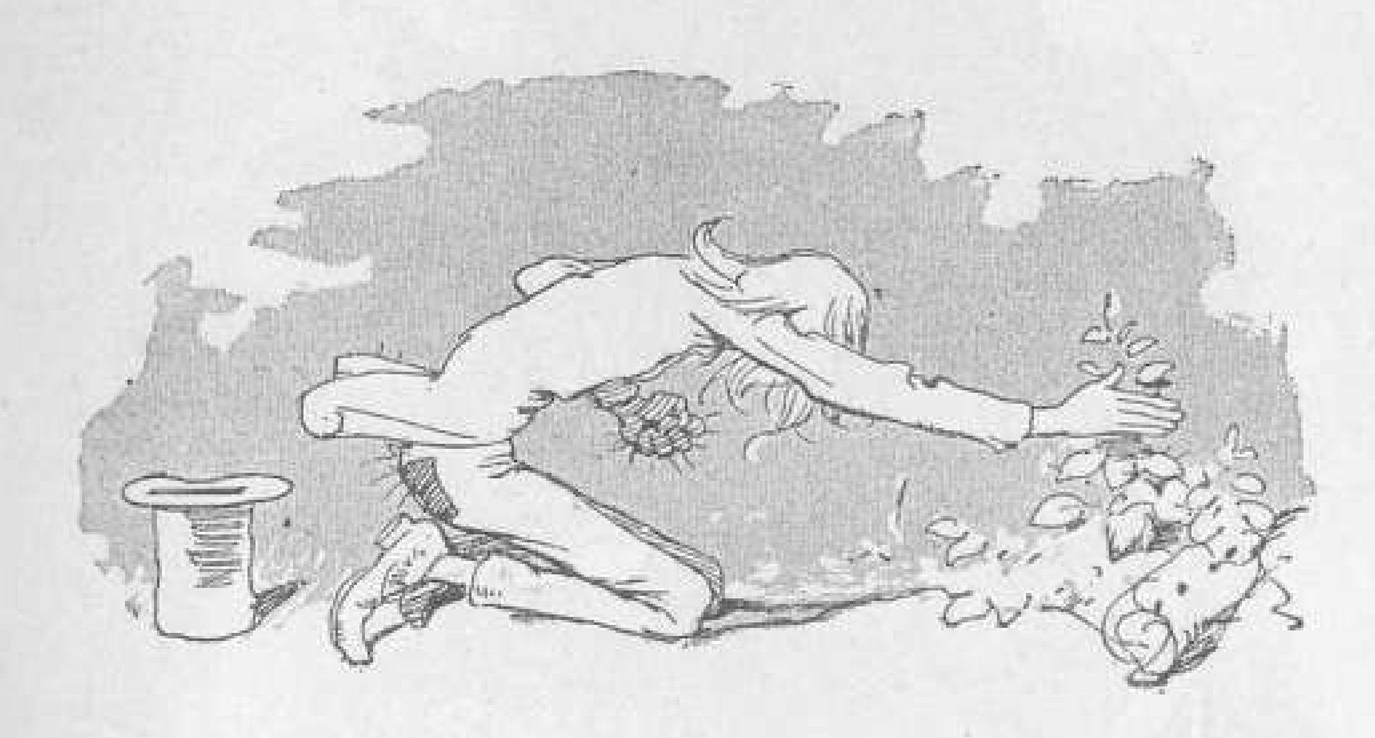
«No camines más, hijo errante de las Musas; este es el lugar propicio.»



«¡Caracoles! ¿Qué diablos se me ha metido por ahí?»



«¡Con mil legiones de demonios! ¡Ahora me ha pinchado en la mano!»



«¡Ah! ¿conque eres tú, maldita ortiga? Pues ¡toma en justo castigo á tu perfidia!»



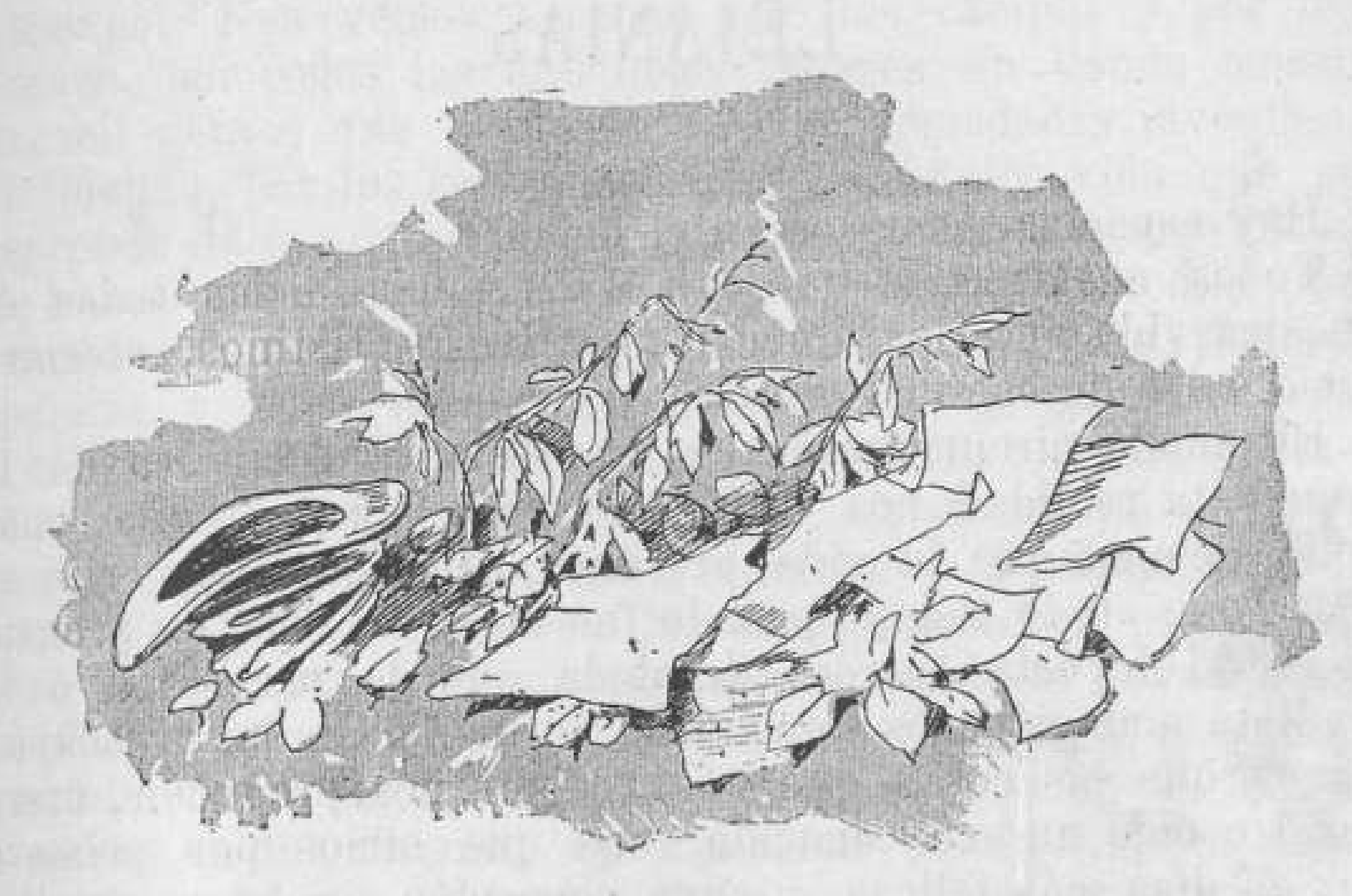
«¡Mal rayo la parta!... ¡Me ha inutilizado las dos manos!»



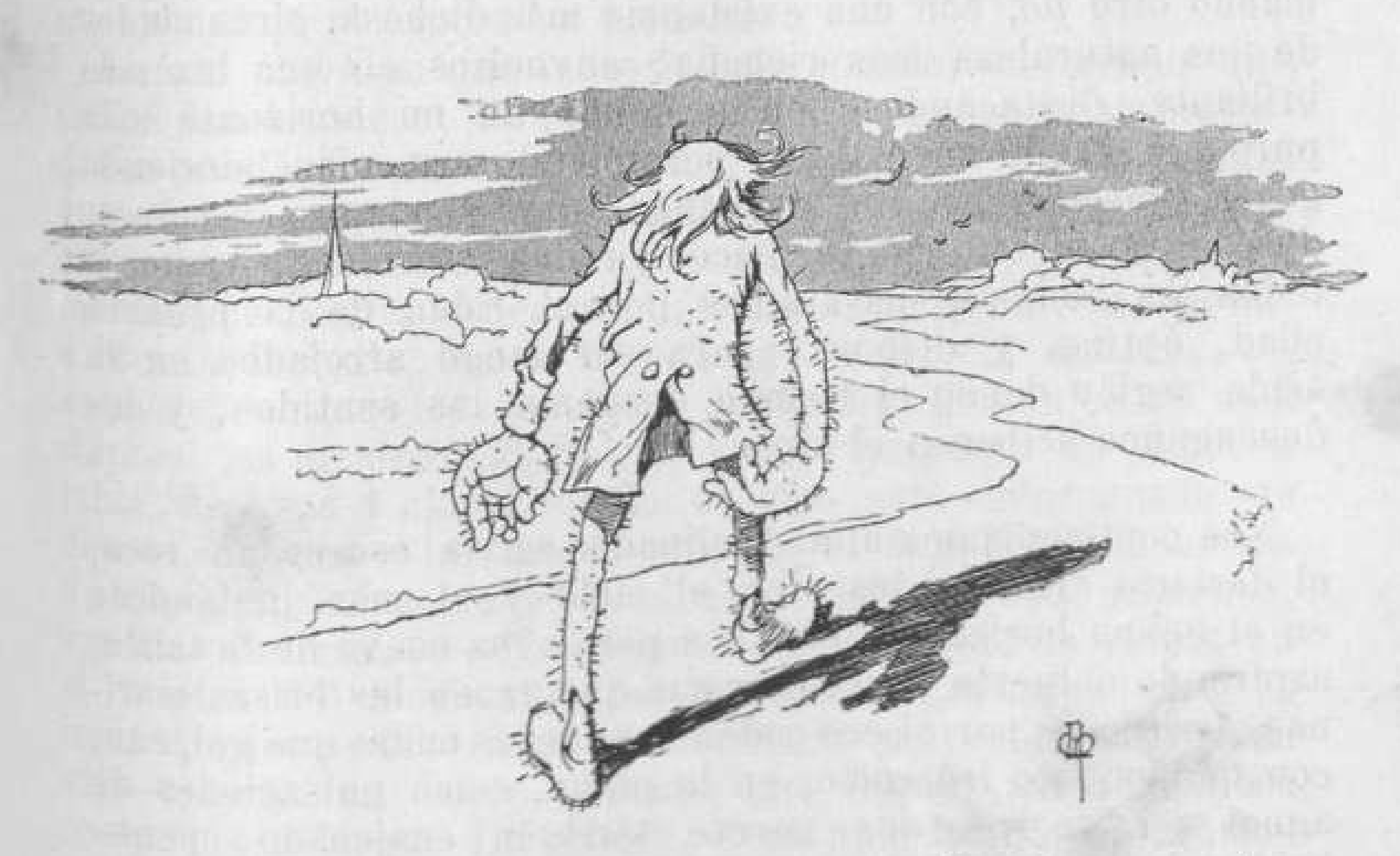
«Pues ¡toma! ¡toma! ¡y toma!... ¡Y cómo me va poniendo el cuerpo la condenada!»



«No importa; ¡hasta no dejar rastro de tí, indecente, cochina, puerca!...»



Y así quedó aquel malhadado campo de Agramante...



Y así regresó á su hogar el autor *manqué* de El pacientísimo Job.

LEJANÍAS

Hay espacios inmensos en el hombre.

Todos nuestros recuerdos, las reminiscencias todas de nuestra vida anterior, quedan ahí vivos, pristinos, eternos, como soles de ese cielo inconmensurable.

El mundo circunstante, las impresiones recibidas de la inmediata realidad nos ocultan la vida lejana, bella, más bella siempre que la vida presente; que por algo dijo el poeta que «todo tiempo pasado fué mejor.» Pero de pronto, en mitad de esta carrera desalada que la necesidad ó la inquieta ambición nos imprimen, en medio de las preocupaciones que las cosas que nos rodean nos producen, hiere nuestro oído un eco conocido, eco que oimos por primera vez en días más felices, y cuya sensación se ha mezclado, en nuestro espíritu, á otras plácidas sensaciones; y el mundo de la realidad presente se desvanece, y muéstrase en una serena y grata lontananza el mundo del recuerdo.

Entonces objetivamos nuestra propia personalidad, formando otro *yo*, con una existencia más dichosa, circundados de una naturaleza más risueña, envueltos en una luz más brillante, destacándose en el fondo de un horizonte más puro, gustando manjares, percibiendo armonías, sintiendo goces, meciéndose en ensueños, que son, para nosotros, desconocidos totalmente hace ya una eternidad; como si todos los hombres pasáramos por el Edén de la primera edad, óptima y dichosa, para ser luego arrojados en la árida región donde el tiempo desgasta los sentidos, y los desengaños acibaran el alma.

. . . .

Nos contemplamos allá, reclinados en la escarpada roca, el desierto arenal á los pies, el cielo y el mar juntándose en el lejano horizonte, bañados por la luz suave de la tarde, aspirando el fuerte y grato aroma que traen las brisas marinas, arrullados por el eco cadencioso de las ondas que golpean, con movimiento isócromo, en la playa, como pulsaciones de aquel ser enorme que parece también enajenado; penetrados de la inmensidad, viviendo la vida del ensueño, en libre y plácida relación con las imágenes que forjó nuestra

fantasía; gozando del cielo en la tierra y de la eternidad en el tiempo. Nos vemos errando por los campos y por los bosques, por todos los deliciosos lugares en donde moran esos mil genios que responden á las ansiedades juveniles, percibiendo, por los sentidos ávidos, esa dulce vida que se desprende de las cosas bellas. Nos vemos en la alegre fiesta que hemos esperado impacientes tantos inacabables días; en el templo, testigo de nuestra fe, donde hemos orado, temido, esperado, y donde dejamos, tantas veces, el pesado fardo de nuestras culpas; en la mesa de la familia, donde gustamos manjares de sabor incomparable; en el tranquilo hogar, donde escuchamos proyectos de ventura y sentimos dulces esperanzas. Nos vemos en las manifestaciones populares, presos del arrebato público, expansivos, gozosos, llevados por los himnos de victoria, al encuentro de venturosos días para la patria. Nos vemos, en fin, en el mágico salón de baile, envueltos en luz intensa, en armonías deleitosas, en aromatizado ambiente, rodeados de seres bellos, y sintiendo, junto á nosotros, una existencia poética que comunica á la nuestra la honda dicha que llena todo el ser y produce el éxtasis.

¡Qué lejos está esa vida y qué dulce melancolía viene á nuestra alma al evocar su recuerdo!

Id á la playa en que tanto habéis soñado; al campo que os fué tan hermoso; al templo en que os sentisteis inundados por la esperanza; sentados á la mesa de la familia gustad sus manjares, escuchad los proyectos nacidos al calor del hogar; mezclaos á los movimientos patrióticos en los días de libertad y engrandecimiento nacional. Id, en fin, á la sala de baile, donde la belleza, la luz, la armonía, el aroma embargan los sentidos; donde los sentimientos más tiernos, los afectos más dulces van, vibrantes, de labio á labio, de alma á alma, donde el aire está impregnado de deseos, de ansias inefables, y donde el ángel del amor va á desplegar sobre nuestra cabeza, pletórica de ensueños, sus alas nacaradas.—No soñaréis en la playa, no veréis en el cristal del horizonte las hermosas quimeras que os mostró ahora. No tiene tan brillante matiz el campo; tan vivo color y tan suave perfume sus flores; tan melodioso canto sus pájaros. La iglesia, llena aún de luz, de aromas y de cánticos, no os comunicará la emoción religiosa de otros días; la fiesta es fría y triste; la comida de la fami-

lia apenas si vuestros sentidos la conocen; los proyectos del hogar no levantan un eco de esperanza en vuestro corazón; presenciaréis casi impasibles las demostraciones del sentimiento público, que creéis demostraciones sin sentimiento en los grandes días de la patria. Y la sala de baile, llena de música de eco efímero, desvanecida luz y bellos y finos seres entregados á la lasciva danza, se presentará como un cielo sin Dios ó un mundo sin calor á vuestros ojos.

No son esos, no, los lugares que buscáis. Una distancia siempre igual, siempre insalvable, os separa de ellos; pudiendo sólo contemplarlos, en lejanía plácida y serena, al través de los espacios inmensos de vuestro ser.

Perdimos, con nuestra inocencia, nuestra dicha, y, como los desterrados del Edén, lo veremos siempre, sin sernos ya dado jamás volver á él.

Sólo la dicha del recuerdo nos resta disfrutar en la tierra.

MANUEL A. BARES.

Julio de 1890.

EL PECECILLO

FÁBULA

Al gran Júpiter Tonante
se quejaba un pececillo
de que los peces mayores
comíanse á los más chicos;
así es que nunca el pobrete
podía vivir tranquilo,
porque de ser devorado
estaba siempre en peligro.
—Yo mejoraré tu suerte,
el gran Júpiter le dijo,
yo mandaré á los mayores
que respeten tu individuo.
—Muchas gracias, dijo el pez,
pero hubiera preferido
que, en vez de ese privilegio,
que yo agradezco infinito,
pero que seguramente
me malquista entre los míos,
me hubierais hecho pez grande
para comerme á los chicos.

Madrid. JOSÉ ESTREMERA.

CARAPACHAY

Alzada la esbelta proa,
el agua en sus flancos riza,
y rápida se desliza
como un cisne mi canoa.

Los sauces, la cabellera
sumergida entre las ondas,
alzan murallas de frondas
en una y otra ribera.

En lecho de algas mecidos
por una brisa indolente,
al paso de la corriente
tiemblan los juncos dormidos.

Hojas, flores, abandona
el árbol al lado mío,
porque ha empezado el estío
á deshojar su corona;

Y esas hojas, y esas flores,
de la corriente cautivas,
van pasando fugitivas
como recuerdos de amores.

A veces furtiva lanza
un destello á la pupila,
una luz que tiembla, oscila,
y se extingue en lontananza.

Y á veces lejano suena
un rumor que hasta el oído
llega claro, difundido
en la atmósfera serena.

Ya es el golpe acompasado
de algún remo que voltea,
ya es un ave que aletea
entre el ramaje callado.

La noche está transparente,
tibia, vestida de gala,
y mi canoa resbala
sobre la tersa corriente.

Y en tanto con el desvelo
de la madre ante la cuna,
está mirando la luna
el paisaje desde el cielo.

MARTÍN CORONADO.

PAISAJE

Tasara está ceñida de parras y de flores
y da sobre las vistas de Málaga y del mar.
Peñón del Oro un tiempo llamóse, y *Miraflores*,
y nada hay más hermoso que puédase mirar.
La vid frondosa y bella que cuaja perlas de oro
la cerca con paisajes de helénico sabor,
y como alegres flautas en delicado coro
cantan las verdes cañas sus églogas de amor.
Abre la egregia cola junto á la vieja cerca
mostrando sus cien plumas el libre pavo real,
y el grueso caño tiende sobre la grande alberca
radiantes cortinajes de luz y de cristal.
En la bodega noble, donde en tiniebla suma
escalan los toneles el negro paredón,
señala el vino nuevo con su canción de espuma
su anhelo generoso y arranque de pasión.
Se aventa en la era ardiente la parva luminosa
que flota en chispas vagas como un llover de luz;
colúmpiase en la rama la parra lacrimosa,
y el toldo de hojas forma el nimbo de un capuz.
Cubren los altos muros fresquísimos parrales
con uvas como el ámbar en bella confusión,
y al huerto y á la fuente conducen los rosales
abriéndose en hileras como una procesión.
Sobre el paisaje alegre, lleno de luz dorada,
la atmósfera se extiende como un inmenso tul,
y Málaga parece una ciudad bordada
con torres y alminares sobre la mar azul.
¡Oh asilo delicioso! ¡Oh mágica vivienda
en donde vive y crece mi afecto familiar!
Feliz tú, que te elevas, como una blanca tienda
sobre los patrios montes y junto al patrio hogar.
Cuando en la corte vana recuerdo tu hermosura,
anhelo de tus campos gozar el esplendor,
bañarme de tus noches en la fragancia pura
y acariciar mi oído con tu ideal rumor.
Por donde voy, me sigue, como memoria tierna,
tu imagen, que en mi pecho conduzco en un altar,
¡y mi cerebro canta como una estrofa eterna
el coro que tus árboles entonan á la mar!

SALVADOR RUEDA.

1890.



Armando Palacio Valdés

EMINENTE NOVELISTA ESPAÑOL

NAUFRAGAR EN TIERRA FIRME

—Señores, nos dijo Manolo entre violento y festivo, que el hombre que se ha embarcado tenga que deplorar en su vida algún naufragio, es cosa triste, si ustedes quieren, pero al mismo tiempo muy natural. Lo que desespera, por lo raro é incomprensible, es que yo, que me he mantenido tan soltero como salí del vientre de mi madre, haya caído al agua una vez y tenga que contarme en el número de los... náufragos.

Pronunciaba Manolo estas frases al final de una comida con la que celebrábamos no sé qué suceso. Fornos habíanos servido á maravilla; el gabinete estaba caldeado por el calor del gas y el humo de los cigarros, y en la mesa reinaba ese grato desorden de los postres que anuncia la llegada del plato más sabroso de todo banquete, el que los comensales guisan y sirven por sí propios con salsa de cuchufletas y adorno de historias salpimentadas.

Por sobre el adamascado mantel, entre las copas rechonchas del *champagne*, medio vacías, las tazas ya apuradas del café y los dedales del *cognac* habían rodado cercenadas por la guillotina del chiste, las testas coronadas... de varios amigos queridos, víctimas de los azares del séptimo sacramento.

Se había reído mucho y nos sentíamos todos con ganas de reirnos mucho más, pero las palabras entre plañideras y zumbonas que Manolo había pronunciado, tuvieron el poder de acallar la fusilería de carcajadas y suspendernos á todos como cuando se levanta el telón y empieza el primer acto de una comedia que promete.

—¿Que tú has caído al agua? le preguntamos.

—Y salí hecho una sopa. Todavía me estoy secando.

—Pero ¿naufragaste?

—Naufragué.

—¿Cómo amante?

—Como marido. Eso otro no es naufragar; es darse un chapuz con más ó menos disgusto.

—¿Y nos vas á explicar eso?

—Si ustedes lo quieren.

—Vamos á ver.

* * *

—Marchábame de San Sebastián, donde como todos sabéis he pasado mi mes y medio, entregado á la seductora holganza que allí encontramos los madrileños. Yo tengo la manía de viajar bien, y apelo á ingeniosas trazas para conseguirlo. He repudiado hace tiempo el *sleeping*, aquello es un armadijo para los tontos: va uno enjaulado dos veces, porque la litera que le dan es una jaula dentro de otra jaula. Además, no hay un *sleeping* que no vaya atestado, y el bello ideal que yo persigo es viajar solo ó casi solo en un departamento. A lo sumo, un compañero con quien vaciar la petaca ó una compañera á la cual dedicar todas las oficiosidades del viajero galante.

Me había ingeniado, como suelo, para proporcionarme un departamento de primera clase, del cual era único huésped y dueño dos minutos antes de dar la locomotora su pitido solemne. Se aguarda, sin tirantez de nervios, con los bártulos descansados en el suelo del andén, á que se haya llenado el convoy de arriba abajo hasta rebosar por todas sus portezuelas, cestos y sacos de mano, cabezas, sombreros con flores, maletas y chiquillos. No todo el mundo, casi nadie, sabe esperar con sangre fría, porque la manecilla grande del reloj de la estación va girando hacia el minuto amenazador, y entre viajeros, mucho más que la probabilidad de un choque asusta y horroriza la idea de perder el tren. El que tiene paciencia y mala intención, aguarda á que la inundación de los vagones se haya consumado, busca luego al jefe de estación, reclama, invoca el reglamento, que no ha leído, pide el libro de reclamaciones, que nadie sabe dónde está, y con el empleo de toda esta fuerza mayor consigue que al tren se añada un coche.

Yo lo había conseguido. Iba solo, completamente solo; ocho asientos, cuatro rincones, dos divanes-camas, todo para mi único regalo. Un viaje ideal, el sueño de un *touriste*.

* * *

Mas no habían de ser para mí, aquel día, las glorias que ya saboreaba.

En el instante en que el empleado iba á tocar la campana, por la puerta del andén se introducía una mujer anhelan-

te, aturdida, precipitada. Fuese al departamento de señoras, y halló resistencia; estaba amurallado, blindado. El factor la encaminó á mi vagón, arrojó en su interior los bultos que la conducía, y la dama atribulada se encaramó por el estribo, dejándose caer sin respiración en el asiento del coche.

Cuando se hubo repuesto del susto y de la fatiga, la señora me reconoció. El tren ya estaba en marcha.

—¡Hola! ¿Es usted?

Era una preciosa muñeca, amiga mía, con la cual me había tratado mucho en San Sebastián. Eramos íntimos; con esa intimidad de verano, se entiende, que luego el invierno transforma en reserva y escama: un saludo á distancia en el Retiro, cuatro palabras furtivas en Apolo y ni señal de conocerse en el Real ó en la Comedia.

Comíamos juntos en la mesa del Hotel Inglés, y habíamos jugado en comandita varios duros á los caballitos del Gran Casino. Nos unían, además, muchos arriscados piropos que ella había oído y yo dedicado á sus ojos negros con raya azul, á su cabello sobredorado, á sus labios de rojo natural y de provocación artística, y á su cuerpecito menudo, airoso, juguetón, que parecía hecho para adornar el mármol de una consola, un primoroso *bibelot.*

Creíme obligado á ser el caballero de aquella muñeca encantadora.

—¿Vuelve usted á Madrid?

—Sí, señor.

—¿Y cómo tan solita?

Yo sabía porqué le preguntaba eso; en San Sebastián nunca la había visto sola. Acompañábala un rico señor, lumbrera de la Bolsa y medianía de la política.

—Es que salgo huída, me contestó.

—¡Huída!

—Sí. A usted bien puedo decírselo. Huyo de un hombre.

—¿De...?

—No, señor; de otro. El que usted quiere decir tuvo que dejarme hace veinte días para acudir á ciertos negocios. Me aguarda en Madrid. Huyo de un audaz, de un arrebatado que comenzó á seguirme á los dos días de haber quedado sola. ¡Qué hombre tan vehemente!

—¡Ah! ¿usted lo notaba?

—¿Cómo no? Está enamorado de mí, pero como un loco; le tengo ciego...

—Lo dice usted complacida.

—Es que es muy guapo y muy elegante... con un porte de distinción... Pero ¡qué!... un calavera.

—Así suelen gustarles á ustedes.

—Es natural.

—¿Y le huye usted?

—¡Ay!... Por una locura no he de perder yo mi porvenir. ¡Las pobres mujeres somos tan esclavas! Pues ¡oiga usted! El mozo en cuestión llegó una vez á introducirse en mi cuarto.

—¡Santísimos cielos!

—Le arrojé, ¡oh!... le arrojé. Es un hombre temible, apasionado, demente. Me habría perdido.

—¿Y cómo se libró usted de él?

—Hace ocho días que no me ve. Para alejarle tuve que decirle que era casada.

—Peor que peor.

—No, porque al día siguiente desaparecí. He estado ocho días oculta para despistarle, y hoy he tomado el tren sin advertírselo á nadie.

—De suerte, que se acabó la aventura.

—Se acabó, gracias á la Virgen. Aquel hombre me aterraba.

—Siendo tan guapo...

—Y tan calavera. ¡No, no! ¡Dios me libre de él!

*
* *

Dios no escuchó la plegaria de aquella linda muñequita. ¡Estaba escrito!

Llegamos á Miranda. Ella iba asomada á la ventanilla de la izquierda, cuando lanzó un grito y se vino hacia mí llena de miedo y turbación.

—¡El!... me dijo.

—¿Quién?

—¡El otro! Ahí está, en el andén... Me ha visto...

En efecto, la había visto, pues no acababa aún el exprés de pararse cuando ya se abría la portezuela de nuestro coche y aparecía en el estribo un mozo de resuelta fisonomía y acción desembarazada, muy apuesto, muy bien vestido á lo *touriste,* muy moreno y muy sonriente.

En tanto que ese nuevo huésped de mi vagón alzaba el pie y se ponía dentro de un brinco, la muñeca rubia, con

aire de verdadero terror se acercaba á mí y me decía bajito, en tono de súplica ferviente:

—¡Protéjame usted!

El joven, es decir, el otro joven, porque yo también lo soy, como ven ustedes, aunque tan desgraciado, el otro joven colocó en la alambrera un maletín muy cuco que traía, y se volvió para saludarnos.

—¿Cómo está usted? dijo tendiendo la mano á la dama.

Esta no le tendió la suya, antes con una frialdad que á mí me pareció exageradísima, se volvió para mostrarme al recién llegado, y alargando el brazo hacia mi persona... ¡caballeros!... dijo estas palabras:

—Mi marido.

—¡Ah! hizo el otro embozándome en una mirada que me dió tres vueltas; las sentí.

Y acomodóse en el rincón de allá, mientras la mujercita blonda ocupaba el asiento inmediato al mío.

Siguió el tren adelante, y yo empecé á representar mi papel de marido en toda su extensión y con todas sus consecuencias. No me había atrevido á desmentir, en el primer momento, á aquella criatura deliciosa que me pidió protección estrechando su cuerpecito contra el mío, desvaneciéndome con una ola de su perfume, y la suerte ya estaba echada. ¿Cómo había de osar á quitarme la máscara después de lo ocurrido, exponiéndome á que me preguntara aquel hombre con qué derecho me burlé de él y tuviéramos que cruzar entre los dos una bala?

Empezó, pues, el naufragio. La presencia de un marido enardece, y el mozo vehemente me predestinó desde aquel punto. Yo lo conocía, yo sentía el agua que iba mojándome los pies, creía llevar en mi espalda la marca que el ganadero imprime sobre la res que destina á la matanza. ¿Y qué hacer? Al cabo, mi integridad no padecía.

Me sosegué y dejé que la nave se fuera hundiendo.

*
* *

¡Señores! ¡qué verbosidad la de aquel hombre, y qué frases, y qué destreza, y qué trasteo de seductor experimentado!

¡Cómo describía y hacía patentes las bellezas del camino! ¡Qué poético valle! ¡Qué grupo tan salvaje de rocas bravas! Allá un rebaño, acullá una fuente, más lejos un corro de

lugareñas, un pueblecito, una torre, una arboleda... ¡un túnel!

En los túneles yo me estremecía.

Aquella voz melosa, cálida, andaluza, esmaltaba los paisajes, los encuadraba, les hacía retoques para que tuvieran más luz, ó más sombra, más encanto, más seducción.

En Pancorbo mi mujer ya se había puesto de un salto á la ventanilla, al lado del mozo temible.

En Briviesca ya no se acordaban de mí.

En Quintanapalla ya les estorbaba.

En Burgos... En Burgos ya me decidí á nadar, á echarme al agua buscando una tabla que me condujera á alguna orilla. Salté del coche y fuí á meterme en otro donde me recibieron con gruñidos y hube de acomodarme estrechamente entre una niñera y una nodriza que cuidaban por turno de un solo niño.

*
* *

En Madrid pensé en el equipaje que había abandonado en mi ambulante y allanado domicilio conyugal, y discurrí que no era cuestión de perderlo por repulgos que no eran del caso. Además estaba decidido á revelarme ante el andaluz en todo el esplendor de mi soltería. El caso se había hecho grave.

Me dirigí al vagón. La muñequita estaba en él sola.

—¡Usted dispense!... me dijo mirándome misericordiosamente.

—¿Y el joven temible?

—Se apeó en Avila.

—¿Cómo no ha llegado á Madrid?

—¡Calle usted, hombre! Por miedo á usted.

—¡A mí!... Pues ¿no le ha dicho usted que yo no era su marido?

—¡Dios me libre! ¿Cómo habría conseguido que me dejara?

—De modo que ese hombre se apeó creyendo...

—Que es usted mi marido.

Y ahí tienen ustedes como sin haberme embarcado nunca, hay un hombre en el mundo que al verme pasar, puede mostrarme á sus amigos, diciendo:

—A ése, yo le he echado á pique.

Madrid, Septiembre 1890. JOSÉ FELIU Y CODINA.



VIVIENDO EN EL SIGLO

—¿No dudarás ya más de mi cariño?...—
me preguntó, besándome en la boca;
y entre los goces que el amor provoca,
lloré y reí como si fuera un niño.

Y hablé sin ton ni son y sin aliño,
como el que ve colmada su ansia loca,
ó el mendigo infeliz, que en sueños toca
cetro, corona, púrpura y armiño.

—¡Cuánto te amo! la dije balbuciente!
¡qué inmensa es la pasión que por tí siento!...
Mi vida y mi fortuna, reverente,

pongo á tus pies, mientras mi dicha exista!...
—Sólo quiero de tí, por el momento...
que pagues lo que debo á la modista.

PABLO DELLA COSTA.

POEMA

FRAGMENTO

Mi alma estremecida y agitada
se despojó ante tí de todo velo,
y su voz desolada
fué un huracán que oscureció tu cielo.

—¡Maldito el día en que nací! exclamaba,
del bíblico cantar á semejanza,
y mi palabra trémula arrastraba,
con el último ¡adiós! á la esperanza
y á su fulgor divino,
las ideas en raudo torbellino.

—¡No puedo sufrir más! Hondo martirio
en mi abatido ser se enseñorea
al pensar que tú sufres, blanco lirio,
por este amor sublime,
que me alienta del mundo en la pelea
y de las liviandades me redime.

Negros crespones, sombras sin penumbra
pueblan mis horizontes,
que solamente alumbra,
para calmar mis ansias y mi duelo
tu mirada de cielo.

En medio del dolor, descsperado,
he trazado mi senda:
el triunfo alcanzaré, tan anhelado,
ó caeré en la contienda.

¿Mi senda? Yo no sé si Dios piadoso
hará brillar en ella el claro día;
mas hasta el fin de viaje tan penoso
¿tú quieres esperarme, amada mía?

Sino... mira, mi nombre sin fulgores
sepulta en el olvido,
y entréguese tu alma á otros amores
cual si nunca me hubieras conocido.

Yo solo soy quien amargó tu vida
y tal vez adorándote destruya
tu dulce paz y tu ilusión querida;
déjame, pues, que para siempre huya.

Estoy enfermo de pasión y siento
que todo de tu senda me desvía,

y hoy que voy á perderte ¡qué tormento!
¡te adoro más que nunca, amada mía!

Consúltate una vez. Dime si tu alma
sufrir podrá mi perdurable ausencia;
mas antes vuelve á la apacible calma,
y deja que se aleje
de tu cielo el turbión de mi demencia.

Absorto y febriciente
ante la cruel visión de verme errante,
lejos de tí y en loco paroxismo,
preparado el espíritu valiente
me acerco hasta los bordes del abismo.

¡Sí! vale más la calma de las tumbas
que el tormentoso mar de las pasiones,
cuando un abismo se abre
entre dos corazones.

Y si al santo ideal que acariciamos,
llenos de amor sublime
con el postrer ¡adiós! le saludamos
mientras el alma acongojada gime,
dí, ¿qué vale la vida?
¿No es mejor dejar libres, por ventura,
sus alas al espíritu doliente,
que anhela de los ámbitos azules
la inmensidad fulgente?
. . . .
. . . .

Ya iba á tender el ala dolorida
mi alma en un esfuerzo postrimero,
«á la extraña región desconocida
de donde nunca retornó el viajero.»

Sombra no más en derredor miraba,
los antros de la nada presentía,
una mano invisible me empujaba
y el horror del abismo me atraía!

Mas yo no sé qué luz clara y brillante
de pronto iluminó mi senda oscura;
¿eras tú, niña amante?
¿era tu imagen celestial y pura?

¡Sí! Yo sentí tu ser y tu presencia
venciendo la crueldad de mi destino,
volviéndome al deber y la existencia
y llenando de flores mi camino.

Y al par sentí una voz débil y triste,
numen de mis cantares,
un cariñoso halago,

la promesa de amor que tú me diste,
cuando un destino aciago
lejos llevóme de los patrios lares.

Y en tono de plegaria é inocencia:
«¡Ah! tú ignoras mis luchas intranquilas,
que es tuya para siempre mi existencia,
que me abraso en la luz de tus pupilas!

»¡Tú eres mío por siempre! Yo te adoro
en el altar del alma inmaculada,
y con mi fe de niña á Dios imploro
porque sea menos ruda tu jornada!

»Puestos en Dios los ojos, y las manos
sobre el doliente corazón sin calma,
incapaz de traición ó de desvío,
te respondo, entregándote mi alma:
te esperaré ¡por siempre, amado mío!

»¿Por qué temes luchar? ¿Tal vez cansado
te sientes y rendido?
¿O dudas de los goces venideros?
Mas dime: en el combate prolongado
¿no tienes «tu bolsita de luceros?»

»¡Te esperaré hasta el fin! ¿Qué más deseas?
¡Tan profundo es mi amor! ¡Tanto te quiero,
que hasta en la eternidad desconocida,
te seguiré adorando
si es preciso que parta yo primero!»

Ante esa voz celeste ¿qué alma ruda
no levanta á los cielos, como un niño,
fervorosa plegaria?
Y hablando así de Dios, ¿de Dios quién duda,
y no vuelve á vivir en luz plenaria?

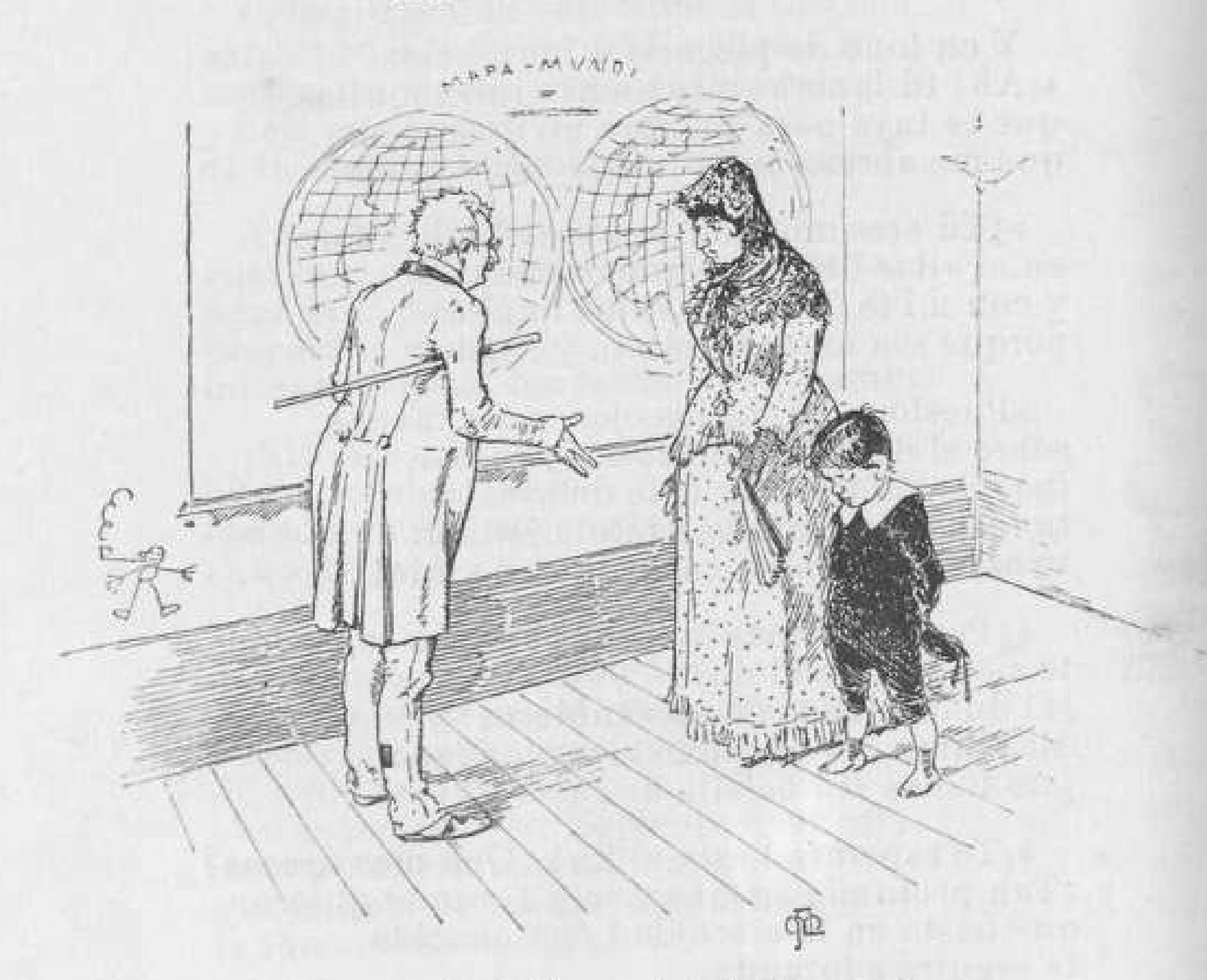
¡Oh sublime visión de mis tristuras
que el llanto del dolor lloras conmigo,
en medio de mis amargas desventuras,
desde el fondo del alma te bendigo!

¡Angel! ¡Dios! Yo no sé cómo llamarte,
encantadora y dulce criatura,
y no sé cómo puede tributarte
el tesoro inmortal de mi ternura!

Tengamos fe en Aquel á quien imploras,
que no todo ha de ser triste é incierto,
que ya vendrán más fúlgidas auroras,
y si viajeros del desierto somos
buscaremos un oasis
y haremos nuestra tienda en el desierto!

Montevideo. VÍCTOR ARREGUINE.

EN LA ESCUELA



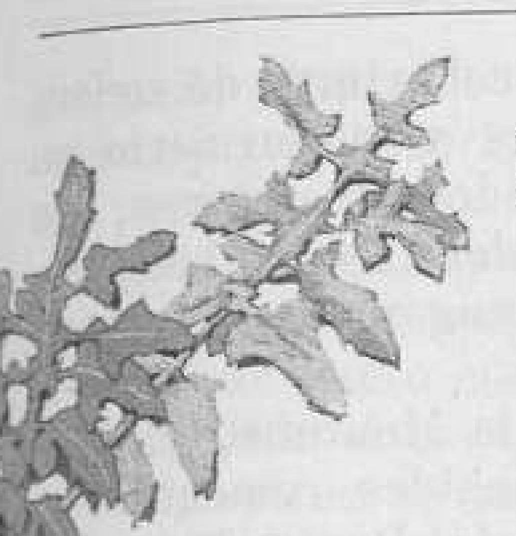
—¿Qué dice usted de Perico?
—Pues nada, que es un borrico;
aún no sabe, bien ni mal,
lo que es *una horizontal*...
—¡Ni falta que le hace al chico!

* * *

A un joven cándido, así le dice
una viudita de buen humor:
—¿Ves aquel árbol, joven amante?
simbolizamos entre los dos
todas las fases de tus ensueños.
Es tu deseo la blanca flor,
tus esperanzas las hojas verdes,
la fruta el goce que da el amor.
—¡Pero si el árbol no tiene frutos!
—Simbolizamos entre los dos
todas las fases de tus ensueños;
el dulce fruto lo tengo yo.

F. L. B

Buenos Aires.



EL SECRETO DE LOS PEÑASCOS

ó

EL CHIFLE DEL INDIO

I

Bernardo Quispe era un indio nativo de Chongos, en la provincia de Jauja.

Avecindado en la Montaña de Chauchamayo, poseía un pequeño trozo de tierra, conquistado á fuerza de hacha y fuego, en la inextricable espesura de la selva.

Llenábanlo un yucalito, un arrozal, y algunos pies de maíz, que, con un rancho sombreado por dos chirimoyos, constituían toda su fortuna, y el único recurso con que contaban, él y su hija, la linda Lauracha.

Mucho era esto, en verdad, para la sobria existencia del indio, á quien bastaban una *chua* de *mote,* y algunos granos de *cancha.*

Pero Lauracha era una mocetona exuberante, de apetito despótico y antojadizo paladar, que hacía la mueca á esas sencillas viandas del pobre; que pedía las conservas exquisitas y las delicadas pastas saboreadas en los viajes que más de una vez hicieran con su padre á Tarma y Jauja.

¡Y si sólo hubiese sido aquello! Pero Lauracha, desdeñando el faldellín y la *lliclla* de las hijas de su raza codició las galas de esas pálidas beldades de Lima, enviadas á la *Sierra* en busca de la salud.

Y ¡extraño misterio! el indio satisfacía aquellos caprichos y regalaba á su hija con todos esos valiosos goces. ¿Con qué los compraba? El nada poseía, sino la exigua cosecha de su terrenito, apenas suficiente para la anual manutención; y aunque Lauracha era la niña de sus ojos, *querer es poder* no pasa de ser una utopía.

Y no obstante, mientras el pobre indio vestía el viejo calzón de bayeta negra y la agujereada camiseta de *picota,* comía un puñado de maíz y dormía acurrucándose al lado del fuego, sin más abrigo que la fronda de los chirimoyos, en el rancho había, para Lauracha, un lecho de cedro con

mullidos colchones, finísimas sábanas y cobertores de sedosa vicuña; una alacena provista de dulces y un armario en que las telas más costosas ostentaban todos los colores, en vestidos que ella arrastraba entre la maleza de los bosques, cuando iba cada tarde á visitar á sus amigas, en los caseríos vecinos.

Allí, como en todas las haciendas de la Montaña, el lujo de la joven india era objeto de interminables comentarios, de extrañas suposiciones. La pobreza de Bernardo y los valiosos arreos de su hija constituían un enigma que preocupaba á los habitantes de la comarca.



II

Muchas veces, el indio había sido acechado y seguido, cuando con el hacha al hombro, se internaba en la selva. Pero los haces de leña con que salía cargado, y las frutas silvestres que llenaban su *quepi,* mostraban cómo había empleado su tiempo.

Cansó, al fin, á los vecinos de Bernardo, aquel inútil espionaje; y su curiosidad chasqueada, limitóse á conjeturas que variaban hasta lo infinito.

Unos suponían que el indio había encontrado una mina en *barra;* otros sospechaban la perpetración de un robo, y los más un pacto con el diablo.

Pero Bernardo Quispe era honrado y piadoso. Nadie podía quejarse de su integridad; y en cuanto á su conducta como cristiano, si su devoción no se manifestaba cual la de los indios acaudalados, con misas y oblaciones, ofrecíala á Dios como los pobres: en lágrimas y plegarias.

Mas ¿cómo, si no tenía ofrendas para el templo, las prodigaba al ídolo de su casa, que resplandecía cubierta de joyas y primores?

Si entre los hacendados de la Montaña se encontrase alguno que, por lo menos, no fuese pobre, de seguro, habríanlo dado por amante á la hija de Bernardo.

Pero los pobladores de aquella agreste comarca eran una falange de indigentes; algunos de ellos, agricultores honrados, pero sin más caudal que sus brazos; los más, sibaritas arruinados en los placeres de Lima, que venían á ocultar en aquellos apartados parajes la vergüenza de su mala ventura.

III

Uno de esos fugitivos de la miseria, perdidos rumbo, vela y lastre, en deshecho naufragio, pero joven, buen mozo y adornado con el romántico nombre de Arturo, llegó un día á la villa de Huancayo.

Dióse por agente de una sociedad científica, enviado á la exploración de terrenos auríferos. Como tal, pidió datos á los habitantes del pueblo, que le suministraron muchos y muy importantes respecto á la existencia de vetas riquísimas en la vertiente oriental de uno de los ramales de los Andes, sobre los linderos de la montaña de Chauchamayo.

Pero si el bello Arturo buscaba oro en aquella antigua morada de Cresos, no era entre la *oscura tierra,* sino en la blanca mano de sus herederas.

Arrullaban esta esperanza las dulces miradas que las lindas huancayinas dirigían al *dandy,* cuando retorciendo su

negro bigote, se paseaba, azotando con el flexible junquillo la charolada bota en la prolongada calle que divide en dos secciones el pueblo.

Mas, en tanto que se decidía á una elección, sus burlados acreedores de Lima descubriéronle la pista, y una jauría de comisionados cayó sobre él, presentándole miriadas de letras á cuenta y cargo, por sumas que, reunidas, representaban un caudal.

Firmábanlas: Bar, Chapeller, Brenner, Quintana, Broggi, Capella, Ramírez, Velázquez; esos *restauradores* del hombre exterior y del hombre interno.

Asaltado tan brutalmente en medio de su dorado ensueño, el bello Arturo recurrió á la calidad de agente explorador con que se había decorado; y echando tierra á los ojos á sus perseguidores, dejó á Huancayo, donde las jóvenes lo echaron de menos cada tarde en el paseo de la calle larga.

Traspasó el ramal andino que separa la vega de los deliciosos valles cubiertos de selvas, que se extienden al oriente, y fué á vagar de hacienda en hacienda, por la montaña de Chauchamayo, acogido con benévola hospitalidad por los habitantes de aquella apartada región, encantados con la presencia de un representante del mundo civilizado.

Las sencillas hijas de los plantadores contemplaban con admiración la gallarda apostura de aquel joven tan diferente de sus agrestes novios. Juzgábanlo un ser de naturaleza superior á la suya, y no osaban alzar hacia él los ojos cuando se encontraban á su paso, en los senderos de la selva.

El bello Arturo pasaba sin hacer atención en ellas. Su pensamiento estaba lejos: en Lima, en sus bulliciosas calles, en sus perfumados salones, en las nocturnas fiestas de sus teatros, poblados de beldades...

Una sombría desesperación, la desesperación del ostracismo, se apoderaba del pobre *dandy*.

Los terrenos auríferos de su farsa veníanle á la mente en resplandecientes mirajes, y sus ojos buscaban ávidos el mágico metal, y lo pedían á las grietas de las peñas, á la arena de los arroyos...

IV

Una vez entre las consejas de las campestres veladas, en torno al hogar de los plantadores, Arturo oyó referir la historia de la misteriosa opulencia con que Bernardo Quispe rodeaba á su hija.

Al escuchar aquel relato, la gozosa exclamación de Arquímedes relampagueó en su alma y se exhaló en un suspiro que contenía mundos de esperanzas...

V

Lauracha había oído á sus compañeras hablar del bello huésped, venido entre ellas como un dulce paréntesis en la monotonía de su existencia.

El acento apasionado de esas confidencias produjo en la joven india una impresión que hasta entonces érale desconocida. Sintió en el corazón un vacío inmenso y un inmenso anhelo de llenarlo con una imagen que había forjado su mente.

VI

Un día que Lauracha, sola en el rancho, soñaba con ese misterioso ideal, recostada en su hamaca de plumas, un hombre se detuvo á la puerta y llamó suavemente en la estera de mimbres que cerraba la entrada.

Laura fué á descorrerla y se encontró delante de un cazador que, apoyado en su fusil, la contemplaba.

Mas apenas la joven hubo fijado en él su mirada, un nombre, cual una exclamación se exhaló de sus labios:

—¡Arturo!

—¡Laura!

—¡Sabe mi nombre!

—¡Te amo!...

VII

Lauracha está radiante. Nunca arrastró con tanto gusto, gracia y coquetería sus ricos vestidos á la vera de los setos, sobre los polvorosos caminos vecinales, provocando envidias

y admiraciones. Nunca le pareció tan bello agradar y ser hermosa.

Hasta entonces había sonreído sólo á su imagen, cuando, ante el espejo, ensayaba sus galas; ahora sonreía al universo entero, que se había tornado para ella un paraíso.

Mas ¿por qué la alegría de Lauracha entristecía á su padre, que habría dado su vida por verla contenta?

¡Ah! era que los ojos de Bernardo, al través del prisma del amor paternal, que es, casi una adivinación, veían lejos...



VIII

Lauracha, envuelta en un peinador de riquísimas blondas, reclinábase en su hamaca, meciéndose suavemente, entregada á un dulce desvarío.

—¡Laura! murmuraba con acento apasionado, ¡Laura! ¡qué bello es este nombre en sus labios! .. ¡Oh! ¿quién pudo darme el horrible de Lauracha?

Y en tanto que ella rechazaba ese cariñoso diminutivo con que su padre la arrullara en la infancia, no lejos de allí, Bernardo, inclinado sobre el surco que su arado dejaba en pos—¡Lauracha!—exclamaba.

Y las lágrimas se deslizaban por sus bronceadas mejillas y caían sobre la removida tierra.

IX

—¡Arturo! gritó de súbito la joven india, con una gozosa exclamación, corriendo al encuentro de su amante. Te esperaba... ¿Sabes que cuando te acercas algo en la luz, en el aire y en mi corazón me anuncian tu presencia...? Pero... ¡oh Dios!... ¿Qué nube sombría oscurece tu frente?

—¡La duda, Laura, la duda!

—¿La duda? Yo no sé qué dice esa palabra, ¡debe ser horrible!

—Escucha. Anoche, mientras en alegre ronda bailaba con tus compañeras, cerca de mí, de en medio de un corro de espectadores, salió, mezclado á tu nombre, una frase que hirió mi corazón con luz siniestra, despertando en él ese amargo sentimiento que se llama *duda*... ¿Comprendes ahora?

—¿Dudarías acaso de mí, amado mío?

—¡Ah! cuéstame confesármelo á mí mismo, Laura... Pero dirige una mirada en torno tuyo. ¿Qué ves? te preguntaré yo; y tú habrás de responderme: oro, seda, valiosas joyas. ¿Quién te prodiga esos tesoros?

—Mi padre, respondió la joven india, con el candor sereno de la verdad.

—¡Tu padre! replicó el *dandy*, con amarga sonrisa. Míralo allá abajo vistiendo harapos, ocupado en echar unos pocos puñados de simiente en su reducida heredad. Dí, ¿puede aliarse tu lujo con su miseria?

—¡Pobre padre! ¡Ah, nunca me detuve á pensar que, olvidándose á sí mismo, me consagraba todo el fruto de su trabajo!... Mas ¿por qué ríes con ironía?... ¡Te alejas!... ¡Arturo! ¡Arturo!

—Héme aquí. ¿Cuál es el origen de tu opulencia?

—¡Ay de mí! lo ignoro... Sí; porque ahora yo también

comienzo á ver en los dones de mi padre un extraño misterio... ¡Pero, cualquiera que sea, yo lo develaré!

—¡Plegue al cielo que sea pronto! porque ¡ay! hasta entonces tu vista sería para mí un suplicio.

El *dandy* se alejó con trágico ademán, pero llevando en el labio una sonrisa de triunfo.

X

Lauracha se quedó apoyada en la puerta, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Lloraba.

—¡Oro! ¡seda! ¡valiosas joyas! decía con acento de pro-



funda cavilación. En verdad, ¿con qué compra todo esto el pobre Bernardo Quispe, el mísero indio, que huyendo del hambre vino á disputar á estas selvas un trozo de tierra para arrancarle su mezquino alimento? ¿Con qué paga los caprichos de su hija, que nunca detuvo la mente á pensar

si acaso costaban un crimen? ¡Ah! yo recibía esos beneficios como se reciben los de la Providencia: sin indagar sus arcanos. Mas, forzoso es que penetre ese misterio, y lo devele á los ojos de Arturo, para disipar las sombras que ha aglomerado en su alma.

XI

Desde ese día Lauracha se consagró á espiar á su padre.

Con la refinada astucia característica de su raza, seguíalo invisible por todas partes; ora arrastrándose como una culebra bajo la hierba de los sembrados; ora agazapada tras de los matorrales, ora oculta en la fronda de los bosques.

Nunca la malévola curiosidad de los vecinos del pobre Bernardo puso en juego tan activa vigilancia.

Pero, cual ellos, Lauracha nada descubrió; nada que pudiera darle alguna luz sobre aquel extraño enigma.

Y el tiempo pasaba, y Lauracha sentía la desesperación invadir su alma, porque Arturo, cada día más sombrío, llegaba á ella ceñudo; con el sarcasmo en el labio; interrogábala con una severa mirada y se alejaba sin dirigirle una palabra.

¡Ah! ¡qué diferencia entre ese hoy doloroso, y el delicioso ayer!

Y Lauracha, pensando en la inutilidad de sus investigaciones para descubrir el tenebroso misterio que se alzaba entre ella y su dicha, lloraba lágrimas de rabia.

XII

Una tarde que sentada en el umbral de la puerta, apoyando en la mano la mejilla, miraba el camino por donde Arturo solía venir, Bernardo, que notaba su tristeza hacía tiempo, halló la oportunidad de una explicación.

—¿Qué anhelo te aqueja, hija mía? la dijo. ¿Te falta algo? Mañana saldré á comprártelo en los pueblos de la vega. Habla, dí, ¿qué deseas?

Estas palabras de su padre fueron para Lauracha un rayo de luz. Habíale seguido los pasos por todas partes, menos en sus viajes al exterior. Allá, sin duda, encerrábase el fatal misterio que anublaba el cielo de su amor.

Un destello de esperanza brilló en el alma dolorida de la joven india, que llevando á sus labios una dulce sonrisa, exclamó abrazando á Bernardo:

—¡Ah, este querido padre es adivino! Sí: estaba pensando en los días del verano que se acercan, y en mis vestidos de gasa desgarrados por las zarzas, y en la necesidad de renovarlos con unas preciosas muselinas, traídas el mes pasado á Jauja por un mercader de Lima. Pensaba en un sombrerito de paja blanca con cintas color de rosa, para resguardarme del sol cuando bailemos en los prados. ¿Qué dices á esto, padre mío?

El indio, sin responder á su hija, púsose á hacer sus aprestos de viaje.

Descolgó de las ramas del chirimoyo sus sandalias, sus escarpines y su *quepi;* la bolsa de su coca, y el *chifle* de la chicha, y cuando llegó la noche, y su hija se hubo recogido, se despidió de ella diciendo que iba á partir antes de que viniera el día.

Lauracha se despojó de sus bellas ropas, y apagando la luz para ocultarse mejor, vistió el *hannaco* de las indias, de la Puna, cubrió sus hombros con una *lliclla* negra, la cabeza con una montera, calzó sandalias, como su padre, y veló, acechándolo, pegado el ojo á la rendija de la puerta.

XIII

Al mediar de la noche, el indio, alzándose del lado del fuego, echó el *quepi* á la espalda, cruzó el pecho en bandolera la correa de su chifle, y dando una mirada recelosa en torno, echó á andar, perdiéndose entre las tinieblas.

Pero Bernardo no iba solo: su hija lo seguía, deslizándose en pos suyo, silenciosa y leve, como una sombra.

Mas, con grande asombro de Lauracha, su padre, en vez de tomar el camino de las alturas, internóse en la selva, dirigiéndose hacia el norte, por el lado donde uno de los infinitos ramales de los Andes desciende y se pierde en agrupados peñascales, bajo la fronda de los bosques.

Al tocar con las primeras rocas de aquel recóndito paraje,

el indio cayó postrado en tierra, y Lauracha lo oyó gemir, invocando el nombre de *Pachamama*.

Alzóse luego y siguió su camino entre un dédalo de riscos que se inclinaban, los unos sobre los otros, bajo el espeso follaje.

El indio caminaba con paso quedo, como el que teme ser sentido.

De repente, Lauracha vió que su padre se detenía ante una maca de sombra.

Era la boca de una caverna.

El indio, con ademán cauteloso, vertió tres veces en el hueco de la mano la chicha de su chifle, y otras tantas roció la tierra en torno. Esparció sobre esas libaciones un puñado de hojas de coca, y penetró en las tinieblas del antro.

XIV

Lauracha se quedó oculta entre el follaje de una enredadera, á pocos pasos de la caverna, trémula y el corazón palpitante, al choque de encontrados afectos.

Allí estaba encerrado el misterio que buscaba; pero, ¿érale dado á ella develarlo, sin traición á su padre? No; mas, ¿érale posible soportar, sin morir de dolor, el desvío de su amante?

¿Y el deber filial?

¿Y el amor de Arturo?

Estas reflexiones pasaban confusas por su mente. Pero, á este último argumento, que apareció neto y terrible á su alma, Lauracha no vaciló...

XV

El indio salió de la caverna y se alejó con el ademán temeroso y el rápido paso de un delincuente.

Lauracha se precipitó entre las sombras del antro, que un tenue rayo del alba comenzaba á iluminar.

Si Bernardo no estuviere ya lejos, habría oído una extraña exclamación de su hija...

Lauracha salió de la cueva con los cabellos erizados, pero radiante el rostro.

Fácil le fué seguir los pasos á su padre por el camino

que ella se trazara con hilos arrancados á la trama de su *lliclla*, y puestos como señales en la rama de los árboles.

Al llegar á los linderos de la selva, Bernardo se detuvo. Sentóse en una piedra, apoyó sobre la rodilla su chifle, pendiente de una correa de cuero, y bajando la cabeza, con ademán natural dirigió una mirada de reojo á la profundidad de la fronda.

Pero nada descubrió, ni oyó rumor alguno, si no era el canto de las aves á las rosadas luces de la aurora.

El indio se levantó, cruzó la tierra labrada por entre los setos de los sembrados; dirigióse al oeste y tomó el rocalloso camino de las alturas.

Cuando hubo entrado en la primera hondonada, detúvose de nuevo. Despojóse del sombrero de alpaca blanca, del *quepi* y del chifle de la chicha, que dejó ocultos entre un matorral; envolvióse en un poncho negro, y se puso á escalar una peña que, en forma de pirámide, alzábase, dominando una grande extensión del paisaje.

Al llegar á la cima, arrastróse, pecho en tierra, como un reptil, y desapareció entre las escabrosidades del opuesto borde.

XVI

Lauracha, que á su vez habíase detenido y acechaba á su padre, al verlo tomar el camino de la Sierra, salió del bosque y corrió desalada hasta el rancho.

Arrojó lejos de sí *hannaco*, *lliclla*, montera y sandalias; calzó un lindo coturno de raso, vistió sus mejores galas, y miróse al espejo, con orgullosa complacencia.

—¡Arturo! exclamaba. ¡Ah! ¿por qué no está aquí, para saber que Bernardo Quispe puede comprar el Perú, y su hija llevar los atavíos de una reina?

Hablando así la joven india, poco antes amante sumisa, doliente y llorosa, sonreía con un dejo pronunciado de soberbia.

Un grito la interrumpió; y Lauracha vió la imagen de su amante dibujarse, detrás de la suya, en el cristal del espejo.

Arturo la escuchaba.

El arruinado *dandy* sintió tan fuerte golpe de gozo en el corazón, que cayó á los pies de la india.

—¡Habla! decía estrechando sus manos. Tu semblante me anuncia que has penetrado al fin en el misterio que yacía

como un abismo entre nosotros. ¿Quién es Bernardo Quispe? ¿Cuál es la palabra del extraño enigma que os envuelve?

—Sígueme, respondió ella, arrastrándolo en pos suyo.

Los hilos de la *lliclla* de Lauracha, pendientes de las ramas, guiaban á los dos amantes, que, asidos de las manos, palpitantes, silenciosos, corrían con la rapidez que les permitía la espesura de la selva.

Un mundo de tumultuosos pensamientos se alzaba en la mente de ambos. De vez en cuando, el *dandy* fijaba una mirada ávida en los ojos de Lauracha, procurando leer en ellos el sentido de las misteriosas palabras de la india, que relampagueaban en su espíritu.

Lauracha atravesó, hollando con pie profano, el sitio donde su padre se prosternara, á la entrada de los peñascales; y asida á su amante, apresuró el paso, y penetró con él en la caverna, que á esa hora, el sol naciente, penetrando por una hendidura de la peña, alumbraba con un alegre rayo...

XVII

Todo cuanto el *dandy* pudiere imaginar de extraño, magnífico y terrible, quedara muy atrás ante el espectáculo que se presentó á sus ojos.

En toda la vasta extensión de la caverna, apoyados á la roca, mirábase una línea de esqueletos.

Sentados en la actitud de la momia, tenía cada uno delante de sí su arco, sus flechas, y un enorme montón de pepas de oro.

Aquella sucesión infinita de aglomeraciones auríferas, que el rayo de sol hacía resplandecer en la oscuridad del antro, bajo los ojos vacíos de los esqueletos, formaba un cuadro extrañamente fantástico.

Arturo se creyó de pronto juguete de una pesadilla.

—¡Laura! exclamó; ¡dime que estoy despierto, y que la maravilla que contemplo no es la visión engañosa de un sueño!

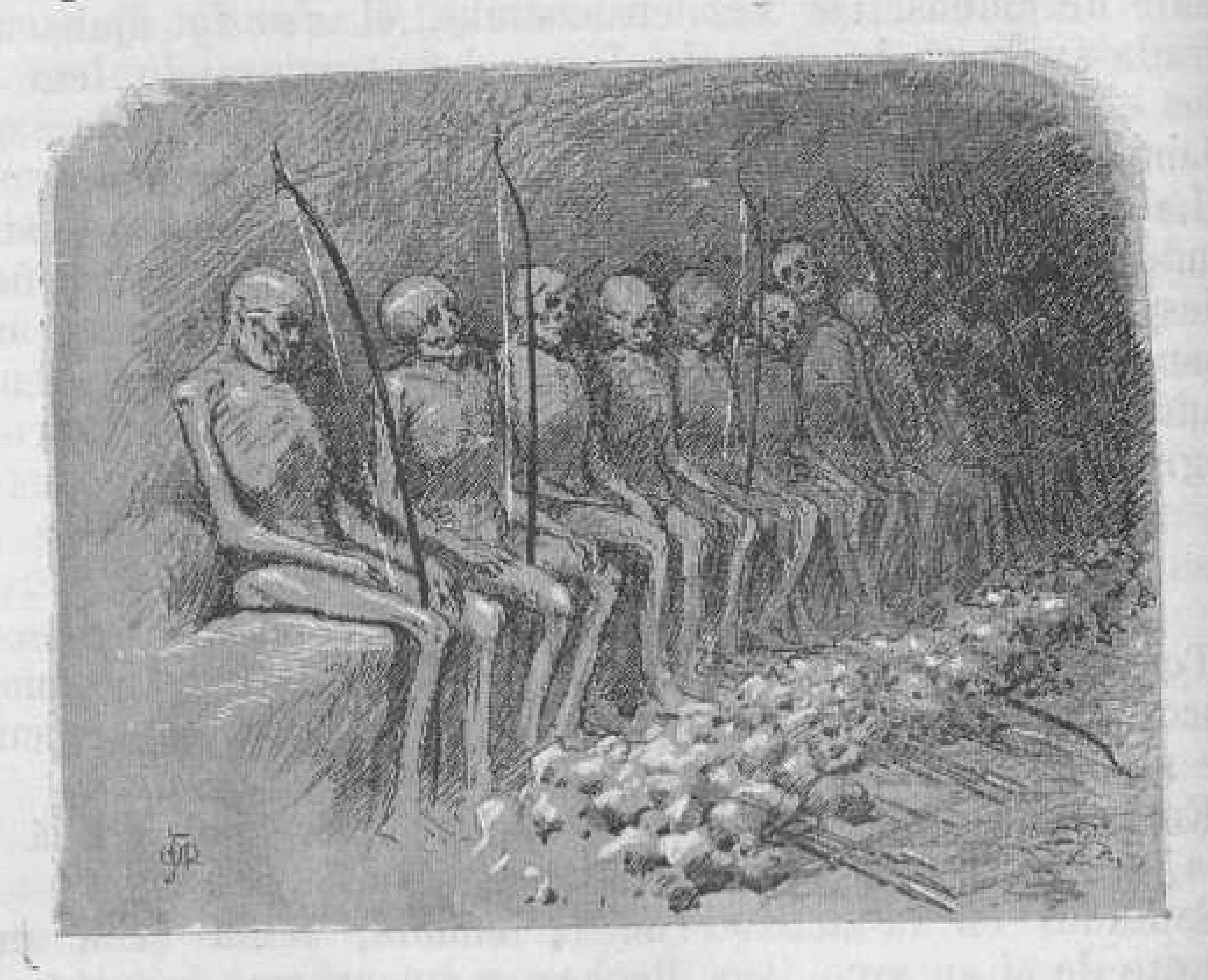
Y sus miradas devoraban aquellos tesoros.

La india sonrió con aire de triunfo.

—¿No es verdad, amado mío, le dijo, no es verdad que mi lujo era una miseria y que mi padre se quedaba corto en sus dones?

El *dandy* no la escuchaba: su mente estaba lejos.

—¡Millonarios sin dinero! murmuraba, ¡ricos á crédito, que después de haberme explotado me despreciabais, yo os haré ver lo que es riqueza... y caeréis á mis pies! Y vosotras, orgullosas beldades, Lucía, Rosa, Emilia, que cerrasteis vuestros salones á Arturo el arruinado; Arturo el opulento las abrirá con llave de oro, y os aprisionará con cadenas de brillantes. Y tú, ¡ciudad de los mágicos ensueños! ¿qué placeres deliciosos me guardas, en recompensa de los



magníficos palacios de mármol con que embelleceré tu encantado recinto?

Y arrebatado de gozoso entusiasmo:

—¡Lima! ¡Lima!

—¡Lima! repitió Lauracha. ¡Lima! ¡anhelo de toda mi vida! muy luego, rodeada de todos los esplendores de la dicha: riquezas, juventud, amor, seré la reina de tus fiestas, y la envidia de tus hijas; esas beldades de tez nacarada y sedosas cabelleras, que dejan en pos de sí una atmósfera perfumada. ¡Oh, amado mío! ¡imagina los inmensos goces que nos prepara el destino!... ¡Ah, la felicidad abruma como el dolor! Vamos á aspirarla, bajo la luz del cielo, entre el aroma de las flores...

Y arrastraba al extasiado *dandy* fuera de la caverna.

Mas, al llegar á la entrada, Lauracha exhaló un grito de espanto y retrocedió.

De pie y los brazos cruzados sobre el pecho, severo y mudo, Bernardo Quispe estaba delante de ellos.

XVIII

—¡Padre! exclamó Lauracha pasado el primer momento de pasmo.

Y arrojándose al cuello del indio, ocultó el rostro en su pecho.

—¡Temeraria! replicó él, apartándola de sí con despego, ¿no sabes que los secretos de los padres son sagrados para los hijos? ¿No sabes que la morada de nuestros muertos es un santuario vedado á un blanco, y nuestras riquezas un misterio que no deben contemplar sus ojos?

Lauracha estaba anonadada. De rodillas y las manos suplicantes:

—¡Perdón, padre! exclamaba. Le amo, y él dudaba de mí: el lujo que me prodigabas le hacía sombra.

—¡Amor paternal! exclamó Bernardo con acento de honda contrición; ¡amor paternal! ¡cuánta debilidad encierras! Todos hemos sido culpables. Acercaos, hijos míos, y redimamos nuestro crimen con una libación expiatoria.

Arturo, que resuelto á defender aquellos tesoros á costa de su sangre, se mantenía erguido, buscando con los ojos un arma, serenóse al escuchar las mansas palabras de Bernardo.

Acercósele con semblante afectuoso, y le pidió perdón por su involuntaria falta.

El indio, sin responderle, púsose á destornillar la parte inferior de su chifle, que una segunda base de madera negra dividía en dos secciones.

Hecha esta operación, el recipiente se transformó en dos vasijas.

La parte inferior era un vaso lleno de pepas de oro; la superior una copa rebosante de espumosa chicha.

Bernardo arrojó aquél á tierra.

—Hé ahí, dijo á su hija, el premio de tu opulencia y de mi pecado.

Luego fué á tomar de uno de los carcajes colocados ante los esqueletos, una saeta adornada de vistosas plumas;

removió con ella el chispeante líquido y presentándolo á Arturo, le dijo:

—Bebed este licor de mis padres, á fin de aplacar sus sombras, y hacer propicia á *Pachamama*.

Y en tanto que el *dandy* bebía, un relámpago de sombrío gozo fulguró en los ojos del indio.

Mas cuando de los labios de aquél pasó á los de su hija, temblóle la mano y una palidez mortal cubrió su semblante.

En seguida, apurando él mismo el resto del licor hasta su última gota,

—Ahora, dijo, escuchad la historia de estos tesoros, y la de la heroica fidelidad de aquellos, cuyos restos parecen guardarlos todavía. Era en aquellos días de iniquidad, cuando los blancos tenían al Inca prisionero, cargadas sus augustas manos de cadenas.

Hablando así, la voz del indio era sombría, casi lúgubre.

Arturo y Lauracha sentían que un dolor frío inundaba sus sienes.

El indio continuó:

—Mientras que en la sombra afilaban el hacha para sacrificarlo, sonreíanle con rostro amigo, y le ofrecían la libertad á trueque de un rescate.

—El Inca los creyó. Hijo del Sol no podía sospechar la obra de tinieblas...

—Padre, articuló Lauracha gimiendo, tus palabras me hacen daño. Una dolorosa ansiedad oprime mi pecho... y... Mira: Arturo palidece también.

El indio sonrió amargamente, y repitiendo su última frase «Creyólos el Inca,» prosiguió: ...y envió mensajeros á todos los países de su vasto imperio, en demanda de oro.

Y muy luego nuestros aéreos caminos de las alturas se tornaron otras tantas hileras de hombres que en dirección al norte caminaban, cargados del funesto metal, causa de nuestra ruina...

Pero ellos, menos crédulos que el Inca, llevaban, también ocultas, previendo el caso de traición, armas para libertarlo.

Un suspiro fatigoso cortó la voz al indio, que apoyándose en las paredes de la caverna, al lado de un esqueleto, continuó:

—Estos, ó más bien aquéllos, que esos helados restos animaron, empleadas dos lunas en la extracción de los

tesoros que veis, llevábanlos, según el mandato del Inca, á la gran *cancha* del palacio de Cajamarca que le servía de prisión, y que debían llenar hasta la señal trazada por el cetro imperial en la muralla.

Caminaban noche y día sin detenerse, ni aun para mojar el sediento labio, en su paso al través de las cristalinas corrientes.

Mas al trasponer las cumbres de Huairos, un grande lamento llegó á sus oídos, traído en alas de todos los vientos.—¡El Inca ha muerto! gemían las altas cimas. ¡El Inca ha muerto! clamaban los hondos valles.

Los caminos quedaron desiertos: aquellos que en inmensas multitudes, cargados de oro la surcaban, dijeron á los peñascos:—Abridnos vuestros antros para ocultar los tesoros del Inca á la rapacidad de sus verdugos, y morir de dolor.

Y los peñascos abrieron sus entrañas, y guardaron su secreto.

El indio se interrumpió otra vez y su mano trémula enjugó el sudor que le bañaba la frente.

—¡Padre! dijo Lauracha, con voz ahogada, ¡tengo frío!... ¡tengo miedo!... ¡Ah, mira... Arturo palidece más todavía!

El indio, haciendo un supremo esfuerzo, atrajo hacia sí á su hija, cuya cabeza cayó, inerte, sobre sus rodillas.

Y fijando en Arturo una mirada en que, á través de la muerte, brillaba un destello de odio:

—Estos también, dijo, señalando la línea de osamentas, éstos también, cual tú, palidecieron más y más, antes de llegar al estado en que ahora yacen, teniendo delante, inútiles, sus tesoros y sus armas, impregnadas de mortal ponzoña.

—¡Envenenado! balbuceó el *dandy,* cuya lengua helada comenzaba á paralizarse.

Y arrastrándose sobre sus trémulos miembros, lanzóse fuera de la caverna.

El indio, viéndolo alejarse, sonrió con rencorosa ironía.

XIX

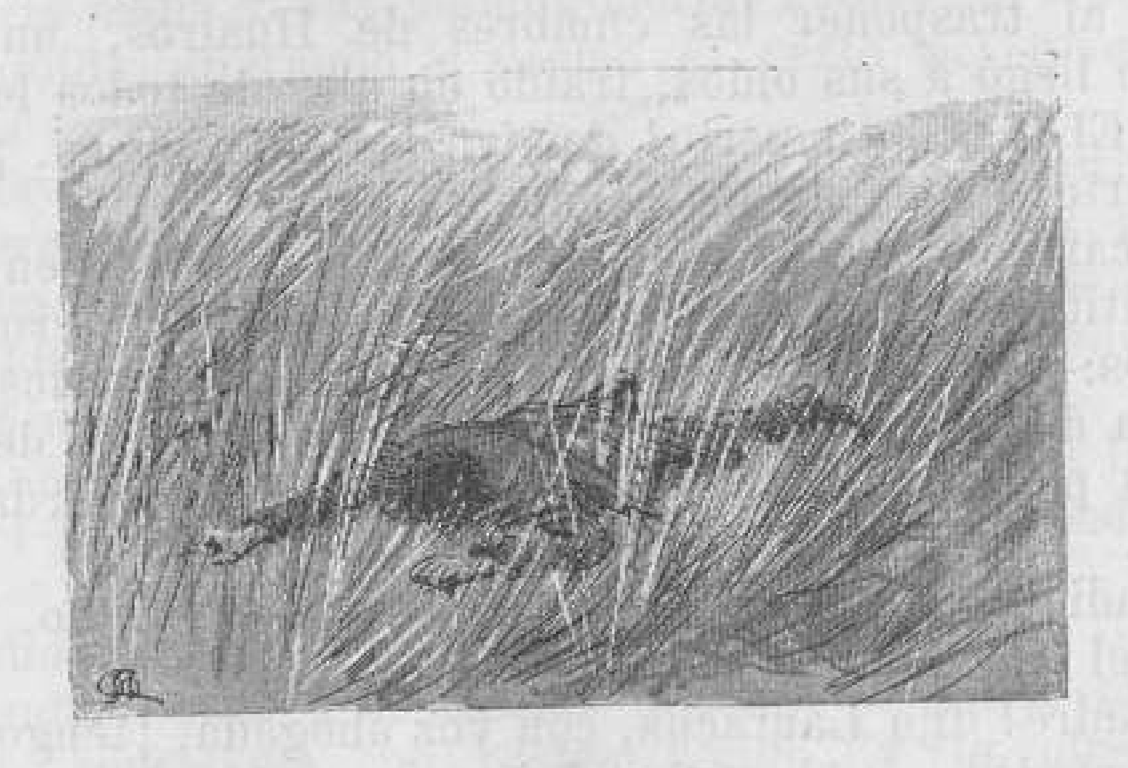
Una banda de cazadores, que, en persecución de un gamo cruzaba la selva, encontró tendido en tierra y moribundo á un hombre que en sus últimas palabras refirió el trágico desenlace de esta historia.

Los habitantes de aquellos valles exploraron, hasta en sus más recónditos parajes, la selva y las aglomeraciones de rocas, sin encontrar indicio alguno de la caverna.

Como el indio había dicho, *los peñascos guardaron su secreto.*

JUANA MANUELA GORRITI.

Buenos Aires, Marzo de 1890.



¡JUVENTUD!

PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA ANDALUZA E. S.

¡Yo no cuento los años! Me parece
que ayer fuí joven y que ayer corría
por tus valles, feraz Andalucía,
do el naranjo perfuma y la vid crece.

¡Ah! ¡Cómo en mi memoria se embellece
la imagen! ¡Cómo va la fantasía
subiendo por escalas de armonía
hacia lo ideal que en puro azul se mece!

Y vuelvo á ver los sitios halagüeños
y vuelven á surgir apariciones,
mundo gentil de enamorados sueños.

Y mi alma, por tan gratas emociones
hechizada, y por cuadros tan risueños
da eterna juventud á sus visiones!

GUILLERMO MATTA.

Buenos Aires, Mayo de 1890.



EN EL BAILE

Estaba encantadora cual ninguna...
De su cabello los dorados rizos
iluminaban con fulgor de luna
su rostro angelical, lleno de hechizos.

—

Yo contemplaba con afán creciente
á esa niña de cándida sonrisa,
rítmico andar, esplendorosa frente
y voz como el suspiro de la brisa.

—

Levantada la espléndida cabeza,
por mi lado, una vez, fascinadora,
voló, irradiando juventud, belleza...
¡Era el amor, naciendo de la aurora!

—

Cuando pasaba junto á mí, sentía
embriagador perfume de azucenas...
Ante ese arcángel del humano día
ni fascinar supieron las sirenas!

—

Al verme, se detuvo al lado mío;
aunque agitada, conversóme suave;
noté en sus ojos claridad de estío;
era su voz como el trinar de una ave.

—

Sentóse presto, y con amante anhelo
sus labios formularon un reproche,
y me besó con su mirar de cielo
más puro que la estrella de la noche.

—

El vértigo sentí de las alturas,
mi corazón latió con ansia extrema...
¡Es el primer amor, en sus locuras,
la más lírica estrofa de un poema!

—

Hoy, el ángel aquél de mis amores
es bien perdido que el recuerdo alcanza...
Murió la niña de ojos soñadores
azules como el cielo y la esperanza!...

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.

EPITAFIO

Era un gran corazón. Bajo su frente
relampagueaba, audaz, el pensamiento,
y sus estrofas arrojando al viento
volaba por las cúspides su mente!

Amó la libertad como el creyente
ama, estoico, su rudo sufrimiento;
y nunca, nunca, con menguado acento,
cantó hosannas al vicio prepotente!

En el festín del mundo fué un ilota;
vivió en la soledad y en la pobreza
como la planta que entre ruinas brota.

Y al doblar para siempre la cabeza,
vibró en su lira, descordada y rota,
el salmo funeral de su tristeza!

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1890.

ARTISTAS AMERICANOS



D. José Orilia

APLAUDIDO TENOR URUGUAYO

JOSÉ OXILIA

Nuestras hermanas, las repúblicas de la América española, se han distinguido siempre por su amor á las bellas artes y por la protección que han otorgado á cuantas compañías de mérito se han dirigido á aquellos jóvenes países desde la caduca Europa en busca de honra y provecho. Díganlo sino los lauros alcanzados por la inspirada actriz doña María Tubau de Palencia, por el malogrado Rafael Calvo, por el decano de nuestros actores don José Valero, por Massini, Stagno, Tamagno y por otros cien que han pisado los escenarios hispano-americanos.

Dotados de imaginación ardiente y de talentos poco comunes, los hijos de aquellas repúblicas han descollado como poetas, como escritores correctos, como filarmónicos, y en más de una ocasión el eco de sus triunfos legítimos ha llegado hasta nosotros, llenándonos de orgullo por tratarse de personas con quienes nos unen los vínculos de raza y la comunidad de ideas, costumbres y lenguaje.

Recordamos que hace algunos años resonó por todos los ámbitos de España un clamor entusiástico á la aparición en el mundo del arte de una verdadera estrella musical, la señora Peralta, célebre tiple mejicana.

Hoy, todas las personas aficionadas á la música pronuncian con admiración el nombre del joven tenor don José Oxilia, que ha cantado en los dos teatros más importantes de la Península, el Real de Madrid y el Liceo de Barcelona.

Hijo José Oxilia de Montevideo, donde vió la luz primera en 3 de Julio de 1861, fueron sus padres don Domingo Oxilia y doña María Martini. Desde sus más tiernos años aficionóse al canto, contra la voluntad del autor de sus días, que quería estudiase la carrera de ingeniero, á cuyo fin fué enviado á Pavía (Italia), que cuenta con una de las más antiguas universidades del mundo.

Perseverando el joven Oxilia en sus aficiones, regresó á su patria, donde recibió las provechosas lecciones del maestro de capilla de la catedral de Montevideo don Carmelo Calvo, quien comprendió al momento lo que Oxilia prometía, augurándole brillante carrera.

A la sazón falleció su padre, y persistiendo Oxilia en su propósito de dedicarse al *bel canto,* volvió á partir para Italia, habiéndole cabido la suerte de tener por maestro al aplaudido tenor Félix Pozzo. Aún no había cumplido veinticinco años cuando ya figuraba en primera línea y cantaba al lado del célebre Gayarre, de Tamagno y de Stagno.

En nuestro coliseo estrenóse con la ópera *Capuletos y Montescos,* que le valió una espléndida ovación; en Madrid ha cantado dos temporadas con mucho aplauso.

El reputado tenor Roberto Stagno ha dicho de Oxilia:

—Es un joven que vale; tengo motivos para decirlo desde que ha formado parte de mi compañía en el Real de Madrid, en la que también figuraba Gayarre. Puedo afirmar que Oxilia es un cantante de porvenir.

En efecto: quien en la primavera de la vida ha cantado con aplauso en teatros de primer orden, al lado de los artistas más eminentes del siglo y ha merecido elogios de la prensa musical de Italia, España y otros países ilustrados, ha de llegar, por poco que se esfuerce, al pináculo de la gloria, para honra de su patria y de todos los pueblos donde se habla el idioma de Cervantes.

X.

Barcelona, Septiembre de 1890.

A MUÑOZ LUCENA

Como aquel inmortal hispano coro
de reyes del color y la armonía,
cifró en la patria, en ya lejano día,
de sus inspiraciones el tesoro;

tú, en la patria, raudal puro y sonoro
hallaste de hermosura y poesía,
donde tu rigurosa fantasía
despliega y baña su plumaje de oro.

Siempre en tus vivos lienzos celebrados,
coronada aparece de centellas
la patria con sus épicos soldados,

la patria con su luz esplendorosa,
su verde campo y sus mujeres bellas.
¡Siempre, siempre la patria generosa!

Madrid.

Manuel Reina.

¡LLORA!

¡Llora, mujer!... Si purifica el llanto,
lo necesitas tanto!...
¿Cómo purgar lo vil de tus antojos?
¿Cómo hallar nuevamente en charca impura,
de tu alma la frescura,
sino vertiendo fuego por los ojos?

—

¡Llora, mujer! Marchite tu semblante
aquel río quemante
de lágrimas, que arranca hondo despecho...
Lava del corazón, corre abundosa,
que la culpable esposa
no debe hallar más calma entre su lecho.

—

¡Culpable, sí! pues la mujer que un día
traicionó á quien quería
por darse de otro al lujo y la opulencia,
alma y cuerpo divide en don extraño,
cayendo del engaño,
en una doble, horrible delincuencia.

—

No sólo es criminal la que ha manchado
el tálamo sagrado,
después de un falso, torpe juramento.
Lo es también, quien, llevando de uno el nombre,
se goza con otro hombre
allá en la inmensidad del pensamiento...
. . . .

—

¿Y puedes ser feliz siendo culpable?
¡Ah, no! que el miserable
que á medias te compró por tu codicia,
se reservó el derecho de ofenderte
con sospechas de muerte
cada vez que, nervioso, te acaricia.

—

Llora, pues, ¡oh, mujer desventurada!
mas, no creas salvada
la suerte vil que á tu ánimo le plugo...
Los brazos del esposo aborrecido,
de muchas ¡ay! han sido
los asfixiantes brazos del verdugo.

Carlos G. Amézaga.

Lima.

LA PEREZA

POR LUIS LABARTA



¡Qué buena es la cama!...



sobre todo en invierno...



ya es hora; levantémonos...



¡ay, qué frío hace!



¡á la cama, á la cama, que está calentita!



Decididamente es una gran cosa.

LA CAMPESINA

¡Vierais qué linda la campesina!
¡qué aire gracioso tiene al andar!
¡cómo se encorva, cuando una espina
su pie ligero llega á punzar!

—

Rojo pañuelo cubre su seno;
la falda á listas, rojas también,
y sobre el pecho redondo y lleno
le caen las trenzas como al desdén.

—

Si á alguno mira, como al soslayo,
como quien dice:—¿Me quiere usté?—
sus ojos negros lanzan un rayo
do reflejada su alma se ve.

—

No es de esas bobas y empecatadas
muchachas simples del tiempo aquel
que se ponían como granadas
al ofrecerles sólo un clavel.

—

Es desenvuelta, mas, recelosa,
pliega sus labios gracioso mohín
cuando comprende que alguna cosa
que se le dice, no es con buen fin.

—

Y se alza altiva como palmera,
erguido el talle, torva la faz,
si por su frente cruza ligera
de una sospecha sombra fugaz.

—

Pero si ama, honesta y pura,
rinde al encanto de la pasión
las candideces de la ternura,
los aleteos del corazón.

—

Y alborozada con su cariño
abarca el mundo con su querer:
tierna y sumisa cual dócil niño,
es, como todas, al fin mujer.

DORILA CASTELL DE OROZCO.

Montevideo.

UN SUICIDA

I

Hacía dos meses que estaba sin ajuste, y lo que era peor, sin esperanza de conseguirlo, dado lo avanzado de la temporada y la roñería de las empresas; hacía una semana que la patrona le había puesto de patitas en la calle bajo el feo pretexto de que le adeudaba un trimestre de pupilaje; hacía cuatro días que, á fuerza de cepillar poyos, se habían clareado de tal manera sus pantalones, que era casi un ataque á la honestidad la franqueza con que hablaban por la boca del pingajoso desgarrón, y hacía cuarenta y siete horas, minuto más, minuto menos, que en forma de sardina y panecillo había enterrado en su cuerpo los últimos diez céntimos que le quedaban de los tres reales y medio que le dió un prendero por una banda de seda bordada de lentejuelas y perlas falsas con que se ataviaba nuestro héroe cada vez que salía en escena á bailar *El turco celoso,* ó *Las siete cabezas alcanforadas.*

Un hombre que en tal estado se encuentra, por socarrón y filósofo que sea, ha de pensar forzosamente en negras resoluciones; y Pascasio Melenas, que nada tenía de eso, considérese cómo andaría de resignación, cuando después de arrebañar sin resultado el fondo de sus bolsillos, apoderado de un hambre que le levantaba en vilo, arrojaba triste mirada á su porvenir más lleno de fantasmas que una noche sabática. Ya no se sentía con bríos para seguir enterneciendo patronas; la fama de sablista en porfiadísima lid ganada, ahuyentaba á cien leguas á sus castigados amigos dejándole abandonado en la más respetuosa soledad; de nadie podía esperar ya ni un consuelo que aminorase su amargura, ni una taza de caldo que restaurase su estómago relajado por involuntaria penitencia.

¡O comer ó morir! éste fué el dilema que con aterradora concisión se planteó Melenas. Comer era el más simpático de los dos extremos del argumento. Melenas optaba desde luego por él con vocación irresistible. ¿Pero cómo realizarlo? A la fecha en que nuestro hombre pasaba por tales